SITIO Y SOCORRO
DE FUENTERRABÍA,

Y SUCESOS DEL AÑO DE 1638,

ESCRITOS DE ÓRDEN Y EN VIRTUD DE DECRETO, PUESTO TODO DE LA REAL MANO DE LA MAGESTAD

DEL SEÑOR DON FELIPE IV.

POR EL ILUSTRISIMO, EXCELENTISIMO, Y VENERABLE SIERVO DE DIOS

DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA,
de los Supremos Consejos de Indias y Aragon, Obispo de la Puebla de los Angeles y de Osma, Arzobispo electo de México, Virey y Capitan General de Nueva-España, &c.

QUARTA IMPRESION.



MADRID. MDCCXCIII.

EN LA OFICINA DE DON GERÓNIMO ORTEGA Y HEREDEROS DE IBARRA.

Se hallará en la Librería de Don Manuel de Munita, calle de las Carretas.



ADVERTENCIA.

La relacion siguiente contiene los sucesos del año de 1638, todos prósperos á las invencibles armas de nuestra España, y entre ellos el que se hizo entónces mas memorable, que fué el socorro de Fuenterrabía, sitiada por las armas Francesas. El Señor Felipe IV. mandó escribir esta Historia á nuestro V. Autor, que se hallaba á la sazon Consejero del Supremo de Indias. Envióle S. M. este órden por un Decreto todo de su Real mano, y es como se sigue. *Los sucesos de este año de 38 han sido varios, con mucho crédito de mis armas: sea nuestro Señor bendito. Daréme por servido que los recojan todos con el sitio y socorro de Fuenterrabía, y de todo haréis una relacion fiel y verdadera, tal qual de vos me prometo; y ántes de imprimirla me la trae-*

réis, para ver si falta ó sobra alguna cosa de monta. Juntamente con este Decreto vino órden de que se dispusiese la relacion con la mayor brevedad; por lo que ántes del fin del año de 38 empezó á escribir su relacion, como de ella misma se infiere. Deponen sus Familiares se le originó á nuestro V. Autor de esta apresurada solicitud una gravísima enfermedad (*), y fué la que refiere él mismo en el cap. 20 de su Vida Interior. Salió esta obra á luz el año 1639 en un tomo en quarto, en Madrid en la Imprenta de Catalina del Barrio, aunque sin nombrar su Autor, en atencion á salir el escrito en nombre de la Corona Católica. El P. Fr. Joseph Palafox repitió su edicion al principio del Tomo 6.° de las obras del Venerable, que se imprimió en Madrid por Melchor Alegre año 1667. Y Don Nicolas Antonio hace memoria de él en su *Biblioteca Nov. hist. part.* 1. *pág.* 577.

Hízose tercera edicion de este tratado en el Tomo X. de las obras de nuestro Au-

(*) Posic. de su causa, n. 6. §. 48.

tor, publicada igualmente en Madrid año 1762 por la Comunidad de Religiosos Carmelitas Descalzos de la misma Corte. Y para beneficio y comodidad del Público se renueva separada la primera edicion, corregida principalmente en quanto á los nombres de varias Plazas y apellidos de diferentes personages y sugetos que concurrieron á los sucesos que se refieren.

AL LECTOR.

En corto campo te ofrezco grandes sucesos, y á tan breve volúmen reducidas las victorias que este año de 38 han conseguido las armas del Rey, llenando á un mundo y otro de fama, de honra y gloria á la Nacion Española. Concurriré con tu censura, si hallares en esta relacion los defectos que yo reconozco desde luego, poco ó ningun aliño en el estilo, sin exôrnacion los sucesos, ni descripcion las Ciudades, Fortalezas y Provincias; desnuda de aquella eloqüencia que va embebida en las grandes historias, que enseñan igualmente y persuaden. Todas estas imperfecciones que no puedo curar con la satisfaccion, pido perdones á mi reconocimiento, y á la sinceridad y pureza con que he escrito quanto ha pasado en este año; cuyos sucesos, si llana y naturalmente referidos no bastan á persuadir la justificacion de las armas de España,

á manifestar su valor, y dar debida estimacion á su gloria, tarde lo conseguirá la mas admirable eloqüencia, ni los mas retóricos colores. Suele la rusticidad traer recomendacion de verdadera: así entiendo que estimarás esta obra, en la qual verás que ni el amor debido á la patria, ni el odio natural enemigo, y lo que mas es, la fuerza de la razon que asiste á España, ha podido mover un instrumento tan leve como la pluma á pasar, no solo desde la verdad al encarecimiento, pero ni desde el suceso á la ponderacion; teniendo por conveniente no desviarme de aquella rectitud y entereza, con que deben referirse al mundo los públicos acaecimientos, en los quales ha de prevenir el que escribe, que hallará jueces de la relacion á los que han sido testigos del suceso. Si yo hubiere logrado este cuidado, perdonarme debes otro qualquier descuido, siendo la verdad en las historias la que basta, y toda no necesaria ponderacion la que sobra.

INTRODUCCION.

Conveniente ha parecido escribir el sitio de Fuenterrabía, y lo que en su expugnacion ha obrado el Frances, y en su defensa y socorro las armas de España, por juzgarse en todas sus circunstancias materia digna de la noticia y atencion de las gentes. Guerra entre naciones belicosas, y que parece que pelean constantemente, no solo por los derechos y diferencias que intervienen ordinariamente entre Reyes poderosos, y por tantas Provincias confinantes, sino por aspirar la una y la otra á preferirse en la mayor honra, gloria y estimacion militar. Hase llegado con el valor y porfia de la expugnacion de la Plaza y en su defensa á los últimos términos que pudo llegarse en un sitio, y el esfuerzo del socorro á vencer en sus mismas trincheras al enemigo, y seguirlo con la victoria hasta dexarlo encerrado dentro de su mismo Reyno. Empresa y de-

fensa que ha traido á sí los ojos de Europa, y puesto en grande expectacion y cuidado, no solo los émulos de esta Corona, sino los mismos vasallos, amigos y confederados: los unos, viendo con alegría nuestras armas embarazadas en parte tan sensible como dentro de España, y tan cerca de S. M.; y los otros con el prudente recelo que puede causar el enemigo ya dentro de casa con tan grueso exército, y comenzando su empresa con el ardimiento que siempre acostumbra en las que vence y en las que pierde esta inquieta y belicosa nacion. Afianza el crédito de la verdad y ajustamiento de esta relacion el escribirse de órden de S. M.; pues las noticias que en ella se contienen son las mismas que han dado los Generales y Cabos, y las que resultan de las consultas y papeles de los oficios por donde ha corrido esta materia. Y aunque se han reconocido algunas, en que se refiere con mucha puntualidad el sitio y socorro; pero conténtanse con decir los efectos, sin poner cuidado en referir las causas: y co-

mo quiera que lo mas útil, propio y natural de la historia es la noticia de las resoluciones y consejos, pues dan forma y direccion á las execuciones; no dexa de causar soledad á qualquiera que medianamente atendiere á la especulacion de lo sucedido, hallarse en los fines ántes de haber reconocido los medios; siendo cosa cierta, que de la manera que los sucesos desnudos, quales son las batallas y los vencimientos, arrebatan á sí la opinion, la fama, y las mismas dependencias públicas; pero hállanse expuestas á tan ligeros accidentes, que éstos vencen muchas veces al valor y al arte; con que siendo lo mayor de la guerra el suceso, todavía no es lo mas admirable. Á esta causa los Historiadores ponen tanto cuidado en referir el seso ó ligereza, error ó acierto con que se han gobernado las grandes empresas y su direccion, porque la piedra donde ha de tocar la censura política los acaecimientos públicos no han de ser los sucesos, sino los acuerdos. Y es máxîma llana y muy natural, que á prudentes medios corresponden ordinaria-

mente muy felices fines; y que si los primeros fueren bien gobernados, disculpa tienen como quiera que sucedan los segundos. Por esto tendré la advertencia que es justo, no solo de referir el valor, sino la prudencia de las naciones que obran en este discurso; pues no se dá lo que se le debe á la que hubiere vencido con resoluciones prudentes, si no se manifiesta tambien que ha sabido vencer, y que igualmente debe á Dios el esfuerzo en las batallas, y la luz y la direccion en los consejos. Tampoco es mi intento deslucir á la Nacion Francesa, enemiga tan antigua de España, y que tanta materia le ha dado de gloria su inquietud y desasosiego; ni hacer ponderacion con desordenadas alabanzas de lo que hemos obrado, así porque sobran las razones quando la misma accion acredita ó desacredita la empresa, quanto porque la mayor aprobacion resulta del modo con que se consiguen las facciones generosas y grandes. Y así la puntual relacion de lo que ha sucedido ha de estar mudamente alabando ó vituperan-

do á quien lo mereciere, ya sea amigo ó enemigo; pues la estimacion y el honor lo debe siempre la justicia al esfuerzo en qualquiera nacion que lo hallare.

Y porque las dependencias que tienen de unas á otras Provincias las armas de S. M., y las fuerzas del mar con las de la tierra son tales, que no puede bien manifestarse lo que se obra en España, sin saber el estado de la guerra de Italia, Flandes y otras partes, por hallarse unidas y trabadas entre sí, como los miembros en el cuerpo humano, sirviéndose unas á otras para su defensa; me ha parecido proponer primero en esta relacion, en qué constitucion se hallaban las armas del Rey y de los enemigos de su Corona dentro de Europa y fuera de ella en esta Primavera de 38, y las fuerzas que por una y otra parte se juntaron para seguir los designios con que se han gobernado este verano, así por la tierra, como por el mar. Y con esto dexarémos tambien fácil disposicion para referir en lugar y sazon conveniente lo que se

ha obrado este año en la guerra en todas partes, tan digno de que la memoria de los hombres lo encomiende para siempre á la posteridad.

ÍNDICE

de los Capítulos que contiene esta Obra.

SITIO Y SOCORRO DE FUENTERRABÍA, Y SUCESOS DEL AÑO DE 1638.

CAPÍTULO PRIMERO.

Estado de las armas del Rey y de sus enemigos en la Primavera de 1638 por la parte de tierra.

Halláronse las armas de S. M. en Italia muy superiores el año de 38, por los sucesos de los antecedentes, habiendo socorrido á Valencia del Pó Don Cárlos Coloma con tanta reputacion á vista de tres exércitos, y quebrado la fuerza el Marques de Leganés á los Franceses y sus confederados en el sangriento encuentro y batalla de Tornavento, y con el mismo valor reducido al Duque de Parma, con ruina total de todo su país, á capitular de ajustarse al servicio y proteccion de S. M., y

otras condiciones, quales convinieron á su grandeza y benignidad, y á la piadosa atencion de que no pueda tan fácilmente volverse á perder este Príncipe. Sucedió á esto en el de 37 la expugnacion de Niza de la Palla, Ayqua, Roca de Araso, Ayam, y otros lugares; facciones ménos grandes de las que se juzgó que pudiera obrar el exército del Rey, si al zelo, prudencia y valor del Marques hubieran asistido sus Cabos con ménos competencias, y mejores acuerdos.

Viendo el Frances quán poderoso estaba S. M. en aquella parte, y qué dura y dificultosa tenia la guerra, puso toda su atencion y cuidado en hacer el verano de 38 los últimos esfuerzos para acabar con los Estados de Flandes. Acordó para esto con aquellos rebeldes, que con armada y exército de diez y ocho mil infantes y cinco mil caballos, á cargo del Príncipe de Orange y Conde Guillermo de Nasao, invadiesen los Paises obedientes por la parte de Dunquerque, para que se diesen al mis-

mo tiempo la mano con las armas de Francia, qne con tres exércitos habian de entrar por aquellos Estados. Para esto hizo muy gruesas levas por los meses de Marzo y Abril, y formó un exército de quince mil infantes y seis mil caballos á cargo del Mariscal de Xatillon, herege Hugonote, y en él se alistó la flor de la nobleza de Francia, con designio de entrar por el Boloñés á sitiar á San Homer.

Puso el Rey de Francia grandes esperanzas en este exército, y así fué con el Cardenal Richelieu de París á Compiegni á verle, ántes de partir á esta empresa; si bien se dice, que no volvieron tan satisfechos de su calidad á la vista, como habian concebido en la relacion. El Mariscal de la Forza, herege tambien Hugonote, conducia el segundo exército, que constaba de diez mil infantes y tres mil caballos; y podia dar cuidado, así por ser este Cabo el mas antiguo Soldado que tiene la Francia, como por la gente de que se compuso, en que habia algunos Regimientos viejos, y

era su designio sitiar á Yatelet, y entrar por el Cambresi, aunque despues hubo de mudar el intento. Gobernaba el tercer exército el Mariscal de Brese, pariente estrecho del Cardenal Richelieu, y componiase de cinco mil infantes y tres mil caballos; y éste se destinó para ir sobre el Ducado de Luxemburgo, no solo á poner en cuidado al Señor Infante por aquella parte, sino para impedir y embarazar los socorros que de allí le podian venir al Serenísimo Príncipe Tomás, Gobernador de las armas de Flandes por S. M. debaxo de la mano de su Alteza.

Al opósito de estas fuerzas tenia el Señor Infante mucha ménos gente en la Primavera de la que habia presupuesto, prevenido y proveído en el Invierno, respecto de haber faltado por diferentes accidentes las levas que se habian de hacer en Alemania, y marchado con gran lentitud las que estaban á cargo del Conde Octavio Picolomini, Caballero Florentin, de grande valor y experiencia, y de señalados servicios á la Au-

gustísima Casa de Austria, que se juntaron tarde, y no pudieron llegar á los primeros ni segundos lances de la guerra, que fuéron los mas peligrosos y fuertes, y despues llegaron muy minoradas del número de la gente ofrecida y pagada. Toda la que tuvo su Alteza en Flandes, fuera de la que se hallaba en los Presidios, vino á reducirse á nueve mil infantes y tres mil caballos, de que se formó un exército, que gobernaba el Señor Príncipe Tomás en oposicion de los intentos del de Xatillon. Formóse otro de diez mil infantes y tres mil caballos contra Olandeses, en que asistia la persona de su Alteza, y en Luxemburgo al opósito de Brese dispuso quatro mil infantes y mil caballos á cargo del Sargento mayor de batalla Lamboy, Soldado de valor y fortuna, y muy benemérito en el servicio del Rey nuestro Señor y del César. Con tan inferior número de infantería y caballería hubo su Alteza de disponerse á la defensa de los Paises Baxos, habiendo de suplir con su prudencia y des-

velo, y con el valor de su gente la falta grande que tenia de ella, resistiendo á las gruesas tropas de los enemigos, que excedian á las nuestras en mas de veinte y cinco mil infantes y ocho mil caballos.

En la parte de Borgoña se hallaba el Duque de Lonquevilla con un exército de seis mil Franceses; y en la defensa de aquel Condado el de Lorena con otra tanta infantería y caballería. En la Alsacia el Duque de Weymar con tres mil infantes y tres mil caballos inquietaba aquellas Provincias, y fué creciendo en fuerzas de manera con los socorros de Protestantes y Franceses, que las puso en mucho cuidado, aunque estaban en su opósito Juan de Ubert y el Duque Sabeli, Cabos Imperiales, con otra tanta infantería y caballería. El Emperador tenia tambien ocupadas sus fuerzas en acabar de echar de Alemania los Suecos, que asistidos de los hereges y de los enemigos secretos y públicos de su Magestad Cesárea y del Imperio, hacian bien dificultosa la empresa.

En Italia se hallaba el Marques de Leganés con exército de diez y siete mil infantes y cinco mil caballos (aunque quando tomó á Bren por el mes de Marzo apénas tenia diez mil, como despues dirémos), y en su opósito el Duque de Crequi, General Frances, y el Marques de Vigla Saboyardo, con ocho mil hombres entre infantería y caballería. En España no ardia la guerra, pero ardia el cuidado de tener empeñadas sus armas el Rey en tantas Provincias y contra tantos enemigos, señaladamente en Europa, pudiendo rezelar la Religion y causa católica un verano tristísimo, en el qual se habia de vencer con mucha sangre, ó ser vencidos con grande calamidad. Quedaron del sitio de Leocata en Cataluña nueve mil hombres con el Regimiento del Conde-Duque, y á Navarra y Cantabria defendian la dificultad de los pasos, y el valor heredado con que los Navarros, Vizcaynos y Provinciales pelearon siempre en aquellas fronteras, teniéndose por cosa llana, que no necesitaba de mas fuerzas pa-

ra su defensa; y éstas son las que tocan á la parte de Europa.

En el África no habia movimiento de guerra que causase cuidado por las Plazas de Oran, la Mamora y Larache, Tanger, Ceuta, el Peñon, y otras que ocupan las armas de S. M.; solo se asistia con algunos socorros á los Moriscos Andaluces de Salé, vasallos del Rey de Marruecos, con grande reconocimiento de aquel Rey. Teníalos sitiados en la Alcazaba el Morabito Ayax, tirano de aquellas fronteras, que con mucho número de alarbes y bárbaros, engañados con supersticiones y embustes, ha dado y da no pequeña molestia á todas aquellas Plazas, perdiendo cada dia el respeto á los Reyes de Fez y Marruecos. Permitia S. M. que el Duque de Medinasidonia, General de la Costa de Andalucía, socorriese á los Moros Andaluces sitiados en la Alcazaba, por el afecto que ellos mostraban á la Corona de España y servicio del Rey, como naturales de Andalucía, y expulsos de ella en los años pasados, y por

defenderse contra un bárbaro tan cruel y belicoso como el Morabito, enemigo capital del nombre christiano. En reconocimiento de estos socorros enviaron los Moros al Duque quatro Sacerdotes que tenian cautivos, y por cuyo rescate les daban dos mil ducados.

Del Asia habian llegado avisos de estar las armas de S. M. en paz, y el Virey de la India con los Reyes circunvecinos; y aguardábanse de aquellas Provincias las naos que conducen á España las riquezas y especería, que todos los años se tributa al Rey por la Corona de Portugal: solo los rebeldes intentaron con diez naves embarazar el despacho de las nuestras en el Puerto de Goa; á cuya causa mandó Pedro de Silva, Virey de la India, y del Consejo de Estado de Portugal, que se armasen seis galeones nuestros, y saliese con ellos el General Antonio Tellez de Silva, el qual peleó dos veces con los Olandeses, y habiéndose portado por una y otra parte con grande constancia, les obligó á que se re-

tirasen con mucho daño y pérdida del rebelde.

De la América los últimos avisos daban esperanza de acabarse la guerra de Chile con mucha brevedad, por las victorias y buenos sucesos con que Don Francisco Lasso habia fatigado y consumido á los Araucanos; y en las Filipinas se hacia templadamente la guerra con los enemigos que el Rey tiene en aquel archipiélago. Todo lo restante de aquel nuevo mundo se hallaba con quietud y sosiego, sino es la parte que toca al Brasil, donde el Conde Mauricio, habiendo tomado los años antecedentes algunas fuerzas de aquella costa, resolvió de sitiar la Bahía de San Salvador, y embarcándose en Fernambuco, llegó á ella con quarenta y cinco navíos y seis mil infantes. Desembarcó el Conde (segun se entendió) sin resistencia alguna; cosa que no dió pequeño cuidado y admiracion en España, habiendo dentro de la Plaza mucha gente de guerra, y teniendo tan pronto el socorro del Conde Bagñolo, que con exército de seis mil hombres defendia aquella Provincia: resolucion del enemigo de grande valor y confianza, comenzar con tan poca gente, y disponer una empresa tan grande, si la temeridad con que obró en el principio no le hubiera manifestado bastantemente el suceso, como despues dirémos. Y esto es quanto toca á los exércitos de S. M. y de sus enemigos por la parte de tierra en Europa, África, Asia y América.

CAPITULO II.

Fuerzas del Rey y de sus enemigos por la parte de mar.

Por la mar se hallaban molestados los rebeldes, y tal vez afligidos con las repetidas presas de los navíos de Dunquerque, y la mal segura navegacion para ellos de aquellos mares, disponiendo Don Juan Claros de Guzman, Marques de Fuentes, General de esta armada, vigilantísimamente estos buenos efectos. En la Coruña se hallaba Don

Lope de Hoces con veinte navíos y un tercio de Irlandeses, de vuelta del socorro que habia conducido á Flandes con mucha felicidad, no obstante que Olandeses con armada de veinte y seis navíos, á cargo del General Harpecen, habian procurado impedirlo; pero sucedió de manera, que no se encontraron estos dos Generales, ántes á la vuelta hizo Don Lope presas considerables en navíos Franceses y rebeldes. En Vizcaya se aprestaban diferentes navíos para algunos efectos del servicio del Rey. Y de Cádiz habian partido los galeones y flotas á las Indias, á cargo del Vizconde de Centanera Don Cárlos deIbarra, á conducir de la América los tesoros de S. M. En Lisboa se prevenia por las dos Coronas de Castilla y de Portugal una armada de cincuenta navíos, que los mas de ellos eran galeones de guerra, para socorrer al Brasíl. Y en el mar Mediterráneo se hallaba Don Antonio de Oquendo en la Isla de Mallorca y Puerto de Mahon, al opósito de la armada que hacia en Tolon el Rey de Francia, que

constaba de veinte navíos y quince galeras, y llegaria la nuestra á treinta y seis navíos de guerra con la esquadra de Nápoles, con que se aseguraban aquellas costas, asistiendo al mismo intento las esquadras de galeras de S. M., y á la conduccion de los pasages y socorros de Italia; y esto es quanto toca al mar.

Y porque el sitio de Fuenterrabía, y guerra por la parte de Cantabria en España no se comenzó hasta los primeros de Julio, será conforme al intento el referir los sucesos de las armas del Rey de los meses antecedentes en Italia, Flandes y otras partes desde el principio de la campaña de este año de 38; pues no influyeron poco en la defensa y socorro de esta Plaza, que ha de dar la materia principal á la relacion.

CAPITULO III.

Designios del Rey de Francia en la guerra de Italia.

En la constitucion de los exércitos, fuerzas y armadas que se han referido, teniendo los Franceses y Olandeses capitulada y dispuesta la total destruccion de los Paises Católicos de Flandes, solo podia dar al Rey de Francia cuidado la guerra de Italia; y así intentó con el arte, ya que no podia vencer, á lo ménos entretener y consumir las fuerzas y acciones del exército de S. M. Para esto le habia dado buena disposicion la muerte arrebatada del Duque Vitorio Amadeo de Saboya, que con el Conde de Berrua y el Marques de Rangon, que se hallaron con él pocas horas despues de un banquete que les hizo el Duque de Crequi, General del Rey Christianísimo, espiró en Asti por Octubre el año de 37, con tan sospechosas circunstancias de muerte procurada, que solo en España se ha platicado

con modestia en el caso, hablando entretanto la Italia muy libremente, pensando y ponderando con discursos prolixos quál está mas seguro en la correspondencia Francesa, el Príncipe que le es su enemigo, ó el que fuere su confederado.

CAPITULO IV.

Arte del Cardenal Richelieu para disponer el ánimo de la Señora Duquesa de Saboya, y entretener en Italia las armas de España.

Tuvo forma el Cardenal Richelieu como disponer, por medio de su Magestad Christianísima, el ánimo de la Señora Duquesa de Saboya, rendida del todo al Rey de Francia su hermano, que escribiese, luego que murió el Duque su marido, con grande afecto al Rey nuestro Señor quánto sentia no poder libremente obrar en los mejores efectos de su servicio, y lo que deseaba su proteccion, buena gracia y amparo, dando no pequeñas esperanzas de algun

acomodamiento con S. M., con que parece que le abria puerta á la paz de Italia, pudiéndose ajustar tambien con su Alteza los Señores Cardenal y Príncipe Tomás sus hermanos, en la diferencia que tenian sobre algunos derechos y accion á la tutela de sus sobrinos.

Recelóse prudentemente en este despacho, que aunque la voz era de la Serenísima Duquesa Christina; pero muy ageno el espíritu y la direccion, gobernada la pluma de los designios Franceses para entretener nuestras fuerzas en Italia, y consumir el exército del Marques de Leganés, con esperanza de ajustamiento de paz, y con platicar, dilatar y suspender la materia, entretanto que Francia nos hacia en Flandes desigualísima y crudelísima guerra. Y así S. M. mandó decir á Madama Real de Saboya, por medio del Abad de Santa Anastasia Don Alonso Vazquez, sugeto de grande capacidad y erudicion, y muy útil al servicio del Rey, que no hallaba razon para proseguir la guerra que contra el Duque

su marido se habia seguido, supuesto que con su muerte habia fenecido la liga que tenia con Francia; y las diferencias que habia entre su Alteza y el Cardenal Mauricio y Príncipe Tomás sus hermanos, se podrian componer con negociacion, á que asistiria S. M. con todo esfuerzo y calor, interponiéndose con el Emperador, que tambien obrase por su parte al intento. Con este presupuesto no podia dexar de proponérsele quánto convenia á su casa y á su persona, á sus hijos y autoridad asentar una paz segura, verdadera y constante con la Corona de España, que tanto habia amparado á la casa de Saboya, asistiéndola en varias ocasiones con grandes socorros, acercándola á sí con tan estrecho parentesco, restituídola en varias ocasiones perdída, y perdonado mal aconsejada. Que el único medio para levantarse una casa tan grande, y á quien por tantas prendas de sangre y correspondencia amaba y estimaba S. M., era sacudir de sí el yugo Frances, que tenia en opresion sus vasallos, no darles paso al

Monferrato, ni bastimentos, ni socorro; pues no teniendo aquel Rey pretensiones ni derecho á lo de Mantua, no habia tampoco razon para apoderarse de aquel Estado. Que en echar á los Franceses de la Saboya y Piamonte, aseguraba la Duquesa la paz de su casa, y los frutos que van siempre con ella de descanso y felicidad, y el quedar su persona con la entera libertad que se le debia, abriendo puerta á que S. M. pudiese desarmar el Ducado de Milan, de donde debia temer, en caso que eligiese la guerra, sus mayores peligros y daños; pero si no se ajustase á tan conocidas conveniencias, y siguiese los pasos que tan caros habian costado al Duque Vitorio su marido, no podia S. M. dexar de conservar en Lombardía sus armas, con poder y mano conveniente para reprimir los designios de Francia, que tanta turbacion y ruina habian causado á la paz universal de Italia; y tenia por cierto S. M. que si el Rey Christianísimo su hermano deseaba, como era razon, la quietud, autoridad y conveniencia de

su hermana y sobrinos, la eximiria de los peligros y vexaciones que acompañan necesariamente á la guerra; pero si contra toda razon y esperanza aquel Rey la quisiese hacer violencia, é imposibilitarle su acomodamiento, le ofrecia S. M. todas sus fuerzas, en el número y calidad que las pidiese, pagadas á su Real costa, sin pretender satisfaccion del gasto que en esto se hiciese, hasta defenderla, ampararla, y dexarla en toda aquella autoridad, libertad y grandeza en que se hallaba su casa ántes que Franceses hubiesen entrado en Italia; siendo condicion expresa de este tratado, que habia de firmarse y jurarse para los 15 de Marzo precisamente y sin mas dilacion, volviéndose de una parte á otra lo que se hubiese ocupado. Como este despacho y respuesta de S. M. reduxo á tan cortos términos la negociacion, señalando tiempo breve y preciso, fué forzoso, por mucho que procuró Francia el dilatarla, que se declarase la Serenísima Duquesa de Saboya, eligiendo por otros dos años la continuacion de la liga, que el Du-

que su marido tenia con el Rey de Francia su hermano, ya la llevase á resolucion tan nociva á sus hijos y casa la fuerza de tan estrecho parentesco, ya la opresion en que se hallaba su Estado y persona, rodeada por todas partes de Franceses, importunos testigos y perturbadores de quanto intentase obrar: que muy de léjos pudiese causar su remedio, y oponerse á los designios de aquella Corona. Con esto quedaron libres las armas del Rey en Italia para poder executar lo mas conveniente en el Monferrato ó en el Piamonte; y se deshizo este lazo, advertido con grande prudencia por el Conde-Duque, con quien se conformó el Consejo de Estado; y deshízose con el mismo arte, y bien diferente verdad y sinceridad que lo dispuso el enemigo para consumir y atar nuestras fuerzas en Italia, entretanto que él con tantas ventajas empleaba las suyas en Flandes. Justificó tambien sus armas el Rey con la misma accion; pues olvidado de tantos deservicios y ofensas como habia recibido de Saboya, la convidaba con grandes

utilidades en la paz, quando por la superioridad de sus armas la podia fatigar y reducir por la guerra.

CAPÍTULO V.

Sitio de Brem.

Entretanto que con pocas esperanzas de ajustamiento se continuaban los tratados con la Serenísima Duquesa de Saboya, reconociendo prudentemente el Marques de Leganés lo que convenia anticipar quanto fuese posible los buenos efectos de las armas de S. M. ántes que el enemigo con mayores fuerzas se pudiese oponer á las suyas, despues de haber conferido largamente sobre esto, y por escrito con el Conde de Monterey, que se hallaba en Génova de vuelta del gobierno de Nápoles, y no sabia dexar tiempo ocioso al mayor servicio del Rey, con quien concurrian tambien el Marques de los Balbases y el Conde de Siruela, que se hallaban en la misma Ciudad, el de Si-

ruela con la ocupacion de Embaxador ordinario en ella, Caballero y Ministro de mucha prudencia, y de grandes esperanzas; resolvió por el mes de Marzo el Marques de sitiar á Brem, una de las mejores Plazas de Italia, que los Franceses habian fortificado el año de 35, en la ribera del Pó dentro del Estado de Milan, desde donde se hacian contribuir en toda la Lomelina, inquietando y corriendo toda aquella campaña.

Pareció al Marques que debian comenzar sus progresos este año con sacar de aquel Estado una espina tan dolorosa y sensible como lo era esta Plaza, en cuya defensa y fortificaciones se habian empeñado los Franceses, y con la qual pensaban envenenar y perder todo lo restante del cuerpo. Era la Plaza para los Franceses de grandes conveniencias, porque tenian asegurado con ella otro nuevo paso en el Pó, á los confines del Piamonte y del Monferrato, y una retirada segura á su exército, siempre que quisiese campear el Ducado de Milan, jactándose de haber levantado un trofeo den-

tro de los Estados del Rey, desde donde esperaban adelantar sus intentos; á cuya causa, y por el embarazo que podia hacer á Lombardía, la llamaban la segunda Rochela.

Asistian no menores conveniencias para el Rey, ganada la Plaza, que juzgaron para sí los Franceses conservada; porque reduciéndola á nuestro poder, no solo se les quitaba á ellos aquellas contribuciones que habian conseguido, sino que se adquirian otras muchas contra ellos, poniendo un freno muy duro al Casal, y dominando buena parte del Monferrato con las mismas disposiciones, para entrar en él, que los Franceses juzgaban para entrar en el Estado, del qual se cubria toda aquella parte, ganando la Plaza, y se aseguraban mas las que estaban cerca. Hallábase Brem muy bien guarnecida, y con mil y quinientos Franceses dentro, víveres y municiones bastantes, y por Gobernador el Coronel Mr. de Mongallard: las fortificaciones que se habian hecho en ella de grande primor y costa; con que no parecia tan fácil la empresa, que

no fuese necesario mucho valor, diligencia y arte para conseguirla, y mas teniendo por el Pó tan ciertos y seguros los socorros.

Encargó el Marques á Don Martin de Aragon, General entónces de la artillería, Capitan de señalados servicios, valor y experiencia, la execucion de lo conferido, y teniendo pronta muy secretamente para este efecto en Mortara, Alexandría, Lumel y Valencia la infantería, artillería y demas pertrechos, partió Jueves á 11 de Marzo, dando órden á los Maeses de Campo Don Antonio Sotelo, Don Juan Vazquez Coronado, Cárlos de la Gata, Conde F. Ferrante Boloniñ, Tiberio Brancacho, y Don Vicente Gonzaga, Don Fernando de Limonti, Teniente General, el primero de la caballería de Milan, y el segundo de la Alemana, y á Don Álvaro de Quiñones, Teniente General de la de Nápoles, que marchasen la vuelta de Brem con la gente que estaba á su cargo, con órdenes muy precisas del recato y secreto con que en esto debian obrar. Acudieron todos con grande vigilancia y cuidado á su cumplimiento; y habiendo llegado sobre Brem á la media noche con el concurso de todas estas tropas, si bien no llegaban á ocho mil hombres, ganaron con increible valor y celeridad las fortificaciones que tenia el enemigo fuera, conforme á las órdenes que se les habia dado, ocupando y sustentando los puestos entre el Pó y la Plaza, que eran los mas importantes para impedir los socorros.

Disparaban los Franceses entretanto su artillería y mosquetería, y echaban muchas bombas y fuegos artificiales porque no se arrimasen los nuestros al foso; y es cierto que si no se hubieran tomado de sorpresa los puestos de entre el Pó y Brem, era sumamente dificultoso el entrar en el sitio, pues no se les podia impedir de otra manera el ser socorrida; pero obróse con el valor, diligencia y secreto que fué necesario, concurriendo estas tres circunstancias para conseguir lo que con qualquiera de ellas que faltára era fuerza perder. Hallóse Don Martin de Aragon, al tomar los puestos, y ga-

nar las fortificaciones, alentando y animando sus soldados con verle siempre el primero en los mayores peligros.

Tuvo aviso el Duque Crequi de que nuestras armas se habian puesto sobre Brem, y envió el mismo dia que se sitió, que fué á 13 de Marzo, con suma celeridad nueve barcas grandes por el Pó para socorrer la Plaza con mil y doscientos infantes en ellas: llegaron á las diez de la noche á los puestos del Maese de Campo Don Antonio Sotelo, donde pelearon con mucho valor los Españoles de su tercio, y recibiendo los Franceses muchas cargas de mosquetería, pasaron al puesto del Conde Bolognin. Desembarcaron, y travóse fuerte escaramuza sobre impedir el socorro, y fuéron degollados muchos enemigos, prendiéronse setenta soldados, y entre ellos dos Capitanes de infantería Francesa. De las nueve barcas ganamos las cinco con las municiones y bastimentos que traían: las otras dos se echaron á pique, y las demas derrotadas se fuéron el Pó abaxo. Creyóse todavía que

con la obscuridad de la noche debió de entrar alguna gente en la Plaza, al calor de una salida que el enemigo hizo con doscientos hombres, de los quales volvieron algunos heridos.

Era necesario ocupar para el buen efecto de la empresa el castillo de Sartirana; y así se batió, y despues de haber disparado quarenta cañonazos, salieron rendidos cincuenta Franceses con su Capitan, á los quales se les comboyó para que se pudiesen ir la vuelta del Casal. Este mismo dia por la tarde hizo una salida el enemigo, y embistiendo con mucha resolucion los puestos del Maese de Campo Conde Bolognin, le ganaron la fortificacion de la parte que habia ocupado; pero volviendo el Conde con mucho valor á componer y esforzar su gente, cobró su puesto con sangre y pérdida del enemigo. Habiendo dexado el Marques de Leganés en buena disposicion las materias de paz del Estado, y todo lo conveniente á la fácil direccion y socorros de la guerra, marchó de Milan la vuelta de Brem,

y llegó al campo Lunes á 15 de Marzo por la mañana, con quien vinieron el Maese de Campo Marques de Caracena, los Tenientes de Maese de Campo General Martin Galiano y Domingo Guillen, las dos compañías de caballos de sus guardias, la de lanzas con el Capitan Don Juan de Arteaga, y la de arcabuceros con el Capitan Don Diego Ciganda. Fué recibido el Marques con la alegría que se dexa entender de un General tan amado y respetado de todos: reconoció los puestos que se habian tomado, y dió órden en lo que se habia de hacer, así en los ataques, como en las fortificaciones de los quarteles de infantería, y la circunvalacion de la Plaza, en caso que el enemigo viniese á socorrerla por tierra, con resolucion de darle la batalla, si con todas sus fuerzas lo quisiese intentar.

Viendo el Duque de Crequi, General de Francia, quán mal le habia salido el primer socorro, dispuso de hacer el segundo, y habiéndose arrimado á un árbol á reconocer desde la otra parte del Pó el puesto

por donde podia entrar su gente, disparando entretanto la artillería que Don Martin de Aragon hizo poner de esta vanda de la ribera, acertó al Duque una bala y matóle: con que si no fué seguro el vanquete que hizo al de Saboya, no le llegó muy tarde el castigo, dexando este suceso á su gente tan escarmentada, que no pasó adelante en el socorro.

El Martes á 16 se reforzó el puesto del Conde Bolognin, por importar que en él hubiese grueso golpe de infantería, respecto de habérsele encargado las fortificaciones y trincheras, con que se habia de comunicar con el del Maese de Campo Don Antonio Sotelo, y guarneciéronse los demas puestos con toda la gente del exército, en que habia escasos diez mil infantes, siendo tan pocos para lo que era necesario ocupar y defender, que para guardar la línea de la comunicacion se ponia la caballería en plaza de armas junto á ella en diferentes puestos y esguazos, que en todos habria hasta cinco mil caballos. Trabajó increible-

mente todo el exército en los ataques, y se encargaron los aproches á los Maeses de Campo Don Antonio Sotelo, Don Juan Vazquez, Conde Bolognin, Cárlos de la Gata, y el Coronel Gil de Ayx, que poco ántes habia llegado al campo con su Regimiento de Alemanes. Habíase detenido en Felizan, donde se le mandó ir con su gente ántes de poner el sitio, porque juzgasen los enemigos que era el intento de ir sobre Moncal, y estuviesen mas descuidados en Brem.

Fuéronse adelantando de manera los Españoles, y las Naciones, y estrechando la Plaza, que en espacio de trece dias por todas partes se llegó con increible esfuerzo á desembocar el foso. Plantáronse cinco baterías, una en el ataque de Don Antonio Sotelo con seis piezas de artillería, otra en el de Don Juan Vazquez con quatro, otra en el del Conde Bolognin con otras quatro, en el de Cárlos Gata y Tiberio Brancacho tres, y otras en el puesto de los Coroneles Gil de Ayx, y Príncipe Borso de Este, todos

cañones, medios y quartos. Comenzóse á batir el fuerte á toda furia, disparándose á un mismo tiempo tantos cañonazos y tan gran número de bombas, atemorizando la Plaza de manera, que desalentados los Franceses por ver la brecha que se habia hecho en la muralla, temiendo que el dia siguiente se les habia de dar asalto, y que seria degollada toda la guarnicion, si á viva fuerza se ganase, hicieron llamada Jueves á 25 de Marzo, dia de nuestra Señora, amparo seguro de las armas de España, capitularon de rendirse, y salir de Brem Sábado á 27 á medio dia, con los pactos siguientes.

CAPÍTULO VI.

Tomado Brem.

Salvas las vidas, comboyados á Casal con guardia de Españoles, tocando caxas, banderas desplegadas, cabos de cuerda encendidos, balas en la boca, municiones de guerra las que pudiesen llevar en los frascos, y el bagage.

No se les quiso conceder que sacasen artillería.

Salieron en el dia señalado mil y ochocientos Franceses, los mil y quatrocientos con sus armas, y los quatrocientos heridos y enfermos, y su Cabo el Coronel Mr. de Mongallard; y comboyólos la vuelta de Casal el Teniente General Don Vicente Gonzaga con mil caballos de sus tropas, y con quinientos de la caballería de Nápoles Don Pedro Moxica, y mil y quinientos Españoles en dos esquadrones, de quien eran Cabos Don Francisco de Ulloa, Sargento mayor del tercio de Don Antonio Sotelo, y Don Antonio de Leon del de Saboya.

Juzgó todo el exército que no habia cumplido este Gobernador con salir de la Plaza con tanta reputacion en las demostraciones, habiéndola defendido en lo substancial con tan poco valor; pues el que por haber defendido bien una Plaza sale con peores condiciones, ese es el que sale mejor. Porque se decia, que no le faltaron gente, víveres y municiones para defenderla; y el

mismo Mongallard dixo al Marques, que no se hubiera rendido, si los Capitanes de la Plaza no le hubieran amenazado de que le prenderian si no se rendia. No le admitió esta disculpa su Rey, pues de su órden en llegando al Casal fué despojado de todas las insignias militares y de Caballero, y degollado en público cadahalso.

Entraron las armas de España en Brem con grande alegría del Marques de Leganés y de todo su exército, habiendo ganado en solos trece dias un puesto, que mirado y reconocido con todas sus circunstancias, podia ser faccion honorífica para buena parte de todo un verano, Plaza Real, que los Franceses habian fortificado con tanta costa, y armado contra sí, de manera, que se tiene por una de las mejores y mas fuertes de Italia, sin que se hubiese perdido por nuestra parte persona de cuenta, sino es el Capitan Don Alonso Verdugo, que le mataron tomando un puesto, y peleando valerosamente; y en todo el exército habria quatrocientos heridos, y muy

pocos muertos. Obró Don Martin de Aragon y todos los Cabos del exército con increible valor y alegría, y á grande satisfaccion de su General; y remito á la relacion particular que se ha hecho de este suceso, la individual noticia de los que se señalaron en esta ocasion.

Halláronse dentro de Brem diez y siete piezas de artillería, sin las que despues se fuéron descubriendo, que dexaron enterradas los enemigos, y muchas armas, municiones y víveres. Entre las demas piezas se hallaron dos culebrinas, y en ellas grabadas las palabras siguientes: LVDOVICVS DEI GRATIA FRANCORVM ET NAVARRÆ REX. Y luego decia: *Ratio ultima Regum.* Dando á entender, que un cañon de batir es la fina justificacion de los Reyes: proposicion muy digna de hallarse grabada en la dureza de un bronce, y en el furioso instrumento de la artillería, como opuesta diametralmente á todo dictámen justo, político, natural y christiano; pues si el último fin y mayor razon de los Reyes es la fuerza, violencia y poder, debiendo ser la razon religion y el derecho, pisado queda todo honor y virtud, turbada toda paz y concordia, toda fé y verdad desterrada; y así es de creer, que habiéndose hallado este violentísimo mote en cañon de un Rey Christianísimo, lo debió de grabar sin su órden la infame mano de algun Calvinista, grandes maestros de esta tirana y bárbara doctrina.

Dexó el Marques de Leganés guarnecida la Plaza de Brem con dos mil infantes y dos compañías de caballos, y por Gobernador al Maese de Campo Don Felipe Sfondrato: y considerando lo que necesitaba de engrosar su exército, y aguardar nuevas tropas de gente entretanto que abria el tiempo, y se hallaba forrage con que hubiese buena disposicion para campear, se retiró al Estado, teniendo en suspension al Monferrato y al Piamonte, porque no sabian sobre quál de los dos habia de caer el golpe segundo de sus armas.

CAPÍTULO VII.

Progresos del Duque Bernardo de Weymar.

Por el mismo tiempo que el Marques de Leganés con tanta reputacion y en tan breves dias habia acabado una faccion tan importante en Italia, las cosas de Alemania tomaron diferentísima disposicion, por haber sucedido en las tropas Imperiales, á vista de una grande felicidad, una no pequeña desdicha. Hallábase, como se ha referido, en la Alsacia el Duque Bernardo de Weymar con poco mas de tres mil infantes y dos mil caballos, socorrido de las armas de Francia y de los Luteranos, que han procurado tener siempre esta hacha encendida para abrasar y poner en cuidado las Provincias católicas, y ocupar las armas del César. Con esta gente determinó de ir á sitiar á Reinfelt, Plaza á la vista del Rhin, con la qual se hacia Señor de gran parte de aquella ribera, abriendo la puerta, si la consiguiese, á otros mayores intentos: lle-

garon á socorrerla el Duque Sabeli y Juan de Ubert, Cabos Imperiales, con dos mil infantes y dos mil caballos, y obraron con tanto esfuerzo y diligencia, que al primer encuentro deshicieron las tropas de Weymar con pérdida grande de su gente y de toda su artillería. Tiénese por cierto, que seis soldados del Emperador le tuvieron detenido y preso, y viendo un caballo suelto, que les pareció bien, lo dexaron dos ó tres de ellos; con que viniendo otros soldados suyos le libraron y llevaron consigo, pasándose huyendo de la otra parte del Rhin.

Viendo tan buena ocasion el Duque Sabeli, pidió á Juan de Ubert, que era quien tenia las órdenes del Duque Elector de Baviera de lo que habia de obrar el exército, que se siguiese el alcance hasta acabar con las tropas enemigas, y prender, si era posible, á Weymar. Juan de Ubert se excusó, diciendo que tenia órden del Duque Elector de no pasar el Rhin con su exército; y volviendo á hacer nuevas instancias Sabeli, ponderándole quánto convenia pren-

der un enemigo tan molesto al Imperio y á la Religion Católica, y que tantas victorias no habian bastado á acabarlo: todavía estuvo Juan de Ubert atado á sus órdenes, y licenció con esto la caballería para que pudiese alargarse á tomar quarteles, donde hallasen forrage y sustento, y la infantería se abrigó cerca de la Plaza.

El Duque de Weymar, que ha criado toda su fortuna en desdichas y calamidades, sin desanimarse con este suceso, juntando con mucho valor y diligencia las tropas deshechas y vencidas, y asistido con nuevos socorros de Francia y de algunas Plazas de la Alsacia, animando á su gente pareció con poco ménos de cinco mil hombres quando mas descuidados estaban sobre el exército de Sabeli y Ubert. Envistiólos en sus mismas guarniciones con tanto valor, y los halló tan olvidados de que pudiese volverles á dar la batalla un enemigo tres dias ántes vencido y deshecho: que aunque pelearon largo espacio por el esfuerzo de la infantería Imperial, finalmente los rompió y venció, prendiendo al Duque Sabeli y á Juan de Ubert; y díxose por cierto, que la caballería que allí se halló del Emperador se retiró sin tirar un pistoletazo al enemigo. Esta fué la rota que Weymar dió en los primeros de Marzo de este año de 38 á los Cabos Imperiales sobre Reinfelt, quedando en este desdichado suceso buen exemplo en la guerra, que ni el vencedor es bien que descuide, ni que desconfie el vencido; pues no hay batalla tan perdida, que no la pueda renovar el valor, ni victoria tan asegurada, que no la pueda malograr el descuido.

Alteró este accidente toda la disposicion de las cosas de Alemania por aquella parte, porque luego se comenzaron á poner en cuidado y recelo las Plazas que obedecian al Emperador y al Imperio en aquellas Provincias, animándose tantos desterrados y descontentos que se hallan con deseo de tristes sucesos á las armas Católicas, para mejorar su fortuna en la agena pérdida y daño.

El Duque Weymar ganó á Reinfelt á pocos dias que estuvo sobre esta Plaza, y adelantándose la vuelta del Ducado de Witemberg y del Danubio, corrió su caballería hasta la Ciudad de Ulm, ocupando tambien la de Stugart. Hubo de pagar de contado el Señor Duque Elector de Baviera las órdenes precisas que dió á Juan de Ubert, que causaron esta desdicha; pues para defenderse de un enemigo, con quien se pudo acabar tan fácilmente, formó á su costa un exército de diez mil hombres, al qual se le juntaron otras tropas, é hicieron cerca de diez y seis mil, á cargo del Mariscal de Campo Guet. El Duque de Weymar entretanto tomó á Frisburg, y contra lo capitulado degolló la guarnicion que halló en ella, y poco despues á Kernoguen, con designio de bloquear á Brisach, sin que se lo impidiese el exército del Elector, que campeó con sobrada remision y lentitud, pues no se acercaba, como parecia conveniente, á un enemigo que obraba con tan desiguales fuerzas tanto mayores efectos.

Por este mismo tiempo el exército del Emperador, que asistia en Pomerania á acabar de echar del Imperio á los Suecos, á cargo del Teniente General Conde Galaso, ocupó la Ciudad de Glatz, una de las mas fuertes y principales de aquella Provincia, degollando mil hombres de guarnicion que habia dentro de la Plaza, con que se iban reduciendo aquellos enemigos á mas corto espacio de tierra. Poco despues ocupó el mismo Conde otros puestos importantes en la misma Pomerania, con que fué estrechando mas á los enemigos; pero al paso que la guerra iba consumiendo aquellos hereges, los alentaba Francia, renovando con ella, por medio de Mr. de Albou en el mes de Marzo, la infame liga, que conduxo al Rey de Suecia de las Provincias últimas del Norte á profanar los Templos de Alemania, y perder en ella la vida.

No fué de los menores efectos que causó la victoria del Duque de Weymar, el embarazar todas las reclutas y levas que en Alemania se habian de hacer para socorro

de los Paises-Baxos ; con que se halló su Alteza, como hemos dicho, reducido á tan corto número de infantería y caballería, respecto de quatro exércitos tan poderosos que estaban amenazando aquellas católicas y obedientes Provincias ; animándose Franceses y Olandeses tanto mas á la empresa, quanto veían cortados á su Alteza tan gruesos y poderosos socorros. Con todo eso, por mucho que apresuraron las armas de Francia y de los rebeldes el entrar con sus tropas por los Paises obedientes de Flandes, comenzó primero á campear segunda vez el Marques de Leganés en Italia, engrosado su exército con los que recibió de España hasta el número de diez y ocho mil infantes y seis mil caballos.

Puso este exército en debido cuidado las dos Provincias del Monferrato y Piamonte, á quien la inquietud Francesa habia expuesto y necesitado á padecer dentro de su misma casa los rigurosos efectos de una sangrienta guerra. Intentaron, con ocasion de defender al Piamonte, hacerse se-

ñores de las Plazas de sus confederados, y poner guarnicion Francesa en ellos; y aun procuraron, contra la voluntad de la Serenísima Duquesa, ocupar á Trin, con pretexto de defenderlo contra los Españoles. Pero opúsose á esto su Alteza y la mayor parte de la Nobleza Piamontesa, discurriendo prudentemente quánto mejor era exponerlas á que Españoles las ganasen, que entregarlas á Franceses para que de conocido se perdiesen, por haber con útiles experiencias reconocido, que es mejor el Rey de España para enemigo, que para amigo el de Francia, supuesto que no han ocupado Plaza en Italia las armas católicas, que no se haya restituido á su dueño, quando ha sido necesario reducir por esta via los medios costosos de la guerra á una honesta y segura paz. Desaviniéronse algunos Franceses y Piamonteses sobre rehusar entregarles las Plazas ; pero hallándose necesitados los unos de los otros, hubieron de seguir una misma fortuna descontentos.

CAPÍTULO VIII.

Manifiestos á los Monferrinos y Piamonteses sobre la justificacion de las armas del Rey.

Excluido el Frances del primer intento, y solo admitido á la continuacion de la liga, como se ha referido, resolvió el Marques, al mismo tiempo que habian de entrar las armas del Rey por la Provincia destinada á su empresa, manifestar con dos declaraciones firmadas de su mano á los Monferrinos y Piamonteses la justificacion de las armas de S. M. Referiase á los Piamonteses lo que el Rey habia deseado y procurado la paz universal de Italia, y que ésta se habia conseguido en el tratado de Quierasco el año de 31, en el qual se obligó el Rey de Francia de desalojar toda su gente de las Plazas que ocupaba en el Piamonte: que contraviniendo con evidencia á lo capitulado, obligó con amenazas y fuerza al Duque Vitorio Amadeo que le entregase á Piñerol, con pretexto de trocarlo

con otras Plazas, sin otro efecto alguno, sino hacerse señor de ella, para intentar de allí mayores progresos en Italia.

Que en el año de 35 poniendo en execucion los designios con que siempre han obrado Franceses, obligaron con la misma fuerza y violencia al Duque Vitorio que hiciese liga con ellos contra España, introduciendo una guerra en el Ducado de Milan sumamente injusta y violenta, protestando el Duque Vitorio, que obraba en todo esto contra su voluntad, por los rigurosos medios con que los Franceses le compelian á ello; y esto dixo siempre hasta su muerte, de la qual y de sus circunstancias notorio era al mundo de la manera que se habia hablado. Que considerando el Rey nuestro Señor, que despues de la muerte infeliz del Duque quedaba aquel Estado gobernado por una Señora viuda, y sus hijos en edad pupilar y desamparada, y quán digno era de su clemencia perdonar el rigor de sus armas á aquella Provincia tan justamente amenazada por la guerra que Pia-

monteses y Saboyardos habian hecho en el Ducado de Milan, le propuso diferentes medios de paz y concordia, solicitándole el Rey su mayor conveniencia de la Duquesa; pues se contentaba con que no diese socorros á Franceses, obligándose á defenderla á su costa, si le imposibilitasen qualquier ajustamiento á la paz. Y prosiguiendo Francia el usar las mismas violencias con la Duquesa y los hijos pupilos que habian executado con su padre difunto, no solo le habian obligado á que no hiciese paces con España, sino á que continuase por dos años mas la liga, que habia arruinado y destruido su casa, necesitando esta Serenísima Señora á que por seguir los intentos Franceses, tan contrarios á la paz y á la quietud comun, hubiese de padecer dentro de sus mismos Estados la guerra. Que no contentándose con esto, procuraban ocupar las Plazas del Piamonte, y señaladamente quisieron tomar á Trin, si los Piamonteses, con el valor y fidelidad que están obligados á su Señor natural, no se hubieran opuesto

al intento. Y reconociendo S. M. que ya los designios de Francia se habian declarado y reducido á una manifiesta fuerza y violencia, habia determinado que sus armas entrasen á librar del yugo y servidumbre Francesa las Provincias de Italia, señaladamente las del Piamonte y Monferrato, y ocupar las Plazas que fuesen necesarias, para obligarlos á una honesta y segura paz; y así exhortaba el Marques, en nombre de S. M., y requeria en el suyo á los Piamonteses y Saboyardos, que advertidos de que este era su Real intento, no solo no se opusiesen á una causa tan justa, y en que iba envuelto el remedio, libertad y seguridad de aquellas Provincias, sino que con toda su fuerza y poder juntasen sus armas con S. M. contra Francia, y procurasen sacudir de sí un enemigo tan importuno é injusto; estando entendidos, que asistiendo á España, ó usando la neutralidad, no se les haria guerra como á enemigos, ni padecerian todos aquellos daños y miserias que ordinariamente la acompañan; ántes bien

habia nombrado el Marques Ministros y Cabos, que severamente castigasen á los soldados que en qualquiera manera maltratasen ú ofendiesen á los Piamonteses y Saboyardos en sus bienes ó en sus personas. Pero si, lo que S. M. no esperaba, fomentasen su mismo daño con auxîliar á Francia, era preciso avisarles y protestarles, que obrarian las armas del Rey con toda aquella hostilidad y rigor que concede la razon y el derecho á un exército católico, que busca por los medios justos y permitidos de la guerra la quietud y tranquilidad perpetua de la paz.

Otro manifiesto como éste en substancia, firmado del mismo Marques, como Gobernador de Milan por el Rey nuestro Señor, y General de sus armas, se publicó en el Monferrato, declarando la verdad y sinceridad con que S. M. habia cumplido lo capitulado en Quierasco, restituyendo por su medio el Emperador la Ciudad de Mantua, que tenia ocupada el César, al tiempo que los Franceses contraviniendo á la paz, habian obligado al Duque de Mantua que re-

cibiese presidio Frances en el Casal, donde aprisionaron la nobleza, desterraron los Monferrinos, fidelísimos súbditos de su Señor natural, haciéndose absolutos tiranos de aquella Plaza. Y en substancia en el fin de este papel se requeria y protestaba lo mismo á los vasallos del Duque de Mantua, que á los del de Saboya.

Estos dos manifiestos, á vista de un exército tan victorioso y grande como tenia el Marques, pusieron los dos Estados del Piamonte y Monferrato en el recelo y cuidado que se dexa considerar, viéndose amenazados con tan justa razon de las armas de España, reconociendo con grande afliccion, que tenian los Franceses en Italia las fuerzas que les bastaban para ocasionarles la guerra, faltándoles las que habian menester para defenderles en ella. Hallándose los vasallos de estos dos Príncipes en estado verdaderamente triste y calamitoso, porque su deseo y su conveniencia estaba de parte de la razon de España, y el rendimiento y acciones de parte de la fuerza y de la vio-

lencia de Francia, sin hallarse con poder para oponerse á los Españoles, ni para sacudir de sí á los Franceses. Y como Francia habia puesto este año todo su cuidado y poder en la destruccion de los Paises-Baxos, hacia la guerra ofensiva en ellos; con que apénas podia hacer la defensiva en el Piamonte, llorando entretanto Saboya, y admirando Italia, que fuese mas fácil en un Rey Christianísimo invadir con tan gruesos exércitos los Paises Católicos en favor de hereges, que defender en el Piamonte á los Católicos sus amigos y confederados, y mas con la circunstancia de ser de su hermana viuda y de sus sobrinos pupilos la Provincia invadida; porque ponderaban con grande dolor, que para hacer su Magestad Christianísima la guerra en Flandes, auxîliando á los rebeldes, á su Dios y á su Rey, habia formado exércitos de mas de treinta mil infantes y diez mil caballos, y para la defensa de los que por seguir su amistad se habian perdido en Italia, apénas sustentaba ocho mil Franceses.

CAPÍTULO IX.

Sitio de Verceli.

Despues de haber manifestado el Marques la justificacion que siempre precede á las armas de S. M., y gravemente pesado quál de las Plazas del Piamonte ó del Monferrato convenia sitiar, resolvió que fuese la de Verceli, persuadido de razones urgentísimas del servicio del Rey, y las órdenes que tenia de S. M. y cartas del Conde-Duque, de que el exército se pusiese sobre Plaza que necesitase á los Franceses á pasar á Italia á su defensa; con que se minorasen las tropas y exércitos que estaban amenazando las Provincias de Flandes. Es Verceli de las mayores y mas fuertes Plazas de Italia en los confines del Piamonte y de Lombardía: por la parte de Valencia fecunda sus campos el Sesia, rio que corre á su vista y muy cerca con moderada corriente, quando el golpe de las aguas del tiempo no le hace con exceso caudaloso; co-

sa que muy de ordinario sucede. Pasa por las mismas murallas el Cerbo, otro rio de mas pequeña corriente; el qual haciendo una isla á poca distancia de la Plaza con el Sesia, pierde en él su nombre y sus aguas. Es Plaza de quatro mil hombres de guarnicion, y de seis mil casas de vecindad, con ciudadela y castillo dentro, de muy excelentes baluartes, fortificaciones Reales, medias lunas, y reductos afuera. Teníala á su cargo el Marques de Dollani, hermano del Marques Viglla, con tres mil hombres de guarnicion. Fortificóla con grande cuidado el Duque Cárlos Emanuel de Saboya, despues que las armas de España se la ganaron el año de 17, y por el ajustamiento de paz que se hizo en Pavía se la restituyeron el de 18. Eran grandes las conveniencias de sitiar esta Plaza, pero no superiores á sus dificultades; pues aunque con adquirirla se cobraba una prenda segura para disponer la paz, y se cubria el Estado de Milan por la parte mas flaca, sujetando todo el País hasta la Dora y Valesanos, si se ganaban

algunos lugares de poca resistencia, con que se podia alojar cómodamente el exército, y descansar el Estado; pero para hacer superable la empresa se creía que eran necesarios cerca de treinta mil hombres, hallándose el Marques con pocos mas de veinte mil entre infantería y caballería, y con los Franceses y Saboyardos al opósito, que tan fácilmente podian engrosar sus tropas, y como señores del País impedir á nuestros exércitos los víveres, ó con número de gente bastante intentar á viva fuerza el socorro. Á estas y otras muchas razones que se consideraban por parte de la dificultad, vencia en la prudencia y atencion del Marques el valor grande de su exército, las asistencias y socorros de España, el corazon que habia cobrado nuestra gente con la toma de Brem, y los buenos sucesos antecedentes; pareciendo tambien que los enemigos no podian juntar fácilmente tanto grueso de exército, ni de tal esfuerzo y valor, que bastase á impedir nuestros designios, ó por lo ménos se conseguiria

lo que habia mandado S. M. de llamar los Franceses á Italia, y dar el alivio que se deseaba, y de que tanto necesitaban las Provincias Católicas de Flandes.

Finalmente resuelto el Marques de sitiar á Verceli, dispuso con tal secreto esta faccion, que hasta que fué necesario para executar lo resuelto descubrir lo mas reservado, no hubo sino Don Martin de Aragon quien supiese ni entendiese el intento. Partió de Milan á los 23 de Mayo, y llegando el dia siguiente á Valencia, mandó marchar parte del exército el camino de Brem, porque el enemigo se hallase ménos creido de que eran los designios sitiar á Verceli. Á 24 dió órden á Don Martin de Aragon, General de la artillería, que hiciese marchar la gente la vuelta de Verceli, para que fuesen pasando el Sesia los tercios. Apénas llegó Don Martin á la ribera quando le descubrió la caballería del enemigo, que reconociendo el golpe grande de la nuestra, se retiró sin impedir el esguazo; con que pudo Don Martin hacer que se echase

el puente para que pasase la infantería. Esto se executó con mucha brevedad y buen órden, siguiendo á la vanguardia que llevaba el Maese de Campo Don Juan Vazquez Coronado con su tercio de infantería Española, todos los demas tercios y Regimientos del exército. Apénas habia pasado nuestra gente el Sesia, quando comenzó á llover tan recia y destempladamente, que se pusieron los caminos sumamente impedidos para la marcha de la infantería; y así aunque el Marques y Don Martin lo procuraron con increible trabajo, no fué posible que este dia ni el siguiente se ocupasen los puestos sobre la Plaza. Á esta causa mandó á los Tenientes Generales Don Vicente Gonzaga, General de la caballería del Estado, y Don Álvaro de Quiñones de la de Nápoles, y al Coronel Don Fernando de Limonti, como Gobernador de la Alemana, ocupasen los puestos entretanto que llegaba la infantería. Executóse como lo ordenó el Marques, y el dia siguiente fuéron llegando los tercios y Regimientos de toda

la infantería, y los tomaron en la forma siguiente. El tercio del Maese de Campo Don Juan Vazquez Coronado ocupó desde la orilla del Cerbo hasta una casina, y el mismo ocupaba Don Vicente Gonzaga con la caballería que tenia á su cargo. Seguíase el tercio de Lombardía, que gobernaba el Sargento mayor Aragon, por faltar su Maestre de Campo. Este se daba la mano con el de Mons de Ricart, que era de Borgoñones, el qual por su muerte se proveyó despues en el Baron de Batevila, hijo del que murió en Cataluña. Á este tercio se seguia el del Marques de Mortara, que despues se proveyó en el de Caracena, y á éste el de Don Antonio Sotelo con el Conde Fabricio Madian con su compañía, y otras cinco de la caballería del Estado. Seguíase la Corte, que es el alojamiento del Marques, General del exército, y á ésta el de Don Martin de Aragon, General de la artillería, y delante de entrambos quarteles las dos compañías de las guardias á cargo de Don Juan de Arteaga, como Capitan de

las de lanzas, con la de arcabuceros de Don Diego Ciganda. Á las espaldas se alojaba el Coronel Juan Lopez Giron con su Regimiento de Dragones, guardando y guarneciendo el camino de Turin, por donde se creía que habian de intentar el socorro á la Plaza. Al quartel del Marques y de Don Martin de Aragon se seguian los tercios de Napolitanos de Cárlos de la Gata y Tiberio Brancacho, y luego el Teniente General Don Álvaro de Quiñones con la caballería de Nápoles. Á éste los tercios de Lombardos de los Condes de Bolognin y Borromeo, y el de Napolitanos de Aquile Minutulo, que el Duque de Medina de las Torres, Virey de Nápoles, con el desvelo y atencion grande que siempre aplica al servicio del Rey, envió de aquel Reyno de socorro. Seguíanse á éste los Regimientos de Alemanes, que eran de los Coroneles Baron Leyner, y Príncipes Reynaldo de Este, y Borso de Este, de los quales Reynaldo es tio, y Borso hermano del Señor Duque de Módena. Á éstos estaba inmediato el Coro-

nel Gil de Ayx con los Grisones, y la caballería de los Coroneles Don Fernando de Limonti y Vitzum, con que se acababa de cerrar la Plaza por la parte del país del enemigo hasta volver á encontrar con el Cerbo. Por él se daba la mano nuestra gente con un puente que para esto se hizo con el Marques Serra, que se hallaba en la isla con los dos Comisarios generales Don Fernando de Heredia y Don Pedro Moxica, y el Maese de Campo Francisco Torniel con las milicias del Estado, que se comunicaban con el tercio de Juan Vazquez Coronado por otro puente sobre el mismo Cerbo; quedando con esto perfectamente cerrada la línea de la circunvalacion. El dia siguiente que se tomaron los puestos en esta forma, se comenzó el trabajo de abrir las trincheras, que no fué pequeño, pues duró algunos dias, haciéndose al mismo tiempo los ataques, aunque templadamente, hasta acabar la línea; atendiendo tambien con vigilancia y valor que no entrase socorro en la Villa, porque el exército del enemigo, á

cargo del Cardenal de la Valeta y del Marques Villa, que constaba de diez mil infantes y tres mil caballos, procuraba con suma diligencia engrosar sus tropas, y para eso llegó el Cardenal á Trin, haciendo con los Piamonteses los esfuerzos posibles para que todos se armasen á la defensa comun, procurando entretanto con su caballería impedir los bastimentos á nuestro exército, pero con poquísimo efecto. Á primero de Junio, ántes que se acabasen las trincheras, hizo una salida el enemigo con toda la caballería que tenia dentro de la Plaza, que serian doscientos caballos, y con dos mangas de mosquetería: encamináronse al quartel del Marques, y salió á recibirlos Don Juan de Arteaga y Don Diego Ciganda, Capitanes de aquellas compañías, y travóse por espacio de una hora muy recia escaramuza, peleándose por entambas partes con mucho valor; pero rechazóse al enemigo con muerte de mas de sesenta hombres, y entre ellos el Sargento mayor de su Plaza y dos Capitanes, quedando presos otros dos,

y veinte Oficiales; y de los nuestros solo murieron tres soldados, y doce salieron heridos. En el mismo dia hicieron otra salida al quartel de los Alemanes, donde les recibieron con mucho esfuerzo, y volvieron con poca ménos pérdida á su Plaza.

Continuaba el enemigo entretanto los mayores esfuerzos que le era posible para aumentar sus tropas, y para esto Madama Real habia venido de Turin á San Ia, disponiendo que todos sus vasallos se armasen, aunque ellos lo rehusaron, pretendiendo que no tenian esa obligacion, sino es saliendo en campaña la persona del Duque.

Tampoco faltaban algunas competencias entre Franceses y Piamonteses sobre la vanguardia; y encendióse fuerte, aunque anticipada diferencia, sobre quál de las dos naciones habia de quedar dentro de Verceli, en habiendo socorrido la Plaza, si bien de este embarazo les quitó despues el Marques con llevársela. Con las diligencias que hacia el enemigo de aumentar su exército, llegaba á diez de Junio á cerca de doce

mil infantes, y mas de tres mil y quinientos caballos; y de las Provincias de Gascuña á la deshilada venian cada dia Franceses, poniéndose en tanta confianza del socorro, que al despedirse de Madama Real el Cardenal de la Valeta y el Duque de Candala su hermano, le ofrecieron de socorrer la Plaza, ó perderse. Á 5 de Junio intentó dividirse el exército enemigo, y embestir el nuestro en sus fortificaciones; pero hallaron tan dura la empresa, que excusaron de introducirse en este peligro. Íbanse entretanto avanzando los nuestros, ocupando puestos para acercarse á la Plaza, porque encomendados los aproches á las tres naciones, Españoles, Italianos y Alemanes, se fuéron mejorando con tanto valor, que á los 10 de Junio se hallaban muy cerca de las fortificaciones, y ya los Españoles habian ganado una media luna que estaba algo mas afuera que las otras. Habíanse plantado quatro baterías, tres en los ataques, y una en la Isla, hácia donde se creía que la muralla era casamuro, donde iba hacien-

do nuestra artillería no pequeño efecto. Habia tambien quatro trabucos, que por elevacion disparaban bombas á la Ciudad, y la incomodaban derribando las casas, é inquietando y afligiendo mucho á los vecinos. Las trincheras teniamos muy bien guarnecidas de artillería á la parte de la campaña, por si quisiese el enemigo embestirlas, como lo habia intentado. Nuestros batidores corrian por una parte y otra la Sesia, asegurando la caballería los bastimentos al exército. Tambien el Marques, previniendo qualquier accidente que en esta razon podia suceder, habia mandado traer mucha harina, y hacer hornos dentro del recinto del sitio, donde el número grande de vivanderos tenia bien socorrida y proveída la gente.

Aunque con esta disposicion se iba cada dia estrechando la Plaza, todavía pareciendo al Marques que respecto de los esfuerzos que hacia el enemigo para socorrerla, y tener á la vista un exército que iba aumentándose mucho, y que el ganar por trinchera las fortificaciones de afuera seria

darle mas tiempo para que le fuesen llegando mas socorros de Francia, y poner en mayor peligro la empresa, resolvió que se ganasen las fortificaciones por asalto: executóse esto á 15 de Junio en la noche, y á un mismo tiempo las tres naciones Españoles, Italianos y Alemanes embistieron la parte que á cada uno tocaba; y aunque por todas se obró con esfuerzo y resolucion, fué tanto lo que se señalaron los Españoles que iban á cargo del Sargento mayor Don Martin de Moxica, que lo era del tercio del Marques de Mortara, y fué á quien tocó esta faccion aquella noche, que habiendo ganado las fortificaciones, no solo degollaron mas de sesenta hombres de los que se hallaron en ellas, prendiendo mas de otros setenta, sino que siguiendo á los enemigos llegaron hasta la puerta de la Ciudad, poniendo tal terror en los de ella, que desampararon por algun rato la muralla, creyendo que estaban los Españoles dentro de la Plaza. Corrió esta voz por todo el exército, y que éramos señores de una puerta de la Ciu-

dad, y llegando este aviso al Marques le recibió con notable pena, ponderando quánto sentiria S. M. ganar á viva fuerza á Verceli, por los desórdenes, crueldades y pecados que acompañan necesariamente este género de calamidades: consideracion bien digna de un General de Rey tan Católico, pues pesaba en su estimacion mas la debida atencion al efecto piadoso de su Rey, que la gloria que conseguia de ganar tan valerosamente una Plaza. Súpose luego que los de adentro habian fortificado la puerta, de manera que no habiendo trabucos con que derribarla, no pudo ganarse aquella noche. En esta ocasion se señaló mucho el Conde de Concentayna, Marques de Solera, que fué uno de los que primero llegaron hasta la misma puerta, y otros que se referirán en la relacion particular que se está haciendo de este sitio.

Estando las cosas en esta disposicion, y acercándonos cada dia mas á la Plaza, y á la esperanza de reducirla y rendirla, por hallarse los Españoles ya alojados por la

contraescarpa, y poco ménos las demas naciones. Avisado el enemigo de los de la Villa de la necesidad y estrecho en que se hallaba, resolvió á 19 de Junio de intentar el socorro; y habiendo aquella noche tocado arma por todas partes hácia nuestras trincheras embistió con tres regimientos de tres mil hombres de gente escogida con tanto esfuerzo por la parte de la Sesia á la Isla que tenia á su cargo el Marques Serra, que aunque fué rechazado una y dos veces, con todo eso hallando una parte ménos guarnecida y mas flaca, entró buen golpe de gente en Verceli; y hubiera entrado mucho mas, si Don Martin de Aragon no enviara algunas mangas de mosquetería, que fuéron cerrando el paso al enemigo. Amaneció el Domingo 20 con suma alegría de los Franceses, que dispararon toda la artillería de su exército y de la Ciudad, donde tocaban las campanas por demostraciones de regocijo y fiesta de haber conseguido el socorro. Aquel mismo dia hicieron salidas á todas partes, pero sin ganar un palmo de tierra de lo

perdido. Sintió el Marques, como era razon, el suceso, y mandándolo averiguar, se halló que habia entrado de socorro esta gente por haber obrado con ménos valor algunos Alemanes y dos compañías de caballos, que habiendo embestido sus Capitanes y algunos caballos, dexaron de seguir los demas por no haberse movido los Alféreces con sus estandartes. Mandó luego degollar á un Alferez de Don Francisco de Meneses, y al de Fr. Vicencio Gamarra, y privar perpetuamente al Teniente de Don Francisco de todas las honras militares; con lo qual, y con otros castigos que hizo executar, si no se remedió lo pasado, se estableció el valor militar para lo venidero. Tanta quanta fué en los enemigos la confianza de que con el socorro habiamos de levantar el sitio, fué mayor la resolucion del Marques á estrechar la Plaza, juzgando por algunas espías y otras congeturas que habia entrado tan poca gente, que en el estado á que ya los habia reducido no podia serles de importancia.

Entretanto que nuestra gente cada dia iba mas acercándose á las murallas, peleaba nuestra caballería con la del enemigo sobre el comboy de los bastimentos, y á 23 rompieron los nuestros dos compañías de caballos, y á 26 en el camino de San German le degolló otras dos compañías de infantería Francesa, quitándoles todo el bastimento que llevaba á su exército. Desengañado el Cardenal de la Valeta de que el Marques no habia de levantar el sitio, hizo sus fortificaciones sobre la Sesia, batiendo con todas sus piezas la Isla, y se hubo de hacer una espalda para defender la gente que la guardaba; y á 27 el enemigo hizo una salida con todo el golpe de gente que le fué posible, que serian cerca de dos mil hombres, embistiendo por la Isla misma por donde le habia entrado el socorro; pero peleó de manera la infantería Española que se halló en aquel puesto, y Don Pedro de Moxica, Comisario general, con su caballería, que los rechazaron, degollando los que se defendieron, y los demas retirándose á la

Plaza, fuéron seguidos de nuestra caballería hasta las mismas fortificaciones; con que se templaron mas en las salidas.

CAPÍTULO X.

Disposicion de las tropas del Señor Infante al opósito de los exércitos enemigos.

A este punto habian reducido por el mes de Junio á Verceli las armas de S. M. en Italia, quando ya los Franceses y Olandeses en execucion de sus designios comenzaban á invadir las Provincias Católicas de Flandes; y reconociendo el Señor Infante que por la desigualdad grande de sus fuerzas se hallaba necesitado de hacer la guerra defensiva contra quatro exércitos tan poderosos, dispuso de manera sus tropas, que guarneciendo las Plazas mas importantes, quedasen con el mayor número de gente que pudiese ser para campear al opósito de sus intentos. Y viendo que el exército Frances á cargo del Mariscal Xatillon se hallaba en los contornos de Abeville para entrar por el Boloñés en la Provincia de Flandes, y el de Mr. de la Forza hácia la Fera con intento de ocupar á Arleus, por donde pasan las riberas de la Escarpa y Senset, y el Mariscal de Brese hácia Mecieres para entrar en el país de Luxemburg, mandó su Alteza para oponerse al Mariscal de Brese, que el Sargento mayor de batalla Ubech con la gente Imperial que habia invernado en aquella Provincia ocupase un puesto, para poderse dar la mano con Thionville, Ivoy y Montmedi, en caso que intentasen sitiar algunas de estas Plazas; y para oponerse á lo que intentase el Mariscal de la Forza, ordenó que el Coronel Roberoit se alojase en Gibet, y él con setecientos infantes entrase en Tirlemon, y repartiese la demas gente de su regimiento en Filipeville y Mariemburg; y que el Conde de Isemburg se aquartelase en Arleus con los tercios del Vizconde Don Jusepe de Saavedra, diez compañías del Conde de Fuensaldaña, las de Don Francisco de Toralto

y Cárlos Guasco, y el regimiento de Juan Agustin Spínola; y que se hiciesen algunas fortificaciones en Sailile, Escluse y Palber, por ser las avenidas y pasages mas importantes, cuidando de Arrás, Duay, Bapaume y Buchain; y que enviase gente al Conde de Fuensaldaña, caso que Franceses se encaminasen á Cambray, y si se inclinasen hácia Flandes, marchase luego la misma vuelta, y entregase la gente al Marques de Fuentes, á quien se habia ordenado para embarazar los designios del Xatillon, que pusiese los tercios del Marques de Velada, Baron de Wesemal, hijo del Baron de Gravendon y Don Guillelmo Tresame, y al Comisario general Don Francisco Pardo con alguna caballería entre Gravelinas y San-Homer, para acudir á estas Plazas y á la de Bourbourg; con que se prevenia no solo su defensa, sino que se impedia que los Olandeses no desembarcasen en la playa. Y por no haber podido ir á la faccion el Marques de Fuentes, ocupado cerca de la persona de su Alteza, se encargó

despues esto al Conde de Fontana, el qual alojó la infantería sobre la ribera que viene de San-Homer á Gravelinas y Dunquerque.

Mandó tambien su Alteza al Conde de Villerval que se aquartelase en West-Chapele, para impedir que el rebelde no desembarcase en Assegat, ordenándole que ocupase el fuerte de Blanquemberg, ó alguno de los que estan al opósito de la inclusa. Tambien se mandó al Maese de Campo Don Enrique Gage, que se alojase en Houch y Ostquerque para acudir al fuerte de San Job; y á Don Eugenio Oneill en Sensate para guardar el Sas, y diez compañías de Don Enrique de Alagon, Conde de Fuenclara, en San Gilistequen para acudir á Ulst, donde habia otras cinco compañías de este mismo tercio; y al Maese de Campo Mr. de Ribacortemborc se le ordenó que se pusiese con su tercio en Bore, para reforzar el dique de Caloó y fuertes de la Esquelda; dando órden tambien al Coronel Brion que estuviese en Namur hasta que llegase el Conde Picolomini.

CAPITULO XI.

Entrada del Mariscal de Xatillon por Artois.

Guarnecidas de esta manera las Plazas, y alojádose esta gente con grande providencia en los puestos mas importantes para la defensa de todas las Provincias obedientes, estaba atento su Alteza á acudir por su persona y la del Señor Príncipe Tomás adonde le llamase la necesidad, quando le llegó aviso de que entró por Artois el Mariscal de Xatillon con el exército que se juntaba en los contornos de Abeville y Boloñés, que, como se ha dicho, constaba de quince mil hombres y tres mil caballos. Encaminóse el Mariscal por San Pol, Villa muy flaca, en la qual no se podia hacer resistencia: habia en ella dos compañías del tercio de Wesemal, y como habiéndoles enviado Xatillon un trompeta para que se rindiesen, no quisieron hacerlo, adelantóse el exército, y se defendieron hasta que llegó la artillería, y no pudiendo resistir mas se rindieron, ca-

pitulando de salir con sus armas y bagage, aunque no se les cumplió despues, porque los desvalijaron y desarmaron en el camino: corta hazaña en gente rendida, y faltando á lo ofrecido. Pasó desde allí Xatillon á Betuna, en que pocas horas ántes habia entrado el Vizconde Don Joseph de Saavedra con once compañías de su tercio, que venia marchando hácia Arleus, con que torció su camino por Perne y Lilers, Villetas ámbas muy flacas, y sin guarnicion, y desde allí se encaminó hácia la de Ayre, donde á instancia del Gobernador envió el Vizconde quatrocientos hombres de su tercio, y el Conde de Fontana dos compañías del de Wesemal: y fué cosa cierta, que segun los avisos que se tuvieron de algunos prisioneros que hizo nuestra caballería, el primer intento del Frances fué sitiar á Ayre, Plaza muy fuerte; pero sabiendo que estaba prevenida, y que habia entrado mas gente en ella, se retiraron, y fuéron adelantando hácia San-Homer. Ganaron el castillo de Arch, distante de esta Plaza ménos

de media legua: despues ocuparon todos los demas puestos que habia al rededor de la Villa, no habiéndolos podido sustentar la gente que el Conde de Fontana puso en ellos, ni quedar su persona en Watem, que es sobre la ribera, por tener poca gente, y haber enviado alguna á Ayre y San-Homer. Habia en esta Plaza tambien quatro compañías del tercio del Marques de Velada, ciento y cincuenta Ingleses del de Tresemey, doscientos Walones del de Wesemal, sin quatro compañías del de Don Joseph de Saavedra, y las del Gobernador y mayor de la Villa. Hallábase asimismo en ella el Baron de Wesemal y el Sargento mayor de su tercio, que ocupaban con doscientos hombres el puesto de Bach, y reconociendo la imposibilidad de conservarle, se retiraron con la gente dentro de la Plaza; con que habia en ella mil y seiscientos infantes y quatrocientos caballos. Tambien el Conde de Fontana hizo entrar con órden de su Alteza quarenta y dos mil libras de pólvora, que se llevaron de Dunquerque, por-

que se creyó que habia falta de ella, sin embargo de que esta Plaza no corria por finanza, sino que ella misma debia hacer su provision.

Quando su Alteza supo el camino que tomaba el Mariscal Xatillon, mandó al Conde de Isembourg marchase luego para juntarse con el Conde de Fontana, tomando la via de Poperinge, y que el Señor Príncipe Tomás partiese de Bruselas; y al Marques de Fuentes y Conde Juan de Nasao, que con el de Isembourg habian de asistir cerca de su persona. Juntóse con el Señor Príncipe Tomás en Bourbourg la gente que traía el Conde de Isembourg, y poco despues el tercio del Conde de Fuensaldaña y el regimiento de Juan Agustin Spínola, y con las demas tropas y gente que se le iba juntando, llegaba su exército hasta ocho mil infantes efectivos, y quatro mil caballos, sin los Croatos, que tambien se juntaron con esta gente.

El Mariscal de la Forza por este tiempo se hallaba alojado en Primont entre Cha-

telet y Boain con su exército, y creyóse que ó sitiaria aquella Plaza ó la de Buchaim, para obligar á su Alteza á dividir sus fuerzas con las correrías y progresos que podia intentar por aquella parte. El Mariscal de Brese con la gente del Rey que tenia á su opósito hasta entónces no habia hecho faccion considerable, y aguardaba su Alteza al Conde Picolomini, y para darle prisa envió de Bruselas al Teniente General de la artillería Don Bernardino de Rebolledo. Los Olandeses por este mismo tiempo con exército de quince á diez y seis mil infantes y cinco mil caballos, como se ha dicho, tenian ya embarcada la mayor parte de su infantería, y en Breda recogidas muchas municiones y víveres con mil y quinientos carros (es el mayor número que jamas habian sacado en campaña); y segun los avisos que su Alteza tenia, parece que podia creerse que se pondrian sobre Amberes, Hulst ó el Sas; y decíase que las gruesas contribuciones que se habian hecho para formar un exército tan poderoso, se habian facilitado

con prendas seguras é infalibles de tomar á Amberes, sobre cuya presa se habian ya librado algunas partidas. Otros juzgaban que de acuerdo con Franceses intentarian darse la mano para la empresa de Gravelinas ó Dunquerque, mejorándose el Príncipe de Orange por la mar la vuelta de aquellas Plazas, y entretanto procurando intentar algo en las de la Mosa. A los movimientos de este último exército estaba atentísimo su Alteza, porque se habia encargado de acudir por su persona, y con toda la gente que le quedaba de la que habia enviado al opósito de los tres exércitos Franceses, y defender las Plazas y puestos que intentasen ofender los rebeldes.

CAPÍTULO XII.

Suceso del dique de Caloó.

Estando las cosas en esta disposicion tuvo aviso Don Felipe de Silva, Castellano y Gobernador de Amberes, que tenia el ene-

migo alguna inteligencia en los fuertes que están sobre la Esquelda, y envió al Maese de Campo Catres, á cuyo cargo estaban las tres compañías de infantería Walona, que se hallan de guarnicion ordinariamente en Amberes, para que con toda disimulacion, por no desconfiar los que servian en aquellos puestos, tomando motivo de que se habia de formar un grueso exército con que oponerse á los intentos del enemigo, fuese sacando de allí la guarnicion ordinaria: executólo así, y puso en el fuerte de Caloó al Capitan Maes con quarenta soldados de su compañía, y sesenta villanos del país de Baes, sacando de aquel puesto al Capitan Vander Straten, soldado de mucho valor; puso en el de la Perla al Capitan Sailli, y en el de Bloquersdik al Capitan Sivori. Habia mandado su Alteza algunos dias ántes que en el Village de Burth, que está sobre la Esquelda, se alojase el Coronel Brion con su regimiento, y que guardase aquel puesto á la órden de Don Felipe de Silva, el qual se la dió de que pasase al

dique de Caloó, y quedase su regimiento á disposicion del Maese de Campo Catres. Quando su Alteza tenia prevenidos en esta forma aquellos puestos, se fuéron reconociendo el Sábado 12 de Junio muchas barcas, y que se iban acercando al Lilo y Canton de Amor, y que desembarcaban mucha gente en la Dula; y dos dias despues, estando la mar baxa, pasaron el canal dos mil hombres del exército rebelde con el cieno hasta la cintura, y con el mismo valor que pudieran executarlo dos mil Españoles, por frente de un reducto nuestro, que se llama Stialant, y está sobre el dique que va de Caloó al fuerte de Berbruck. Llevaban sobre trineos quatro piezas de artillería, y embistiendo al reducto, en que habia quince soldados, le ganaron sin ninguna defensa. De allí se encaminaron á una inclusa que hay entre este reducto y el fuerte de Caloó, y hallábase guarnecido con trescientos soldados del regimiento de Brion, y otros tantos villanos, y dos medios quartos de cañon; pero no pudiendo resistir al enemigo, des-

ampararon el puesto, perdiendo la artillería que habia en él. Siguiendo estos buenos sucesos pasó el Olandes á embestir el fuerte de Caloó, y aunque habia muchos villanos mezclados con alguna gente del regimiento del Coronel Brion en el espacio que hay desde este fuerte al de Santa María, á las primeras cargas de mosquetería se retiraron sin ninguna resistencia. Viendo esto el Coronel, que al ruido habia acudido al arma, pidió con instancia al Capitan Maes que le dexase entrar en el fuerte con alguna gente de su regimiento, el qual defendió que no entrase el Maese de Campo; y si así hubiera defendido que no entrára el enemigo, no hubiera perdido tan baxamente su puesto: rindiólo luego, con que entró el Olandes en él. Al mismo tiempo que con este trozo de gente se iba avanzando hácia el dique de Caloó, envió á ocupar el fuerte de Berbruck, que dista una legua del de Caloó, y en él estaba la compañía del Capitan Antoneda, si bien el Capitan se hallaba alojado en un Village del mismo nombre del fuerte.

Rindióse el de Berbruck con muy poca resistencia; con lo qual, y con los puestos que habia ya ganado, que todos eran pasos muy acelerados para lograr los designios con que gobernaba su empresa, pasó á acometer el fuerte de Santa María: habíanse recogido en su estrada encubierta muchos soldados de los que se habian retirado de los otros puestos, los quales incorporados con la guarnicion del fuerte le rechazaron con mucho valor, quebrando en el Puerto de Santa María el rebelde y herege los prósperos sucesos con que se iba adelantando contra su legítimo Rey y su Religion verdadera.

Luego que supo Don Felipe de Silva lo que iba obrando el Olandes, juntando la gente que pudo de la que se habia retirado, ordenó que se avanzase y fortificase en el dique de Caloó, mas adelante del que viene de la Perla, porque no pudiese el enemigo embarazar la comunicacion de un fuerte á otro, si bien al mismo tiempo estaba batiendo con tres medios cañones el de la

Perla ; y hecho esto, pareciéndole que hallándose tan adelante las armas de los Olandeses para poder sitiar á Amberes, era conveniente volver á aquella Villa á prevenir todo lo necesario á su defensa, dexó encargada la de los puestos que se conservaban por el Rey al Maese de Campo Catres, escribiendo á Don Enrique de Alagon, Conde de Fuenclara, cuyo tercio estaba cerca de Hulst, y al Maese de Campo Ribacourt, que estaba con el suyo en Selsate cerca del Sas, que uno y otro se encaminasen con toda diligencia hácia Burght. Supo su Alteza en Bruselas los progresos del enemigo, y que el Príncipe de Orange se habia encaminado hácia Berg-op-zoon con la caballería y gran cantidad de carros, y que traía marchando la infantería, y al punto partió de aquella Corte para entrar en Amberes, y disponer por su persona la defensa de aquella Plaza. Tuvo en el camino aviso que el enemigo habia tomado pie en Berbruck, y teniendo el mismo Don Estevan Gamarra, Teniente de Maese de Campo general por carta del Burgo-Maestre de Amberes Sibori, se adelantó hácia Ruplamon, de donde dió aviso á su Alteza como los enemigos eran ya dueños de los fuertes que se han referido, y que pasaba adelante á Burght para ver si estaba guarnecido, siendo puesto muy importante para la conservacion de Amberes. No halló Don Estevan gente en Burght, y pasando á Amberes á comunicar con Don Felipe y el Marques Sfondrato lo que se habia de hacer para que el enemigo no se fuese adelantando tanto : pareció á todos que lo mas conveniente era que el Marques Sfondrato pasase luego á Burght con toda la caballería que tenia alojada en Bravante, y con setecientos infantes Walones de las guarniciones del Demer y Erentales, porque entónces no tenia mas infantería, respecto de no haber llegado tres regimientos de Alemanes del Emperador, que en el país de Luxemburg habian invernado. Tambien escribió al Marques de Liera que enviase trescientos hombres á Burght, y al Marques de Lede para

que marchase con toda diligencia con la gente que venia de Ultramosa, y que estuviese advertido de tomar el camino de Malinas, porque el enemigo venia marchando por la campiña con setenta compañías de caballos y mucha infantería, para tomar los puestos y sitiar á Amberes.

Habiendo hecho esto Don Estevan Gamarra, volvió á dar cuenta de ello á su Alteza á Berbruck, donde le habian suplicado los Ministros que consigo traía, que hiciese alto hasta tener cierto aviso de los sucesos del enemigo, y que llegase la gente que se esperaba. Para que abreviasen despachó su Alteza al Ayudante de Teniente de Maese de Campo general con órden para el Marques de Lede, Conde de Fuenclara y Ribacourt, que sin perder punto se adelantasen á Burght, y que Don Andrea Cantelmo se avanzase luego con la gente que pudiese sacar de la que estaba á su cargo. Habiendo dado estas órdenes su Alteza, llegó á 14 á Amberes, hallando en suma afliccion á sus vecinos, viendo los prósperos principios con que el enemigo habia dispuesto y executado la empresa destinada de la asolacion y destruccion de aquella nobilísima Villa. Con la entrada del Señor Infante se consolaron grandemente y animaron todos, como quien reconocia y miraba en la alegría del rostro de aquel generoso y esclarecido Príncipe, la grandeza de su Real corazon, y en la suma prudencia y desvelo con que iba disponiendo las mejores execuciones del servicio del Rey, y defensa de aquella Plaza, y con ella todo Bravante y las demas Provincias obedientes.

CAPÍTULO XIII.

Avisos de que el Frances intenta entrar por la parte de Cantabria.

En este conflicto se hallaban los Paises-Baxos por el mes de Junio con pocas esperanzas de ser socorridos, como se deseaba, de Alemania, respecto de los progresos de Weymar, y gente que juntaba el Palatino,

y haberse roto el tratado con el Landgrave de Hese: quando en España al cuidado de estar en tantas partes empeñadas sus armas, y con ellas el amparo de la Religion Católica, se aumentó el de la propia defensa. Habiendo prevenido S. M. lo que se juzgó bastante para lo que podia ocurrir por nuestras fronteras en la guerra con el Rey Christianísimo, pareció conveniente que el Marques de los Velez, Virey de Aragon, pasase á gobernar el Reyno de Navarra, fiando de la prudencia, zelo y acierto con que habia obrado en aquel gobierno y en el de Valencia, los buenos efectos que se deseaban en el servicio de S. M. Envióse tambien á Don Antonio Gandolfo algunos meses ántes á que reconociese los castillos de Pamplona, el fuerte del Burguete, á San Sebastian, los Pasages y Fuenterrabía; y para ir disponiendo algunas cosas que eran necesarias á su defensa se remitió cantidad considerable de dinero.

Esto se iba executando con el cuidado á que podia obligar el ver al Frances tan

empeñado en Flandes é Italia, y tan léjos de creerse que habia de intentar faccion considerable por nuestras fronteras; porque aunque algunos meses ántes se habia entendido vagamente que los Franceses habian de entrar por la parte de Navarra, qualquiera medianamente advertido podia con facilidad bastante creer, que habiendo empleado todas sus fuerzas el Rey Christianísimo este año de 38 en acabar con las Provincias Católicas de Flandes, donde hacia la guerra con tres exércitos, y hallándose obligado en Italia de oponerse á otro tan victorioso y grande como el de S. M., y que por la Borgoña podia recelar que invadiesen sus Provincias nuestras armas, divertidas tambien las suyas en Alemania con los continuos socorros que daba al Duque de Weymar y á los Príncipes hereges de su faccion, y que quando Francia estaba tan exhausta de gente, como se debe creer del largo tiempo en que en todas partes con desiguales sucesos fomenta y sustenta la guerra, no era verisímil que quisiese ni pu-

diese comenzar faccion tan peligrosa por nuestras fronteras, tanto mas en las de Navarra y Cantabria, donde son tan dificultosas las entradas, y tan acostumbrados los naturales de una y otra Provincia á defenderse con grande esfuerzo, sin mas socorro del que ofrece la dificultad de los pasos, la industria y valor de la gente.

Á esta consideracion daban fuerza los exemplos y sucesos pasados, en que esta nacion habia hallado en las entradas de España tantas calamidades y escarmientos, así en los mas antiguos por Cataluña, quando el Rey Don Pedro el Grande, que llamaron el de los Franceses, deshizo tan numerosas tropas del Rey Felipe de Francia, como en los del Rey Don Fernando el Católico y Emperador Cárlos V., que hallándose ya dentro los enemigos, volvieron deshechos con pérdida de gente y reputacion: todavía la facilidad y ligereza con que esta belicosa nacion se entrega á la guerra, y el ardor de su natural no dexaba razon bien discurrida, y mas quando á los avisos va-

gos é inciertos llegaron los mas individuales, porque ya por los últimos de Mayo Don Fermin de Lodosa, que asistia en Vera, dió noticia al Marques de los Velez, que habia entendido que el Príncipe de Condé estaba en Burdeos, y hacia Plaza de armas en Dax: que habia doce mil hombres en aquellos contornos, y quinientos caballos; y si bien no habia gente de guerra en Burdeos ni hácia Navarra, con todo eso se decia que la Provincia de Guiena servia á su Rey con ciento y cincuenta mil ducados, y los Caballeros de ella tres meses á su costa, obligando á la plebe á toda fuerza á que tomase las armas; y se creía que la resolucion era formar un exército de veinte y seis mil infantes y dos mil caballos. Á esto se siguieron segundos avisos de Don Baltasar de Rada, Gobernador de Maya, diciendo que el Conde Agramont habia partido á San Juan de Pie de Puerto á las cinco de la tarde á 21 de Junio, y que á la misma hora comenzaron á marchar veinte compañías, de que era Coronel su hijo, y

que tambien se encaminaban á Endaya las de otro hijo del Príncipe de Condé, que habian desembarcado veinte y cinco piezas de artillería, y de mil y quinientos caballos solo habian llegado quatrocientos. Que el Príncipe de Condé habia entrado la víspera de San Juan en Bayona, y traía esta gente muchos pertrechos de guerra, y particularmente bombas. De uno y otro dió aviso el Marques de los Velez á S. M. con la brevedad que el caso requeria, disponiendo entretanto con grande cuidado, y con el parecer del Prior de Navarra Don Fr. Martin de Redin, Caballero de muchas partes y valor, y de los demas Cabos que le asistian todo lo que estaba á su cargo, visitando por su persona los puestos mas importantes, y obrando en quanto se debe prevenir en tales ocurrencias con suma vigilancia, fortificando muy aprisa á Pamplona, y despachando á las Merindades de aquel Reyno y á las Ciudades de la frontera órdenes para que enviasen socorro de gente.

Con tan individuales noticias fué creciendo justamente el cuidado en la Corte; y habiendo el Rey nuestro Señor remitido á los Consejos de Estado y Guerra pleno, punto tan importante, y consultado sobre ello en el aposento del Conde-Duque, resolvió S. M. que el Almirante de Castilla estuviese prevenido para acudir á la defensa de la Provincia, si el enemigo intentase entrar por ella, pues era Capitan General de Castilla la Vieja; reconociéndose que serviria este puesto con el cuidado y valor que se dexa conocer de tal sangre y obligaciones, y del amor y fineza con que siempre se ha señalado en el servicio del Rey; y que se escribiese al Marques de los Velez que con toda brevedad pusiese artillería en el Burguete, por el conocido riesgo que sin ella tenia aquel fuerte, siendo tan importante para defender que Franceses no pasasen á Navarra. Se diese órden pasasen á San Sebastian los mil y quinientos Irlandeses que estaban en la Coruña, y habia traido de Flandes Don Lope de Hoces, y gran-

de prisa al apresto de los navíos de su cargo, y partiese con ellos á la Provincia con el primer aviso. Que fuesen á aquella frontera los Marqueses de Mortara y Torrecusa, y gobernase el primero á los Irlandeses, y el segundo las armas de Navarra. De las que de Plasencia habian de pasar á Cataluña se conduxesen mil y quinientos arcabuces á la parte que mas necesidad tuviese, sobre otros tantos que se habian mandado dar á la Provincia, y que éstos sirviesen para ir armando la gente que fuese al socorro. Los Corregidores de Logroño, Alfaro y Calahorra acudiesen prontamente á la frontera con la gente de su obligacion; y que el Consejo de Aragon enviase las órdenes necesarias para que aquel Reyno no solo se previniese para su defensa, caso que los Franceses intentasen hacer novedad por aquellas fronteras, sino que dispusiese gente para pasar á las de Navarra; pues si el enemigo entraba por ella, padecia conocido riesgo Aragon y su Corona, y era justo que siendo recíproco el peligro, fuese

tambien igual la correspondencia. Dióse órden al Marques que guarneciese la armería de Eugui, porque el enemigo no la tomase ó quemase, ni los molinos de la fábrica; y que Don Diego Riaño, del Consejo de Castilla, previniese las milicias que estaban á su cargo. Mandáronse remitir luego cincuenta mil ducados á Navarra, y treinta mil á Guipuzcoa; y de los Capitanes y soldados viejos que estaban pretendiendo en la Corte se enviaron, como se habian pedido, seis Capitanes y ocho Alféreces á Guipuzcoa, ocho Capitanes y seis Alféreces á Navarra; y partió á aquel Reyno Juan Martinez de Torre, maestro de fuegos artificiales.

Tambien se formó duda, si en caso que el enemigo se empeñase sobre alguna Plaza de Navarra ó la Provincia, ó entrase poderosamente por nuestras fronteras, seria conveniente que se moviese la persona de S. M., pareciendo muy importante para la facilidad y felicidad de la defensa. Poniase en consideracion quán seguramente, y con

qué prontitud y execucion seguiria toda la nobleza de España á su Rey, quán puntualmente se executarian las órdenes, y qué prudentemente se elegirian los medios, si se ponian los ojos en los exemplos pasados. Todos inclinaban á este parecer; pues dexando los de los Reyes antiguos de Castilla, Aragon y Portugal, aun en nuestros dias siempre que hubo guerra en España, se acercó á ella el Señor Rey Don Felipe II., ya se considerase en Córdoba quando la guerra de Granada, ya en Badajoz quando entró el Duque de Alba en Portugal: la edad, la inclinacion, el valor, la salud de S. M., y el amor grande á la conservacion de su Corona y defensa de sus vasallos, exîmia de duda la materia, la gloria del vencimiento se aseguraba con la asistencia de su Real persona.

Por otra parte no dexaba de hacerse grande ponderacion de que con moverse S. M. se hacia tanto mayor el peligro con las demostraciones del reparo; pues no habrian conseguido poco los Franceses, si

obligaban á dexar al Rey nuestro Señor la silla de su Monarquía, dando á entender al mundo, que habia reducido á estado su Corona, que ni la persona Real se hallaba reservada de los accidentes y riesgos de la guerra. Si viniera el Rey de Francia en persona, parece que era mas decente la salida; pero quando enviaba uno de los de su sangre, no era conveniente honrar ni autorizar su invasion, y hacerla mayor con tan señalada y notable defensa; y teniendo S. M. dentro y fuera de España tantos exércitos y Generales, y tan grandes vasallos que pudiesen salir al opósito del de Condé, sería moverse el Rey aplicar á los primeros daños los últimos remedios. Poniase en consideracion el riesgo de la salud de S. M., caminando en caniculares, tiempo muy contrario á su complexîon; siendo este punto tan substancial, que traía á sí todos los demas: pues si S. M. perdia la salud, ¿qué podiamos conseguir con la guerra? entrando de conocido aventurando lo principal para reparar lo accesorio, y siendo mas peli-

groso el remedio, que pudiera ser executado el daño. Con todo eso mandó S. M., consultado sobre este punto, que estuviese dispuesto todo lo necesario á su salida; y que los Caballeros del Hábito é Hidalgos de los Reynos de Castilla se hallasen prevenidos para acudir á Burgos, quando se les ordenase, á acompañar la Real persona.

Entretanto que con estas disposiciones se prevenia el reparo de lo que el enemigo podia obrar por aquella parte, avisado el Marques de los Velez, que cada dia el Frances iba engrosando sus tropas, amenazando conocidamente á Navarra, dispuso que la gente de los Valles de Roncal, Salazar, Ayezcoa, á cargo del Capitan Don Francisco de Ibero, Caballero del Hábito de San Juan, ocupasen los puestos y pasos fuertes de su frontera, impidiendo que el enemigo por ella no hiciese entrada en el Reyno, ni se apoderase de puesto alguno que pudiese ponerle en esta esperanza. Guarneció el Burguete con mil y cien hombres á cargo del Sargento mayor Andres Marin, ordenan-

do, que si el enemigo quisiese hacer entrada por allí, avisase á los Valles de Erro, Esteribar, Arce y Egui, cuyos naturales con particular conocimiento de la tierra ocuparian y defenderian los pasos de Altabizcar, Ibaneta, Gabarnire, Mendiguri y Zorogoyen. Puso en Maya tres compañías de á cien hombres cada una, á cargo del Sargento mayor Don Baltasar de Rada, y ochocientos en la defensa de Herrazu, Arizcun, Azpilcueta y Lecaroz, y otros quinientos de los Valles de Bastan, Vertiz, Arana, que se ocupaban tambien en hacer las guardias con los soldados, y tenian órden de acudir á la defensa de algunos puestos, por donde el enemigo podia intentar la entrada. Habia guarnecido las cinco Villas con mil y quinientos hombres á cargo del Sargento mayor Don Juan de Rada, Caballero de la Órden de Santiago, y dado órden general que se hiciesen cortaduras en los puestos por donde pudiese intentar su marcha el Frances, derribando árboles, y embarazando con peñas los caminos, ya

de su naturaleza ásperos y dificultosos, mandando que entretanto que ponia en buena defensa el castillo y Ciudad de Pamplona, y con exemplo, órdenes y diligencia iba disponiendo el mayor servicio del Rey, y las levas dentro y fuera del Reyno, Don Fr. Martin de Redin, Prior de Navarra, reconociese todos los puestos de la frontera, y avisase al Marques de los primeros movimientos del enemigo, para acudir por su persona á lo mas necesario.

Á este tiempo, teniendo ya junto el Príncipe de Condé todo el grueso de su gente hácia la frontera de Navarra, y tocando caxas el dia de San Juan, comenzó á marchar por la parte de Altabizcar y Valcarlos, intentando reconocer con alguna gente los pasos; pero impidiéndoselo la nuestra, y hallando mas dificultosa y defendida la entrada de lo que juzgó y creyó por allí, pasó el mayor cuerpo de su exército á la tierra de Labort, y el primer dia de Julio por la mañana se comenzó á descubrir desde Fuenterrabía por la parte de Endaya su caballería y gran número de su infantería, juzgándose que uno y otro llegaria á diez y seis mil infantes y dos mil caballos, á cuyo opósito se hallaba el Coronel Don Diego de Isasi Sarmiento, hermano del Conde de Salvatierra, Caballero de mucho valor, con dos mil hombres de la tierra, que habiendo hecho la moderada resistencia á que obligaba la desigualdad, cedieron á la fuerza y número del enemigo; el qual esguazando el rio Vidasoa por cinco partes en baxa mar, muy como Frances en sus primeros acometimientos, pasó con grande valor y órden, sin hacer caso alguno de la artillería que se disparaba de Fuenterrabía, aunque le mataba alguna gente, y se fué apoderando de Irun, y ganando los puestos principales de aquella tierra, y el dia siguiente, sin que se lo pudiese impedir nuestra gente, tomó á Oyarzun, Renteria y Lezo, desalojando al Coronel y su gente de dos eminencias que habia ocupado sobre Oyarzun, que miraban á la defensa de la parte por donde el enemigo podia marchar

con su artillería. Otro dia despues ganó los Pasages con buen número de armas, artillería y municiones de guerra, que halló tan desamparadas en aquellos arenales, como si fuera la invasion por Perpiñan, y de allí llegó muy cerca de San Sebastian, hasta que el Licenciado Don Juan Chacon, Corregidor de la Provincia, y del Consejo de las Ordenes, acudiendo á todo con la atencion y diligencia que era obligado á su sangre y puesto, mandó derribar los puentes, y destruyendo el Frances, y quemando todo lo que ganó hasta allí, ocupó tambien quatro navíos buenos que halló en el Puerto, y otros quatro escaparon, sacándolos á la mar Don Alonso Idiaquez.

CAPÍTULO XIV.

Sitia el Frances á Fuenterrabía.

Dexando el Príncipe de Condé alguna guarnicion en los Pasages, volvió con la mayor parte de su gente á Fuenterrabía, y

señor ya de la campaña fué reconociendo los puestos mas á propósito para sitiar la Plaza. Don Diego con su gente se retiró á Ernani, y resolvió de fortificarse en él, y hacer Plaza de armas en aquel lugar para aguardar gente y socorro, y obrar lo mas conveniente al servicio del Rey, dexando en los esguazos de Loyola y Astigarraga quinientos hombres para defender aquel paso, hasta donde llegó el enemigo con intento de desalojar y apoderarse de este último lugar; pero defendiéronselo los nuestros, y con pérdida de alguna gente hubo de contenerse en los puestos que tenia ganados sin pasar adelante.

Desembarazado el Príncipe de la defensa que pudo recelar en su entrada, y apoderado de puestos tan importantes, comenzó á obrar libremente todo lo que conducia á su intento, y formando esquadron de gente bastante, hizo marchar la vuelta del castillo de Iguer, que llaman de Santelmo, que es el que guarda la boca del Puerto, donde habia diez soldados con un

Capitan, el qual desampararon, arrojándose vilmente al mar, y entrándose en Fuenterrabía, donde los hubieran ahorcado, si el hallarse tan necesitados de gente en ella no les pusiera en esperanza de que con el buen exemplo de sus soldados y vecinos aun podrian aquellos hombres volver á cobrar el valor perdido, y servir en algo á su defensa. Con esto fué el enemigo del todo señor de la campaña y de los puestos, y comenzó á obrar vigilantemente en la disposicion del sitio de Fuenterrabía, juzgando, y no con temeridad, de tan felices principios la facilidad y brevedad con que se le habia de rendir una Plaza tan importante.

Es Fuenterrabía (que en lengua de su Provincia llaman Ondarrabia, que quiere decir Lugar sobre arena) la primera puerta de España por la parte del Septentrion, en la tierra que llamaron los Romanos Vardulia, y hoy decimos los Españoles Guipuzcoa ó la Provincia. Está fundada en una moderada eminencia, á modo de Península, muy cerca del Promontorio Olearson, famoso entre los Geógrafos antiguos, de quien hacen señalada mencion Strabon, Plinio y Ptolomeo en sus tablas. Mira por la parte de Levante, á ménos de dos mil pasos, á Endaya, primer lugar de Francia en la Guiena, que llaman los naturales tierra de Labort. Al Norte está el Cabo de Iguer sobre la misma mar, á quatro mil pasos de distancia con el Puerto de Astubiaga, defendido del castillo que hemos dicho con quatro piezas de artillería, un Alferez, dos artilleros, y quarenta soldados de guarnicion. Al Occidente mira á unas montañas eminentes mas de dos mil pasos de distancia, y á tiro de mosquete hay un puesto de tal altura, que no dexa de ser padrastro á su defensa, en cuya falda se ve la Ermita que llaman de nuestra Señora de Gracia. Al Mediodia mira hácia un brazo de mar, que con la creciente cubre unos juncales, desde donde no puede recibir daño la Plaza. El surgidero es sondable y bueno: llámanle los naturales la concha, por la figura que hace su circunferencia; pero la

barra por donde se entra no llega en la mayor creciente á siete codos de profundidad, y su menguante apénas dexa codo y medio de agua; con que se halla incapaz de poder entrar en él navíos de buen porte. Corre por la parte de Levante el rio Vidasoa, que divide á España de Francia á pocos pasos de la Plaza, de pequeña corriente, alteradas sus aguas del fluxo y refluxo del Océano, que quando crece inunda los arenales de la Villa hasta llegar con ellas al recinto de sus mismas murallas. Ha sido celebrada esta Plaza con las invasiones Francesas, y en varias fortunas mostrado siempre sus vecinos igual el valor. En tiempo del Rey Don Enrique el año de 1476 la combatieron con grande fuerza, y la defendió muy valerosamente Estevan Gago, Capitan de acreditada opinion, y el Conde de Salinas Don Diego Perez Sarmiento, que despues entró en ella para asegurarla. El de 1521 la ganó el Rey Francisco de Francia, rindiéndola Diego de Vera, General de la artillería, soldado viejo y acreditado,

en trece dias; y pareció tan breve el tiempo de la defensa, que hubo de valerle el esfuerzo con que en otras ocasiones obró este Capitan, para que pudiese dudarse si la perdió bien perdida. Defendiéronla mejor los Franceses tres años que la tuvieron en su poder, costando mucha sangre y gente á una y otra nacion el sustentarla y cobrarla, sin alzarse apénas la mano en todo este tiempo de la empresa. Finalmente la ganó el Condestable de Castilla Don Íñigo de Velasco el año de 24, rindiéndola á honrados pactos Mr. de Franget su Gobernador, con tan grande sentimiento del Rey Francisco, que le mandó afrentar públicamente en Leon de Francia, despojándole de todos los honores de nobleza, rayendo las armas de su escudo, y baxándole de Caballero á plebeyo. Dexaron destruida la Villa los Franceses, asoladas y deshechas las casas, así por los naturales efectos de la guerra, quanto por odio particular de los vecinos, á quienes siempre experimentaron importunos y crudos enemigos; pues no pu-

diendo asegurarse de ellos en la Plaza, los enviaron á Bayona los tres años que fuéron señores de ella. Luego que la cobró el Condestable, mandó el Señor Emperador Cárlos V. fortificarla con grande costa y cuidado, reparando sus lienzos, levantando los baluartes, que fuéron el de la Reyna y Leyva, y el Cubo de la Magdalena, y haciéndole perspectiva muy hermosa al Palacio del Gobernador, y murallas á la Villa muy altas de piedra de sillería, y catorce pies de grueso, fuertes y eminentes, como el corazon del Príncipe que las mandó edificar. Hízose otro baluarte el año de 1598 á la parte de Francia, en la forma y disposicion muy desigual á los otros. Tiene dos puertas la Villa principales, de Santa María y San Nicolas, la una al Mediodia, y la otra al Poniente, una y otra con puentes levadizos, cubos y rebellines; pero sin fortificaciones algunas afuera, de donde puede fácilmente dominarle el enemigo, ocupando algunas eminencias á tiro de mosquete, y desde allí plantando su artillería,

quitar los reparos y la defensa á la Plaza. La tierra que cae al Occidente es áspera, montuosa y doblada, que da comodidad para emboscarse el enemigo, y acercarse á ella con facilidad. La vecindad del pueblo de quatrocientos hombres, todos militares, criados en la guerra de aquella frontera con el odio Frances, y amor al servicio del Rey y su patria. Las armas están á cargo de un Gobernador, que pone S. M. sujeto al Virey de Navarra, quando no hay señalado Capitan General de la Provincia. Y por ser el Gobernador de esta Plaza Teniente de Capitan General, gobierna el Presidio de San Sebastian, y toda la demas gente militar que se tiene en los castillos de aquella costa. Está guarnecida ordinariamente con quinientos soldados pagados, y obligacion de la Provincia de poner otros quinientos en la ocasion; con los quales y con la gente de la Villa se hace bastante número para defenderla.

Hallábase la Plaza, quando la sitió el Frances este año de 38, con setecientos

hombres entre los soldados y vecinos, por no haber entrado los que tenia obligacion la Provincia, ya sea porque no dió lugar á ello la confusion y el desórden, ya (que no es de creer) lo causasen emulaciones antiguas que tienen los Provincianos entre sí. Gobernaba á Fuenterrabía, entretanto que llegaba el Maese de Campo Don Christoval Mexía Bocanegra su Gobernador, el Capitan Domingo de Eguia, natural de Bilbao, soldado viejo, de valor y de buenos servicios, y dispúsose con los Capitanes, soldados y vecinos de la Villa á su defensa, como verdaderos Españoles, á vista de un exército tan poderoso, con tan poca gente, y reconociendo que no podia ser muy breve el socorro; y no dexa de ser demostracion del aliento de los de la Villa, que teniendo destinada corrida de toros cada año para 30 de Junio, sabiendo que habia entrado ya el enemigo en la frontera, sin embargo de que se prevenia para la defensa, prosiguieron su fiesta, y corrieron sus toros á vista ya de las banderas Francesas,

con el mismo sosiego y tranquilidad que si no hubiera nuevas algunas del enemigo. Estaba la Plaza bien proveída de municiones, bastimentos y artillería excelente, y con todas las prevenciones de un sitio, si hubiera entrado toda la gente de la Provincia; porque si bien tenia buena parte de la muralla á la mar caida, pero el ser por allí tan alto aquel puesto, y haberse reparado con una estacada, hacia mucho menor el peligro; á cuya causa no obró ni intentó el enemigo faccion considerable por aquella parte.

Aun no tenia el Frances del todo cercada la Plaza, quando entraron en ella en su socorro el Capitan Domingo de Osoro, que fué Gobernador de Orruña, y en esta ocasion hizo oficio de Sargento mayor en Fuenterrabía, y los Capitanes Martin de Elizalde con cincuenta hombres de Tolosa, y Francisco Lopez de Ondarra con veinte y dos de Azpeytia. Habia enviado el Coronel Don Diego de Isasi, luego que entendió que el enemigo se acercaba á la fron-

tera, quatro cañones de batir á la Plaza, y ocupáronse aquellos dias los vecinos en hacerles cureñas, fabricando mas de quatrocientos cestones, sobre mas de otras tantas pipas y toneles que dieron de sus casas para coronar la muralla, porque pudiesen obrar con alguna seguridad los que acudian á su defensa; y por haber sido tan impensado el sitio, fué necesario no solo que se dispusiesen á hacer todo esto en brevísimo tiempo, sino que acudiesen tambien las mugeres de aquella Villa, á vista ya del enemigo, á llenar de tierra los cestones, y todo lo demas que se ofrecia, dando principio al valor con que despues obraron en todo aquel sitio. Y porque la planta que se ha hecho de la Plaza dará bastante demostracion de sus murallas, baluartes, cubos, estacadas y foso, y los que sirvieron en ella obraron de manera, que merecen muy particular recomendacion y alabanza, me ha parecido conveniente referir de la manera que se dispusieron á la defensa.

Habia cinco compañías dentro de la

Plaza, y repartiólas el Capitan Domingo de Eguia, señalando á cada una el puesto que habia de defender. Puso la suya en el cuerpo de guardia principal del Palacio del Gobernador, para acudir desde allí á los socorros que fuesen necesarios. Al Capitan Don Juan de Beaumont con la suya encomendó el baluarte de la Reyna. Al Capitan Don Juan Garcés con la que tenia á su cargo la puerta de Santa María, guarneciendo todo aquel lienzo de muralla hasta el orejon de la Reyna. La compañía de Don García de Alvarado, que gobernaba por su indisposicion Estevan de Lesaca su Alférez, estuvo en la obra nueva hasta una plataforma que cae á las espaldas de Palacio, y esta misma corria hasta la garita de San Andres. El Capitan Don Juan de Esain con su compañía defendia el rebellin que está juntamente con la estacada.; y la de Don Martin de Elizalde de la gente de la Provincia todo el baluarte de San Felipe. Íñigo Lopez de Ondarra guarneció con su gente el cubillo que cae desde la estacada de San

Felipe, baluarte de Leyva y cubo de la Magdalena; y el Capitan Diego de Butron, Alcalde de la Villa, se encargó de la defensa del lienzo que estaba derribado, donde se habia hecho la estacada, por ser privilegio particular de aquella Villa encomendarle el de mayor peligro. Los demas vecinos asistian en el cuerpo de guardia, para acudir al socorro que mas instase la necesidad. La artillería se encomendó al Capitan Juan de Urbina, vecino de la misma Villa, y que habia servido á S. M. con inteligencia y valor, y en esta ocasion fué muy importante en ella su persona. De los progresos del enemigo avisaron á S. M. Don Diego de Isasi y el Licenciado Don Juan Chacon, y la Provincia escribió tambien la afliccion en que se hallaba con un exército tan poderoso dentro de sus términos, y con fuerzas tan desiguales para su defensa. El Gobernador y Alcaldes de Fuenterrabía escribieron otra carta, ofreciéndose á defender la Plaza hasta la última gota de sangre; pero suplicando á S. M. y solicitando el socorro.

Llegaron á Madrid estas nuevas con repetidos correos; y siendo tan prósperos los principios del enemigo, no dexaron de poner en debida atencion á S. M., y en particular desvelo al Conde-Duque, y á todos los demas Ministros de Estado y Guerra, reconociendo quánto menor fué la oposicion de los nuestros, y quánto mayor el número de los enemigos del que verisímilmente se podia recelar y esperar. Concurrieron luego que se publicó la nueva todos los Señores y nobleza de la Corte á ofrecerse para ir á esta ocasion por sus personas; pero tuvieron órden de aguardar prevenidos hasta que se les diese la que fuese mas conveniente al servicio del Rey; y porque sin aguardarla habian partido algunos, se les mandó detener en Burgos, y con expreso correo al Conde de la Puebla de Llerena, que partió indispuesto: atencion bien digna de Rey tan religioso y pío, cuidar igualmente de vencer los enemigos, y conservar los buenos y principales vasallos: todavía se anticiparon algunos á las órdenes de

S. M., como fué el Marques de la Eliseda, y otros que ya se hallaban en la Provincia quando entendieron que les mandaban detener en Burgos.

La confusion de la Corte con las nuevas de los progresos del enemigo fué grande, y la ponderacion de los que con desconsolados discursos anticipan las calamidades públicas, representando el estado peligroso en que se hallaban las armas y Corona de España: Flandes invadida de quatro exércitos poderosos, asistida su defensa de tan desiguales fuerzas en Italia, embarazadas las nuestras en un sitio de pocas esperanzas, con un exército enemigo á la barba poco menor que el nuestro: expuestos á una invasion dañosísima por Lombardía, ó que á viva fuerza socorriesen la Plaza, dexando vano el gasto excesivo y trabajo increible de la empresa. La Ciudad de San Salvador del Brasíl no solo se juzgaba sitiada, sino perdida, y hecho el enemigo señor de aquella Provincia: se deducian gravísimos progresos contra las Indias occiden-

tales, sobre haber perdido Portugal, si esto sucediese, tan ilustre y socorrida porcion de su Corona; y quando todos estos males se juzgaban menores porque no los veíamos, se nos entraba la guerra por casa, pues siendo el enemigo señor del Puerto del Pasage, lo seria de la mar: con sus armadas destruiria toda aquella costa, y desembarazado en breves dias de Fuenterrabía, ganado San Sebastian y Vitoria en muchos mas breves, correria Castilla la Vieja, ó entrando en Navarra se apoderaria de aquel Reyno, haciéndose contribuir de toda la Rioja y Aragon.

Venian estos avisos envueltos en órdenes que tenia el Príncipe de Condé de grande jactancia, publicando que se las habia dado el Rey Christianísimo, de que ganase en ocho dias á Fuenterrabía, y ocupando en otros ocho á San Sebastian, fuese á tomar posesion del Reyno de Navarra; y aunque suele ser prudente indicio de la vanidad de la empresa la jactancia y soberbia en la forma de su execucion, pero quando los pri-

meros progresos van acreditando y logrando la voz y orgullo del enemigo, no dexa de causar á los pueblos doblado cuidado, tanto mas ignorándose individualmente el número de su gente, á cuya causa, como de ordinario discurre el rezelo, se juzgaba mucho mayor, y algunos aseguraban que excedia su exército de treinta mil infantes y seis mil caballos.

Con estos avisos el corazon Real de S. M. con debida atencion, pero con igual constancia y tranquilidad, habiendo remitido esta materia al Consejo pleno de Estado y Guerra, que se tenia en el aposento y presencia del Conde-Duque, consultado sobre ella, mandó, que en conformidad de las órdenes se fuese obrando con suma celeridad en todas partes, acudiendo el socorro de gente de las milicias de Castilla y Navarra á la frontera. Que se echase vando en toda España, que quantos hubiesen vencido sueldo del Rey partiesen á la Provincia de Guipuzcoa en esta ocasion, con pena de la vida si no lo cumplian; dando á

cada uno de los que partian de la Corte dos pagas, y encomendáronse estos despachos al zelo y diligencia atentísima de Don García de Haro y Avellaneda, Conde de Castrillo, del Consejo de Estado y Cámara de S. M., y su Gobernador del de las Indias, que con el *Marques* de Castrofuerte y el de *Valparaiso*, *uno y otro del* Consejo de Guerra, calificasen los sueldos, y enviasen la gente; mandando que el Licenciado Don Gregorio Lopez de Mendizábal, Alcalde de Casa y Corte, interviniese en esto, y en dar todo el carruage necesario sin detencion alguna. Fué el primero que cumplió con la órden de registrarse el Conde-Duque, como General de la caballería de España, pidiendo licencia á S. M. para partir al punto á encerrarse en Fuenterrabía, escribiendo para esto papel al Conde de Castrillo, sobre que habiéndose hecho consulta, respondió S. M. estimando su zelo y fineza, y mandando quedase sirviendo en tanto mas importante y mayor ministerio, qual es el disponer la direccion y exe-

cucion de las Reales órdenes y resoluciones, que son en las que consiste la suma de las cosas, y las influencias universales del Gobierno. Fuéron muchos y muy particulares Capitanes y soldados á los que comprehendió esta órden, y se alistaron, pagaron y despacharon por esta Junta cerca de quinientos, y entre ellos Generales y Almirantes de flotas, Sargentos mayores, Capitanes, y gran número de nobleza, que por no incurrir en sobrada prolixidad se excusa referirlos.

Al Almirante de Castilla, que ya estaba disponiendo su partida, se le ordenó que ocupase de manera estos Capitanes y Oficiales, que excusando toda confusion y desórden obrasen lo mas conveniente al servicio del Rey y buena execucion de las reglas militares; y que todas las personas particulares que hubiesen de ir, Títulos y Señores no los admitiese sin asentar plaza, por la confusion que podia causar tanto número de aventureros. Mandó S. M. que respecto que el Maese de Campo Don Miguel

Perez de Egea era soldado de tanto valor y opinion, y tan entendido y práctico en materia de fortificaciones, y habia obrado hasta lo posible con grande esfuerzo y acierto en las Islas de Santa Margarita y San Honorato, partiese luego á encerrarse en Fuenterrabía, para defenderla como Gobernador de la Plaza, si no hubiese ya entrado en ella el Maese de Campo Don Christobal Mexía Bocanegra. Que partiese luego el Maese de Campo Cárlos Guasco, que se hallaba en esta Corte, y seria de mucho efecto en esta ocasion su valor y persona; y se enviase órden á Don Lope de Hoces navegase con toda diligencia desde la Coruña con los navíos é Irlandeses que estaban á su cargo á uno de los Puertos de la Provincia, é intentase por mar el socorro. Tambien se mandó que la gente que estaba en Cataluña se traxese luego á los Alfaques, y que la pólvora que habia de ir á aquel Principado se enviase á la Provincia, donde padre por hijo acudiesen todos á su defensa. Al Consejo de Cámara se

mandó que concediese facultades á las Ciudades, que hiciesen levas y reclutas de gente en esta ocasion, nombrando Ministros para que reconociesen los expedientes que se habrian de conceder á los Señores que hubiesen de ir á servir en ella. Que el Consejo de Aragon ordenase á los Reynos de su Corona no embarazasen la saca del trigo para el buen abasto del exército, nombrándose para su Proveedor general al Licenciado Don Fermin de Marichalar, del Consejo de Navarra, por haber servido con grande crédito y satisfaccion este mismo puesto en el exército que entró el año pasado por la Provincia de Labort.

Habia escrito el Marques de los Velez, que aunque el enemigo habia hecho su entrada por la Cantabria, Mr. de Samper con un grueso grande del exército estaba siempre arrimado á la frontera de Navarra, y pareciendo que estando tan amenazado aquel Reyno, podia temerse que el enemigo hiciese en él diversion ó invasion, era bien no lo desamparase el Marques para acudir

á Fuenterrabía. Volvieron á darse nuevas órdenes al Almirante de Castilla, que partiese á socorrer la Plaza, y echar al enemigo del Reyno, pues su valor, sangre, estado y séquito, y la fineza y amor al servisio del Rey eran circunstancias tan relevantes para asegurar la felicidad del suceso.

Entretanto que partia el Almirante se escribió al Coronel Don Diego de Isasi, que los soldados viejos que habian partido de Madrid se incorporasen en las compañías mismas de la Provincia entre los soldados visoños, para que con el exemplo y experiencia de aquellos obrasen en la ocasion éstos con mayor esfuerzo y acierto. Escribióse tambien á Don Alonso Idiaquez, que con los navíos que habia sacado del Pasage, y las embarcaciones que hubiese en aquellos Puertos procurase inquietar al enemigo, y entrar alguna gente en la Plaza en el ínterin que llegaba Don Lope, y con mayor esfuerzo podria disponer mas seguramente el socorro. Que Don Diego de Isasi, supuesto que habia hecho Plaza de armas

en Ernani, se fortificase en él, y que con la gente de la Provincia hiciese guerra de vandoleros al enemigo, inquietándole y molestándole todo lo posible, hasta que le llegase gente con que pudiese restaurar lo perdido. Dióse órden que el Maese de Campo Sebastian Granero, Teniente General de la artillería, que se hallaba en Navarra, pasase á la Provincia á asistir á Don Diego.

Habíanse hecho algunos meses ántes muy vivas instancias con el Conde-Duque para que dexase que su Coronelía y la mayor parte de la gente que habia en Cataluña pasase á Italia, pareciendo que en aquella guerra haria utilísimos efectos, lo que solo en el Principado, si el enemigo no hiciese invasion por aquellas fronteras, consumia gente y dinero; pero previniendo prudentemente quán desamparadas quedaban las de España sin un golpe de gente vieja, que pudiese arrimarse y oponerse á lo que el Frances quisiese intentar, resistió constantemente, y obtuvo que fuese esta gente, como despues se verá, el principal

socorro de la Plaza. Á esta causa se dió órden al Maese de Campo general Gerónimo Roo partiese al punto de Cataluña la vuelta de Cantabria con mil y quatrocientos infantes de la Coronelía del Conde, y todo el regimiento del Marques de la Hinojosa, y mil quatrocientos hombres de la armada, trescientos Napolitanos, gente escogida y de grande valor, del tercio del Maese de Campo Moler, y quatro compañías de caballos; dándole órden que procurase llegar á la Provincia á tiempo que se juntase con la demas gente que se formaba para socorrer á viva fuerza la Plaza. Escribióse al Conde de Santa Coloma, Virey de aquel Principado, hiciese los últimos esfuerzos para que las Universidades acudiesen con el mayor número de infantería que pudiesen, para juntarse con la parte de infantería que habia quedado de la Coronelía del Conde, con que aquella frontera quedase asegurada; y á Don Antonio de Oquendo, que se hallaba en el Puerto de Mahon en Mallorca, se le ordenó, que dexando los

navíos que tenia fletados al sueldo, con los quales, y con cinco de la esquadra de Nápoles quedaria bastante fuerza para defender las costas de Italia, partiese con todos los baxeles restantes la vuelta del mar Océano hasta la costa de la Provincia, y tomase de paso los trescientos hombres de la costa y demas soldados que se hallasen en Cartagena, y el tren de artillería y la gente que habia en Cádiz, que era la del tercio de Don Gaspar de Carvajal.

Dióse órden que se fortificase á Santander, respecto de no quedar otro Puerto como él en las costas de Cantabria, y que se navegasen fragatas de Dunquerque para disponer los socorros por la concha de Fuenterrabía, juzgándose por mas á propósito para esto que las galeras. Mandóse que las armerías de Plasencia y Guipuzcoa se fortificasen; y que cerrase aquella Provincia los caminos, por donde pudiese hacer mas progresos el enemigo. Que así como se fuese juntando buen golpe de gente, se intentase recobrar los Pasages, porque se habia teni-

do por gran pérdida el hacerse el Frances señor de este Puerto. Nombróse por Gobernador de la caballería, que se habia de juntar en el exército que se formaba en Vizcaya, á Don Pedro de Ávila, que hoy es Marques de las Navas, mandando que se comprasen cien mil fanegas de trigo y treinta mil de cebada para el abasto de la infantería y caballería del exército.

Acudióse á estos despachos con grande diligencia y desvelo por los Ministros de la Secretaría de Guerra, señaladamente por los Secretarios Pedro Coloma y Don Fernando de Contreras, á quien tocaba la parte de tierra que, sirvió en esta ocasion con admirable diligencia y acierto.

Entretanto que estas y otras órdenes se iban enviando, y formando socorros á la Plaza de Fuenterrabía, el Príncipe de Condé sin perder medio alguno de quantos podian abreviar y perfeccionar su empresa, despues de haber ocupado los puestos que le parecieron convenientes, se mejoró con buen trozo del exército hasta la colina de

nuestra Señora de Guadalupe, y puso tres regimientos entre la roca y la misma colina, é hizo sus trincheras, guarneciólas de gente, que, segun se dixo, llegaria á catorce mil hombres y mil y quinientos caballos: puso en la concha doce navíos; con lo qual, y con ser señor del castillo de Iguer, juzgaba tener del todo cerrada la Plaza, si bien por la mar todavía podria entrarle algun socorro en embarcaciones ligeras. Fué luego plantando sus baterías, y traía artillería excelente, y tanta, que en el discurso del sitio llegó á batir por seis partes la Plaza. Y porque con haber obrado con tan grande acierto, valor y resolucion las armas de España, asistidas con particular providencia del auxîlio divino, no puede negarse que han sido en esta guerra el Gobernador, soldados y vecinos de Fuenterrabía los que haciendo muralla con valor increible han detenido el ímpetu de un exército tan poderoso, dando tiempo en sitio tan prolixo y combatido al socorro y victoria que despues consiguió el exército del Rey,

me ha parecido en honra de esta generosa Plaza seguir en quanto tocare á su defensa por Diario los sucesos de su sitio, si bien no tan menudamente como lo merecen los que en ella sirvieron, usando en las demas partes y sucesos de este año de la recapitulacion tan permitida y necesaria en todas las historias.

Teniendo ya á 4 de Julio sitiada la Plaza el Frances por la parte de tierra, y bien dificultoso el socorro por la del mar, viendo los de adentro que ya el enemigo iba abriendo ramales para irse por trinchera acercando al foso, resolvieron de terraplenar la puerta de Santa María. Habia enviado el Gobernador á Don Miguel de Ubilla, dos dias despues que el Frances se acercó á la Plaza, á pedir mas socorro de gente al Coronel Don Diego de Isasi, que era de los que se hallaban mas necesitados; y habiendo salido con mucha dificultad, viendo que habia quatro que tardaba, envió á 5 de Julio una chalupa á San Sebastian, volviendo á pedir el mismo socorro, y con

ella fué Andres de Izurray y el Capitan Alonso Laredo, que habia de partir á la Corte á dar cuenta de todo á S. M. Salieron con felicidad los de la chalupa, usando de la mar creciente, y dos horas despues llegó el Alférez Don Miguel de Ubilla con ciento y setenta hombres de Tolosa y Azpeitia. Iba abriendo el enemigo muy aprisa trincheras para irse acercando á la Plaza, y los ramales que habia abierto frente de la puerta de San Nicolas hácia el cubo de la Magdalena estaban ya tan cerca del foso, que determinaron los de adentro hacer alguna salida, aunque se hallaban con tan poca gente. Salió el Sargento Chacon, que lo era de la compañía de Don Juan de Beaumont, con solos quarenta hombres, y embistiendo las trincheras del enemigo le degolló veinte soldados, y entre ellos el ingeniero que las gobernaba, volviendo los nuestros cargados de capotes, espadas y otros despojos, con que se alegraron mucho los de la Plaza. Y viendo que no dexaba de retardar á los Franceses el valor con que se

les embistió, resolvieron que á los 11 de Julio á la tarde se hiciese otra salida, executándola el Capitan Don Juan de Beaumont con ciento y cincuenta hombres, que embistiendo con grande esfuerzo á los Franceses que se hallaban en las trincheras, mataron algunos, acudiendo los enemigos valientemente á la defensa de sus puestos. Dice el Diario que eran tantos, y estaban tan apiñados, que fué cosa cierta que el Cabo de esquadra Mosquera de un mosquetazo mató tres Franceses, y se hubieran degollado mas, si con la misma determinacion que embistieron los Cabos les hubiera seguido su gente.

Reconociendo los de adentro el daño grande que les hacia no tener puerta de surtida encubierta, porque la que hay cae hácia Endaya, viendo que al salir nuestra gente se prevenian los enemigos, con que era grande siempre su ventaja, dexaron por entónces las salidas. Entretanto la artillería del enemigo iba haciendo batería en la muralla, aunque por ser tan fuerte no tan

grande como deseaba, y á pocos dias quitó á la Plaza todos los reparos, derribando los parapetos, si bien los de adentro con su artillería les iban retardando sus execuciones; y en esta forma sin cesar por una parte ni por otra se llegó hasta los 13 de Julio, dia de grande consuelo para la Plaza, por haber entrado en ella por mar en embarcaciones pequeñas, sin poderlo excusar los de afuera, el Maese de Campo Don Miguel Perez de Egea con ciento y cincuenta Irlandeses, gente vieja y de valor, y por sus Cabos los Capitanes Don Olivero Xaralin, Don Daniel Ochhan, Don David Barri, y el Ayudante Don Pedro Xaralin. Entraron tambien quatro Españoles reformados, soldados de mucha experiencia y provecho, que fuéron el Capitan Don Gerónimo de Gibaxa, el Ayudante Agustin de Valencia, los Alféreces Juan de Roa y Alonso de Vergara. Fué recibido el Gobernador con grande alegría y contento de los vecinos, y con mucha conformidad del Capitan Domingo de Eguia, á quien S. M.

por lo bien y valerosamente que se habia dispuesto á la defensa hizo merced del Hábito de Santiago; y todo el tiempo que vivió el Maese de Campo Don Miguel Perez de Egea acudió á servir el puesto de Capitan con la puntualidad que ántes habia servido el de Gobernador, mostrando quán igualmente sabia obedecer y mandar.

Luego que entró el Maese de Campo (hombre ardiente y valeroso), reconoció la Plaza y sus fortificaciones, y hallóla ya en estado que el enemigo estaba á ménos de quarenta pies del foso; con lo qual habiendo deseado que se tomase puesto fuera, como se hace ordinariamente, para entretener al enemigo que no llegue á las murallas, ni con las minas haga brecha bastante por donde pueda ganarlas, viendo que no estaba ya la defensa en disposicion que pudiese usar de este medio, fué ordenando dentro sus fortificaciones, cortaduras y retiradas de calidad, que en qualquier suceso tuviese siempre la Plaza puestos en que defenderse, y hacer al Frances mas dura la

empresa. Y porque los enemigos iban ya desembocando el foso, con que fácilmente se podrian arrimar á las murallas, y volarlas con minas, sobre la brecha que hacian de dia y de noche batiendo por tantas partes la Plaza, resolvió, para detener el curso con que el Frances iba perfeccionando su empresa, que se hiciese una salida de quatrocientos hombres, esperando que obrarian de manera que le retirasen de los puestos donde se habia avanzado con tan grande daño y riesgo de los sitiados.

Escogió de todos los vecinos y soldados de la Plaza estos quatrocientos hombres, componiéndolos de Irlandeses, Españoles y vecinos; y embistieron á 14 de Julio al amanecer á los Franceses que estaban sobre las trincheras, peleándose por entrambas partes valentísimamente, y degollando buen número de los enemigos, con pérdida de doce de los nuestros y diez heridos, retiráronse á la Plaza con buen órden; y aquel dia se comenzó á padecer y experimentar la molestia grande de las bombas, uno de los

medios mas violentos y sutiles que ha inventado el linage humano para destruirse, buscando exquisitos modos de acabarse sobre los que ofrece la misma naturaleza. Habia dia que los Franceses ponian en la Plaza doce, catorce, y diez y seis bombas, con que en muy poco tiempo arruinaron la mayor parte de las casas, poniendo en cuidado á todos los vecinos, soldados y moradores, sin haber parte alguna donde se pudiesen tener por seguros: hubieron de recogerse á la Iglesia, hospital y otras casas fuertes, y aun en ellas no hallaban reparo, porque no habia edificio que pudiese bastar á tanta violencia; y habiendo caido una bomba en el hospital, aunque por particular providencia de Dios sin daño alguno de los heridos y enfermos, fué necesario llevarlos al suelo mas baxo del castillo.

Desde 15 hasta 21 de Julio batió fortísimamente el enemigo la Plaza, habiendo llevado casi todos los reparos y casas de los cercados, de manera que con grande dificultad se podia jugar el mosquete, en tan-

to grado, que sucedió á algunos mosqueteros nuestros ir á reconocerle para apuntar y tirarle desde la muralla, y volarles las balas de los Franceses la parte de la cabeza que descubrian; con que se iban hallando en congojoso estado, descubiertos á las baterías de afuera, y con las bombas nada seguros adentro. Todavía sin descaecer en este caso el Gobernador ni su gente, con los medios y reparos que en tal trance ofrece la necesidad, reparando de noche lo que el enemigo deshacia con su artillería de dia, y con otro ingenio que halló Don Miguel entre las municiones de la Plaza, y puso en uso con grande utilidad de su defensa, que son las que los Militares llaman guirnaldas, que dándolas fuego y arrojándolas, dura en qualquier parte que caen su luz cerca de media hora, con que se da tiempo á que los cercados vean lo que se está obrando de noche, y á que puedan con la artillería y mosquetería embarazar al enemigo sus designios, fuéron deteniendo el curso acelerado con que iba estrechando la Plaza.

Deseaba el Gobernador tener alguna noticia del estado en que tenia el Frances sus trincheras y fortificaciones, y para esto encomendó al Alférez Diego Sanchez, que lo era del Capitan Don Juan Garcés, que con once hombres fuese á la trinchera de enfrente de la Reyna para tomar algun prisionero, de quien pudiese entender lo que pasaba; y aunque obró el Alférez con mucho valor hasta lo que pudo, no se consiguió el intento, y fué herido en el codo de un mosquetazo. Á 24 de Julio desacomodaron mucho las lluvias los designios del enemigo, tanto que hubo de retirar gran parte de la guarnicion de las trincheras; y á esta causa valiéndose de la ocasion el Gobernador, ordenó al Alférez Juan de Roa, uno de los reformados que entraron con él, que hiciese salida, como la hizo, con quarenta Españoles é Irlandeses. Avanzóse el Alférez valentísimamente solo, y embistiendo con los Franceses que estaban en las trincheras, peleó con ellos solo gran rato con increible esfuerzo á vista de Franceses y Españoles;

y si así le hubieran seguido los suyos como él embistió, fuera de mucho efecto la salida. Dióle órden el Gobernador desde la Plaza que se volviese, donde le recibió con el aplauso que merecia su valor. El dia siguiente dispuso el Gobernador, viendo el daño que hacia el enemigo con dos piezas que habia puesto en la ribera, que saliesen á clavarlas algunos Capitanes y soldados de la gente mas escogida.

CAPÍTULO XV.

Desgracia de los de adentro.

Esta faccion encomendó al Capitan Don David Barri, y al Ayudante Don Pedro Xaralin, y dióles soldados de mucho esfuerzo y reputacion, ofreciendo en nombre de S. M. al primero una compañía de caballos, y al segundo de infantería; y teniendo prevenidos clavos y martillos para disponer el intento, sucedió que al ir á tomar la municion de las bocas de fuego en el quartel

donde estaba la pólvora, por el rastro que habia de ella en el suelo (que á algunos pareció se habia puesto así de industria) tomaron fuego quatro barriles y medio de pólvora, volando los quarteles, y quemando cerca de treinta hombres, de los quales murieron algunos dias despues la mayor parte; con que habiendo precedido tan triste aviso, pareció conveniente dexar esta faccion.

Íbase trabajando por los de adentro en acabar una espalda, que habia mandado hacer el Maese de Campo sobre la pared que cierra el cubo de la Magdalena, por haber reconocido que por aquella parte habia de hacer el Frances la mayor ofensa á la Plaza; y porque ya iba comenzando á desembocar el foso, hizo poner un medio cañon sobre una planchada de madera, con lo qual jugando á toda furia esta pieza, se le derribó al enemigo toda la galería que tenia formada para acercarse á la muralla, con pérdida de alguna gente. Con todo eso la misma noche de 26 de Julio arrimaron los

Franceses cantidad de maderos á la muralla en el ángulo que forma afuera la cortina del cubo de la Magdalena, y pusieron dos ó tres hombres debaxo de ella, que comenzaron á picarla: sintiéronlo las centinelas de adentro, y avisando á los de la Plaza, acudieron á la muralla, y con piedras grandes, bombas, granadas y agua caliente defendian los de adentro que se continuase la obra: todavía no se pudo desalojar al enemigo, aunque se le hizo gran daño, hasta que con el medio cañon que habia puesto en la casamata, tirando vala y palanqueta, teniendo alumbrado el foso con las guirnaldas para que se pudiese obrar con mas acierto y tino, se le rompieron los maderos, matando á los que estaban picando la muralla, y obligando á los demas á dexar por entónces el intento. Este dia mataron los Franceses á Juan de Enciendo, que acudia con mucho cuidado á la defensa, y muy entendido en materias de ingenios y artificios de fuego. Á 27 puso el enemigo nueva batería enfrente de la cortina que

junta los cestones y la Magdalena, batiéndola con tres piezas; y aquella misma noche arrimó por la parte del mar un artificio de madera, desde donde pudiese picar la muralla, siempre con intento de hacer brecha por aquella parte; pero los vecinos de la Villa, que con el Capitan Alcalde Diego Butron tenian á cargo la defensa de aquel puesto, le rechazaron con tanto valor, que le obligaron á retirarse á sus fortificaciones.

Desde que el Frances cerró la Plaza, y tomó los Pasages y Rentería, procuró el Coronel Don Diego de Isasi desalojarle de ellos, porque sobre el conocimiento que tenia de lo que esto importaba, le llegaban órdenes de S. M. muy apretadas en la materia; y así hallándose con setecientos hombres de Vizcaya, quatrocientos de Álava, mil y quinientos Irlandeses, y cerca de quatrocientos reformados de la Corte, gente de mucho valor y provecho, despues de haber conferido con los Cabos que tenia consigo, resolvió de tomar el puesto del Pasage, y

que para esto fuese el Sargento mayor Don Pedro Velez de Medrano con mil hombres de la mejor gente, repartida en quatro trozos, y que por la parte de la montaña cerrase por tres partes, y el otro por la calle principal del Pasage; y que Don Miguel de Veroiz fuese con otros mil por la parte de Astigarraga á oponerse entre Rentería y el Pasage para estorbar el socorro, y que la gente de Oyarzun é Irun tocase arma por aquella parte. Habiéndose executado esto al amanecer, aunque al principio la resolucion con que se embistió por los nuestros obligó al enemigo á hacer algun movimiento, por haber cerrado con él con tanto empeño y valor, que quedaron algunos muertos á la puerta de la misma torre; pero reforzado el Frances de gente volvió á cobrarse de manera, que habiéndose peleado gran rato con mucho esfuerzo por una y otra parte, se hallaron obligados los nuestros á retirarse con pérdida de cincuenta hombres entre heridos y muertos, con lo qual se retiró tambien la demas gente. En esta ocasion se

señalaron mucho Don Pedro Velez de Medrano, Don Francisco de Ledesma, que salió herido de tres mosquetazos, y Don Lorenzo Chacon, que le llevó un brazo otra bala, y el Capitan Don Jusepe de Arredonde, á quien dieron un mosquetazo, y llevaron preso á Bayona. Al mismo tiempo el Gobernador Feyjoó procuró entrar socorro de gente por el mar, y hubo de retirarse por no haberle sido favorable el viento.

CAPÍTULO XVI.

Parte de Madrid el Almirante de Castilla.

Hallándose la guerra de Cantabria en este estado, partió el Almirante de Castilla de la Corte, recibidas las instrucciones, órdenes y despachos, á 14 de Julio con el lucimiento y prontitud que siempre ha asistido al servicio de S. M. Acompañáronle el Duque de Alburquerque su sobrino, el Marques de Fromista, Conde de Garcés, el

Marques de la Fuente, y Don Bernardino de Ayala, que hoy es Conde de Villalba, y otros Caballeros que no solo le seguian, sino que eran sus camaradas; siendo lo ménos que hacia el Almirante en el servicio del Rey el gasto y ostentacion con que satisfacia al concepto que siempre se ha tenido de la grandeza de su casa y largueza de su condicion. Luego que llegó á Tolosa ordenó á Don Miguel de Ubilla, y á los Capitanes Don Martin de Sepúlveda y Adrian Pulido que procurasen entrar en Fuenterrabía; y escribió al Gobernador Don Miguel Perez de Egea y á los de la Plaza, dándoles aviso como se iba juntando la gente para socorrerlos, y que estuviesen ciertos que obraria en esto con la execucion, resolucion y valor que merecian tan valerosos soldados y vasallos de S. M. Executaron los Capitanes con felicidad la entrada, y consoláronse mucho en la Plaza.

Apénas habia llegado el Almirante á Ernani, quando le escribió S. M. quánto importaba abreviar con el socorro de Fuenterrabía, y el formar desde luego exército de la gente que tuviese y fuese llegando. Que diese prisa que llegasen las milicias que el Licenciado Don Diego de Riaño llevó órden de levantar. Que la parte principal por donde habia de ser socorrida la Plaza era por el mar, y así reforzase los baxeles que hallase, de manera que peleasen con los del enemigo á tiempo que con otras embarcaciones pequeñas se intentase el socorro. Que fuese tomando puestos para divertir é inquietar al Frances, estrechando é incomodándole en los víveres, y obrando todo lo demas que la ocasion permitiese; haciendo entrada, si pareciese conveniente, el Marques de los Velez por Navarra, para que la diversion fuese retardando las execuciones del sitio. Que procurase tomar particulares noticias de los regimientos del enemigo, quánta gente componia su exército, si se le deshacia ó aguardaba socorros, y todo lo que en esta parte pudiese entender, remitiendo á su zelo y prudencia el obrar en todo, como se podia y debia esperar.

Formó con esto junta el Almirante, en que concurrieron el Coronel Don Diego de Isasi, del Consejo de Guerra, el Licenciado Don Juan Chacon, los Maeses de Campo Sebastian Granero, Gobernador general de la artillería, Don Christoval Mexía Bocanegra, que gobernaba á San Sebastian, Don Francisco Mexía, el Marques de Mortara, y el Teniente de Maese de Campo general Don Antonio Gandolfo; y habiéndoles referido las órdenes que tenia de S. M., y lo que deseaba y convenia el socorro de una Plaza tan importante, conferido sobre la calidad y fuerzas del exército Frances, las que nosotros teniamos y esperábamos, el estado en que se hallaba la Plaza, y los avisos que se tenian de su Gobernador: pidió que dixese cada uno su parecer, para tomar la resolucion mas conveniente al servicio del Rey.

Practicada y conferida la materia, pareció á todos, que supuesto que aun no habia llegado la gente que se esperaba de Cataluña, que habia de ser el nervio y fuerza de aquel exército, ni los socorros de Aragon y Valencia, ni los que tenia en defensa del Reyno de Navarra, y habia de enviar el Marques de los Velez, se intentase el socorro por mar, como S. M. lo habia ordenado.

Con esta resolucion dió órden el Almirante á Don Alonso Idiaquez, que con algunas pinazas y barcos de corso bien abastecidos y guarnecidos de gente y víveres, á quien escoltase el Maese de Campo Don Francisco Mexía siete baxeles que ya estaban aprestados, fuese por mar á entrar el socorro en la Plaza. Dábasele órden á Don Francisco que pelease con los baxeles que tenia el enemigo en el canal de Fuenterrabía, para que entretanto que él los entretenia ó expugnaba pudiese entrar Don Alonso el socorro. Estando esto dispuesto, y no con pocas esperanzas de conseguirlo, al punto que iban á salir á su execucion, se descubrió la armada naval enemiga, que venia de Levante navegando sobre los Pasages, de que era General el Arzobispo de Burdeos.

Envióse á reconocer con el Capitan Baltasar de Torres, y ajustó que constaba de treinta y siete baxeles, navíos de gran porte, que sobre los que tenia el enemigo á vista de Fuenterrabía, hacia una armada muy gruesa. Todavía pareció al Almirante que intentase Don Alonso Idiaquez el socorro con las pinazas, creyéndose que por ser baxeles que pescaban poca agua, y que por donde ellos navegasen no podrian los navíos de altobordo seguirles, se podria conseguir el efecto. Partió Don Alonso Idiaquez, pero amanecióle ántes de llegar al canal, y faltándole la marea, fué descubierto de la armada enemiga, que se puso en arma, echando fuera todas sus embarcaciones pequeñas armadas; con que hubo de birar Don Alonso, y volverse á San Sebastian.

Viendo esto el Almirante, y que por cartas del Maese de Campo Don Miguel de Egea le significaba quán necesitado estaba de balas y gente, y que le socorriese con toda brevedad por el riesgo que corria

la Plaza, llamó á Don Miguel de Ubilla, y le preguntó, si se atreveria á introducir un socorro de gente por la misma parte por donde él habia entrado y salido tantas veces: ofrecióse á guiarlos, y así le dieron escogidos del Presidio de San Sebastian trescientos hombres de los de Vizcaya é Irlandeses, todos con mochilas, y en ellas balas de mosquete y arcabuz.

CAPÍTULO XVII.

Socórrese la Plaza de alguna gente y municiones.

Fueron caminando por camino muy desusado, y con no pequeño peligro y dificultad iban venciendo la empresa, siguiéndose unos á otros de noche, quando sucedió que acaso se disparó un mosquete de los mismos que iban á socorrer la Plaza, y lo turbó todo de manera, creyendo que el enemigo estaba sobre ellos, que no fué posible hacerles pasar adelante por mucho que lo es-

forzaron los Cabos ; y así solo entraron setenta y cinco soldados , y entre ellos los Capitanes Don Íñigo de Salazar , Don Francisco de Heredia , el Alférez Don Francisco de Molina , el Ayudante Antonio de las Heras , el Alférez Vergara , el Teniente Don Joseph Lozano , el Alférez Vidaurre, el Capitan Nicolas de Aranzon , y con ellos el Capitan Don Terencio Galfier , Caballero Irlandes : y fué cosa notable , que á 5 de Agosto en la noche , un dia ántes que se intentase el socorro , dixeron los Franceses desde las trincheras á los nuestros, que se hallaban en la muralla : *Mañana os entra vuestro socorro , pero nosotros le degollarémos* ; indicio bien eficaz que les llegaban á ellos , ó desde la Plaza ó de nuestro exército mejores noticias que teniamos nosotros del suyo.

Con hallarse los cercados de dia y de noche en continua fatiga , el enemigo ya dentro del foso , haciendo batería la artillería por tres ó quatro partes de la muralla, formando galerías para hacer las minas , y

su exército tan superior á nuestras fuerzas, su armada naval dominando en todas aquellas costas , y necesitados los de adentro de mayor socorro para su defensa , no dexaron de alegrarse mucho con el que entró en esta ocasion , y mas leyendo las cartas que recibieron de S. M. , del Conde-Duque , y las del Almirante , en que les daban esperanzas breves del socorro ; con lo qual , y con la constancia del Gobernador , Capitanes y soldados se animaron increiblemente, los vecinos de la Villa , las mugeres y aun los muchachos unidos todos á la defensa con teson increible , se resolvieron defenderse con igual ó mayor porfia desde la desesperacion , que lo pudieran hacer los mas valerosos desde la esperanza. La carta de S. M. es la siguiente.

EL REY. *Concejo , Justicia y Regimiento , Caballeros Hijosdalgo de la muy noble y muy leal Villa de Fuenterrabía : el Maese de Campo Don Miguel Perez de Egea me ha dado cuenta del amor y fineza con que procedeis , para que los intentos del enemigo no*

sean de ningun efecto, mostrando vuestra mucha fidelidad; y esto es en mí de tal estimacion, que he querido advertiros, que en ello recibo grato servicio: en todas ocasiones le reconoceré, y no solo asistiré á manteneros, como lo merecen tan buenos vasallos, y á socorreros, como se procura por todos los medios posibles; pero demas de satisfaceros los gastos que hiciéredes con la guarnicion de la Plaza, y los daños que el enemigo os causare en vuestras casas, de que os doy mi palabra Real, os haré muy particulares mercedes, como es justo las reciba quien tan singularmente obra en lo que tanto importa. De Madrid á diez y ocho de Julio de mil seiscientos treinta y ocho. YO EL REY. Por mandado del Rey nuestro Señor. Don Fernando de Contreras.

Entretanto que con este valor se iban defendiendo los de la Plaza, fué formando su exército el Almirante, y de la gente del batallon de Castilla, y de los tres mil Guipuzcoanos que dió la Provincia, en que intervinieron los Diputados de ella Don Pedro de Ipiñarrieta, Caballero del Hábito

de Calatrava y Caballerizo del Rey, y Don Pedro Idiaquez, Caballero del Órden de Santiago, que acudieron con particular zelo y diligencia, se hicieron quatro tercios, que se dieron á los Maeses de Campo Granero, Bocanegra, Don Francisco Mexía, y Marques de Mortara; el qual por órden de S. M. habia de guiar la vanguardia, y gobernar la Coronelía del Conde-Duque en llegando.

Fuéronse dando las compañías á Capitanes de mucho valor, y que habian ocupado mayores puestos, y las recibian solo por servir en ocasion de tanto peligro y honra. Con estos quatro tercios y los dos de Irlandeses, y con el de la Provincia de Álava resolvió salir á campaña el Almirante, habiéndosele proveido por S. M. todo lo necesario de víveres y municiones de guerra: dexó en San Sebastian aprestados los ocho baxeles de Don Francisco Mexía, y para su guarnicion todo el tercio de Vizcaya, cien Españoles del Presidio, y cien soldados del batallon de Castilla, habiendo

enviado Don Lope de Hoces pólvora y los marineros que pidió, para que se pudiesen juntar con los baxeles de Don Francisco Mexía.

Todo este tiempo el Marques de los Velez habia asistido con debida atencion y diligencia á la defensa y socorro de lo que estaba á su cargo, proveyendo al exército de Vizcaya de todo lo necesario; pero siempre á vista de la defensa del Reyno de Navarra, que nunca dexó de estar amenazado, aun teniendo sitiada á Fuenterrabía, porque los Franceses siempre tuvieron gruesas tropas hácia aquella frontera y pasos, disponiendo ocasion como apoderarse de alguno de ellos para entrar infantería y caballería en el Reyno, y embarazar en dos partes tan sensibles nuestras armas. Á esta ocasion entraron seis mil infantes Franceses y quinientos caballos á los 16 de Julio por Vera, y quemaron aquel lugar, en donde sus vecinos cuidando mas de los puestos principales de aquel Reyno, que no de sus casas mismas, rechazaron con tanto valor

al Frances, que degollaron parte de su retaguardia, quitándole las municiones que llevaba, sin pérdida ni herida de ninguno de los nuestros. De esto dió cuenta á S. M. el Marques, suplicándole mandase socorrer á los vecinos de Vera, como lo merecia su valor, y diciendo que los habia recibido al sueldo por no tener con que sustentarse. Tambien se ofrecia el Marques, caso que los Franceses no hiciesen invasion por Navarra, á servir en el socorro de Fuenterrabía con una pica: á que se respondió por S. M. dándole las gracias que merecia su fineza, y ordenándole que tuviese prevenida la gente para juntarla con la del Almirante, é intentar en todo caso el socorro, quando fuese de ello avisado.

En este tiempo la atencion de S. M. y el zelo grande del Conde-Duque, y demas Ministros de Estado y Guerra velaban vigilantemente sobre todo, enviando órdenes apretadas para que de todas partes fuesen llegando las tropas que habian de engrosar el exército. Suplicó el Conde-Duque á S. M.

le permitiese que pudiese pedir á algunas Ciudades del Reyno le diesen soldados con que reforzar su Coronelía; y habiéndoselo concedido, fué formando buen golpe de gente, interviniendo en esto Don Gerónimo de Villanueva, Protonotario de Aragon, del Consejo de Guerra, y Secretario de Estado, con el zelo que asiste al servicio del Rey, y el desempeño de lo que debe al Conde. Dispuso su Excelencia que se hiciesen algunas levas de gente escogida en la Corte, y nombráronse por Capitanes á Don Rodrigo de Tapia, Caballerizo del Rey, á Don Francisco de Luzon, Gentil-hombre de la boca, uno y otro del Hábito de Santiago, y con toda brevedad formaron dos compañías de á doscientos hombres de muy buena gente. Mandóse traer pólvora del Andalucía y de todos los ingenios donde se fabrica; y el Duque de Medina con grande cuidado envió á toda diligencia la vuelta de Cantabria gran número de quintales.

Don Pedro Fernandez de Heredia, Gobernador de Aragon, con las órdenes que

por aquel Supremo Consejo se le habian enviado, direccion y solicitud de Don Gerónimo de Villanueva, Protonotario de Aragon, habia juntado cerca de dos mil hombres con diligentísimo cuidado, asistiendo á su conduccion con disposicion muy atenta y grande desvelo, Don Agustin de Villanueva, del Consejo de S. M. y su Justicia de Aragon. No dexaron de ofrecerse dificultades sobre si los naturales de aquel Reyno tenian obligacion de salir fuera de él á la defensa de las fronteras de España, quando no son las de su misma Provincia; pero reconociendo que despues de la union de estas Coronas es defender á Aragon defender á Navarra, y defender á Navarra desalojar al enemigo de Fuenterrabía, rindiéndose el rigor de las leyes al rigor de las armas, y las delgadezas de la paz á las vivas instancias de la guerra, halló la antigua fidelidad de aquel Reyno fácil inteligencia para que fuese mas servido el Rey, y defendida su Corona: no solo allanaron las dificultades del Derecho los Ministros y

los súbditos, sino acudieron con grande fineza á servir á S. M. los Señores y Universidades, encerrándose á la defensa de Jaca el Conde de Aranda, á la de Berdun el Conde de Fuentes, y á la de Ainsa el de Castelflorido; formándose una Coronelía de la gente con que sirvió la Ciudad de Zaragoza y las demas Universidades, de que fué Coronel Bernardino de Bordalua, Jurado de Encap de aquella Ciudad.

Don Fernando de Borja, Comendador mayor de Montesa, Virey de Valencia, en execucion de las órdenes de S. M. fué tambien disponiendo el socorro que le tocaba, y se componia de dos mil Valencianos; y para facilitar su leva y conduccion se le ordenó que se encomendase á los Ministros de mayor puesto, dando principio Don Luis Ferrer y Cardona, Gobernador, y el Almirante de Aragon Marques de Guadaleste, Bayle general de aquel Reyno, á conducir la gente que estaba á su cargo, y pasarla á Aragon; con que se facilitó lo que se tuvo al principio por muy dificultoso.

Fuéron tambien á la ocasion muchos Caballeros de Valencia, y el Conde de Sástago que se hallaba en aquella Ciudad, anteponiendo el servicio del Rey á las enfermedades de que estaba gravemente doliente. De Cataluña iba viniendo la Coronelía del Conde-Duque, y la demas gente que estaba á cargo del Maese de Campo general Gerónimo Roo, y para que pudiese abreviar la jornada dió órden S. M. que se enviasen á la infantería mulas y caballos. Los Caballeros de Hábito se disponian para ir con la persona Real, y los Hijosdalgo y Caballeros de Castilla por diferentes partes se juntaban en Vizcaya, concurriendo la nobleza de estos Reynos á manifestar con su valor las obligaciones de su sangre. Tambien dió órden S. M. que la gente de á pie y á caballo de la costa de Andalucía partiese á Cantabria, fiando del esfuerzo de los naturales de aquella marina que acudirian á su defensa, como son obligados.

Viendo que la armada de Don Lope de Hoces estaba tan retardada para acudir

desde la Coruña á juntarse con los navíos que tenia el Gobernador Feyjoo, y entrar por mar al socorro de la Plaza, se puso en duda si seria conveniente que la armada de Portugal, ó dexando aquella empresa ó dilatándola, viniese á hacer esto. Considerábase por la parte afirmativa, que en vano parece que socorriamos al Brasíl, si perdiamos á Fuenterrabía; pues ¿quién, dexando el enemigo poderoso en casa, va á socorrer las Provincias remotas? El mas pronto reparo se debe á la mayor herida; y pesa tanto una Plaza dentro de España, como qualquiera de las Provincias enteras dominadas: ciérrase la puerta á la mas sensible guerra que podemos tener y excusar, echando al enemigo de nuestras mismas casas, y donde qualquiera mal suceso, por ligero que sea, lleva tras sí mayor pérdida de reputacion. Considerábase que para pasar la línea habia de partir la armada de Portugal por Septiembre; con que habia tiempo para que, socorrida la Plaza, hiciese despues su navegacion. Representábase quán

dificultoso parecia el socorro de Fuenterrabía por tierra, fortificado ya el enemigo á su satisfaccion, cerrada la Plaza y combatida, el Puerto defendido con gran número de baxeles, apénas formado nuestro exército: ¿con qué podiamos mejor socorrerla por mar que con esta armada? La de Don Antonio de Oquendo, habiendo de navegar todo el mar Mediterráneo y Océano en quanto corre la Península entera de España, expuesto á tantas calmas, accidentes y dilaciones; muy á los principios el apresto de Don Lope de Hoces; pocos navíos á cargo del Duque de Maqueda: con lo qual el enemigo, si no se acudia prontamente al socorro, cada dia iria estrechando la Plaza, cerrando mas el Puerto, y reforzando por mar y por tierra sus armas; y si la armada de Portugal, solo con hacer tan corta navegacion, qual es la de Lisboa á Vizcaya, conseguia tan importante socorro, bien se habia logrado el gasto excesivo de su apresto, aunque despues no tuviese tiempo para navegar al Brasíl; habiendo parecido mas

providencia que acaso el haberse dilatado de manera su partida, que pudiese poner en salvo las armas y cuidado de S. M. de un empeño tan importante y grave.

Tenia la contraria opinion el Conde-Duque, y los que le seguian en el Consejo de Guerra y Estado, ponderando quan crecida victoria se disponia al enemigo, si entraba consiguiendo el atar nuestras fuerzas, y los socorros destinados á las Provincias dominadas, solo con tener sitiada á Fuenterrabía; que aunque pesa mucho esta Plaza, seria mayor sin comparacion la pérdida de todo el Brasíl, quanto debe considerarse mas dificultosa su recuperacion, que no la de qualquiera de las Plazas de España, adonde la honra, el valor y la necesidad nos está siempre solicitando á cobrarla. Dudábase que la armada de Portugal acudiese á tiempo que pudiese socorrer la Plaza, no solo por los accidentes del mar, sino porque lo que faltaba á su apresto era tambien de lo necesario para el mismo socorro; y si sucediese, como era contingen-

te, dexar lo uno, y no conseguir lo otro, veníase fácilmente á la consideracion quál seria la pérdida, habiendo desamparado el Brasíl, y no socorrido á Fuenterrabía. Que este parecer era mas conforme á la grandeza de ánimo de S. M., y á la reputacion del poder y fuerzas de España, manifestando al mundo, que basta ella sola invadida en Flandes, invadiendo en Italia, sitiado San Salvador del Brasíl y Fuenterrabía, para acudir á la defensa de todo, sin subtraer los socorros ni turbarlos, quitándolos á unas Provincias para darlos á otras. Así los Romanos, maestros de toda disciplina y virtud militar, al tiempo que Aníbal tenia á las puertas de Roma su victorioso y formidable exército, hacian gruesas levas para ganar á Cartago, y hacer la guerra al enemigo en África: tanto mas que no quedaba desesperado el socorro de Fuenterrabía, pues hallándose con veinte y cinco navíos Don Antonio de Oquendo, que navegaba con toda diligencia la vuelta de la costa de Cantabria, doce Don Lope de Ho-

ces muy buenos, catorce el Gobernador Feyjoó, se formaba una armada de cincuenta baxeles por el mar, y por tierra veinte mil infantes de la nobleza de Castilla, y de sus milicias, con no tomarse de ellas mas que cinco mil hombres de los naturales de toda Cantabria, de los Irlandeses que se hallaban en ella, de la gente que marchaba de Aragon, Valencia, Cataluña, Galicia y Portugal, de los soldados particulares que acudian de la Corte; con que se hallaba el Rey con fuerzas bastantes, no solo para socorrer la Plaza por mar y por tierra, sino para intentar por entrambas partes mayores progresos.

Consultado S. M. sobre esto, resolvió que la armada de Portugal saliese á su tiempo la vuelta del Brasíl, adonde estaba destinada: que se traxese el navío Santa Teresa de Lisboa, que seria de mil toneladas, para que se juntase con los de la costa de Cantabria; y que no se tocase á los socorros que estuviesen prevenidos para Flandes, Italia y otras partes; ántes bien se añadie-

sen, si fuese necesario, y se siguiese en ellos la misma resolucion que si el enemigo no estuviera en nuestras fronteras.

Entretanto que se iban juntando las tropas, formando exército bastante para el socorro de la Plaza, iba estrechándola el enemigo, y defendiéndose los de adentro con mucho valor, y á los 28 de Julio comenzó á desembocar el foso por la parte del baluarte de la Reyna, haciendo dos surtidas por debaxo de la estrada encubierta, si bien no podia sino llamarse descubierta la que tenia el foso: intentó tambien el pasarlo con espalda formada de barricas y cestones; pero el medio cañon que se tenia plantado les hizo retirar de la empresa con muerte de algunos Franceses, con que no se atrevieron á obrar descubiertos. Á 29 de Julio afligieron mucho la Plaza con las bombas, donde hasta aquel dia habian entrado en ella mas de doscientas setenta y seis: cayó una sobre el Coro de la Iglesia, y haciendo pedazos el techo, y rebentando dentro de ella la maltrató mucho. Viendo el enemigo que

nuestra artillería les hacia tanta ofensa que no podian acercarse á la muralla, resolvieron hacer una batería en el arenal, y para eso con grande prisa formaron de cestones y estacas una plataforma, procurando quitarnos á nosotros el través de la casamata, que mira á la Magdalena, para deshacerse del embarazo que les hacia el medio cañon que allí teniamos puesto. Reparóse este daño por los de adentro con retirar la pieza de dia, de manera que no la pudiese apuntar su batería, y usar de ella de noche; con que impedian al Frances que no se alojase en el foso.

Velaba sobre todo el Gobernador Don Miguel Perez, y estando con mucho cuidado de saber si el enemigo hacia alguna mina, le llegó á decir el Sargento mayor Domingo de Osoro, que habia visto en la mitad del foso una media barrica, un palo levantado y una espada, y que salia uno y otro debaxo de tierra, y lo habian entrado luego dentro de ella; de donde colegia fácilmente que sin duda ninguna iban ya

minando. Viendo esto el Gobernador, y certificado que no habia sido engaño de la vista, sino que verdaderamente pasaba así, determinó de enviar al Capitan Don Martin de Sepúlveda, para que el Almirante supiese el estado en que se hallaban, y lo que necesitaba de socorro con mucha brevedad por mar ó por tierra. Y reconociendo lo que el enemigo se adelantaba, que si no se hacia alguna salida que retardase sus execuciones, clavándole la artillería, quemándole las galerías, ó deshaciéndole las trincheras, de suerte que por lo ménos diese algun tiempo al socorro, corria riesgo conocido la Plaza, resolvió escoger de toda la guarnicion que habia en ella doscientos hombres, los quales saliendo á 8 de Agosto por la puerta de la estrada embistieron con tanto valor los puestos del enemigo, que le hicieron retirar de sus trincheras, degollando mucha gente; y fuera la faccion importante, si con el aviso secreto que debia tener el enemigo de nuestra salida (que esto se tuvo por indubitable) no hubiera preve-

nido quatrocientos hombres en las casas de la marina, y algunos Caballeros que cortaron á los nuestros de manera, que hubieron de abrir camino por medio de los enemigos á fuerza de valor para la retirada, matando é hiriendo, y siendo tambien de los nuestros algunos muertos y heridos.

CAPÍTULO XVIII.

Muerte de Don Miguel Perez de Egea, y su valor.

Estaba el Gobernador Don Miguel Perez de Egea desde la muralla alentando y animando á los suyos, adonde le llegó un mosquetazo, que pasándole la bala por el hueso de la muñeca, y de allí por el cuerpo, le penetró hasta las mismas entrañas, de que murió dentro de doce horas: llamó al morir al Padre Francisco de Isasi, Religioso de la Compañía de Jesus (que con grande cuidado asistió, no solo á lo espiritual, sino á la defensa de la Plaza, por ser

muy entendido en esta materia) y le dixo de la manera que habia de acabar las cortaduras, espaldas y demas fortificaciones que estaban prevenidas para la retirada, discurriendo en ello de la misma manera que pudiera hacerlo con salud; con que recibidos los Sacramentos de la Iglesia, murió con el valor que habia vivido con grande sentimiento de los de la Plaza, pues á la pérdida y prision de algunos de los que habian salido, que entre presos y muertos serian cerca de quarenta, se juntaba el faltarles una cabeza tan importante como la de su Gobernador. Era Don Miguel Perez de Egea natural de Cerdeña, Caballero de valor y experiencia; y en el arte militar muy versado, práctico en materia de fortificaciones, animoso y ardiente, y de quien se dice, que defendió la Plaza con su vida, y la aseguró con su muerte, porque las fortificaciones que dexó dispuestas, y la forma que dió á la defensa fué el reparo mayor de este sitio; pero tantas salidas en tan corto número de gente puede ser que la en-

flaquecieran de manera, si las continuara, que se reduxese la defensa á algun triste suceso. Tal es la providencia de Dios quando quiere defender una Plaza, y tan litimado nuestro discurso quando mas prevenido y atento, que con los mismos medios que el juicio mortal la dá por defendida, se pierde, y con lo que creímos que se hallaba del todo perdida, se restaura.

Por la muerte del Gobernador Don Miguel Perez de Egea, volvió á gobernar la Plaza el Capitan Domingo de Eguia, á quien Dios tenia reservada su defensa; y con hallar las cosas tan perdidas, y en punto tan desesperado, animándose y esforzándose unos á otros los Capitanes, los soldados, los vecinos, las mugeres, los niños, sin haber quien diese el menor indicio de flaqueza, se ofrecieron á perder ántes las vidas que la Plaza. En la salida que se ha referido quedaron presos el Capitan Don Francisco Diest, que en otras ocasiones y salidas habia peleado valerosamente, y el Capitan Alonso de Laredo, que habiendo caido en el suelo tra-

yendo asido á un Capitan Frances por prisionero, cargando los enemigos sobre él, le dieron muchas cuchilladas en la cabeza; fuéron heridos el Alférez Don Juan de Roa, el Capitan Don David Barri, Irlandes, y Don Pedro Xaralin, Adrian Pulido, el Capitan Don Gerónimo de Xibaja, el Alférez Don Francisco del Molino, y otros que se señalaron mucho aquel dia.

Á 9 de Agosto supieron los de adentro de un prisionero que tomaron en esta última salida, que la mina que el enemigo hacia en el cubo de la Magdalena, habia quatro dias que se habia puesto en toda perfeccion, y que aguardaba hacer lo mismo de otras dos en el baluarte de la Reyna, para darles fuego á todas á un mismo tiempo, añadiendo que ponia en Chumarraga veinte y quatro piezas de batir para arrasar el castillo, y que estaba aguardando el Príncipe de Condé seis mil soldados viejos de socorro; y aunque todo esto no se creyó por los de la Plaza, pero no dexó de causarles doblado cuidado con las baterías

que comenzaron los Franceses desde el amanecer con todas las piezas, batiendo los orejones de las dos casamatas de los cestones tan incesantemente, que aquel dia fuéron cerca de setecientos cañonazos los que dispararon; si bien al paso que el enemigo obraba con resolucion, cobraban grande ánimo los soldados y vecinos, trabajando y fortificándose de nuevo, y dando la madera de sus casas para las retiradas, repitiendo muchas veces las mugeres: *Quedemos con las murallas solo, y piérdase lo demas, que no importa.* Pareció conveniente se dispusiesen dos parapetos á la boca de las dos casamatas de los cestones, por estar el uno de los dos orejones de la muralla casi arrasado, y de manera que podria servir de escala al enemigo, y la tronera que miraba á la Magdalena deshecha, y con brecha de altura que se podria subir sin escala. Fuerónse haciendo dos espaldas, una sobre el terraplen de este baluarte, y otra junto á la casa de la municion: la primera contra-batería que estaba plantada cerca de nuestra Señora de Gra-

cia, que hacia tan grande daño, y sola una bala que entró en una barraca mató á un Irlandes, y estropeó á quatro, dexando á unos sin brazos, y á otros sin piernas: la otra espalda opuesta á la batería del arenal á la parte de Francia, que batia con intento de descubrir nuestra Plaza de armas, que estaba junto á la muralla. Adelantóse mucho la obra de la estacada con la asistencia é industria del Capitan Diego de Butron, que con rarísima diligencia levantó y perfeccionó en tres dias obra, que se juzgaba bastante á embarazar muchos meses.

Entendióse este dia del soldado que estaba de posta, que el enemigo habia comenzado á picar la muralla, y al punto se trabajó dentro de la Plaza en la contramina, y se hizo tan derecha, que se encontró al enemigo por línea recta; con que le salió vano el intento. Desde 10 de Agosto hasta 14 no cesó el Frances con las baterías ordinarias de fatigar increiblemente á la Plaza, y este dia lo hizo con mayor furia por el orejon de la parte de la Magdalena, derriban-

do todo el travès de la casamata, y planchada que estaba dentro de ella; pero no por esto perdian la esperanza los de adentro, ántes cobraban nuevo aliento y fuerza, pues hasta las mugeres decian: *Que las balas no importaban, ni habia por qué temerlas*, y ellas acudian á la muralla socorriendo con municiones á los soldados, recogiendo los heridos, y llevando y enterrando los muertos, que habian sido tal vez sus mismos deudos, padres y hermanos. Este mismo dia, aunque el Frances no tiró mas que tres bombas, hizo con una de ellas un golpe muy notable, porque arrojándola entre las quatro y las cinco de la tarde, dió cerca de Don Miguel de Oyarzaval, Sacerdote muy virtuoso de la Villa, y que con mucho cuidado y valor acudió desde los principios á lo que se ofrecia á su defensa: cayó sobre la misma bomba turbado el triste Sacerdote, la qual rebentando al instante dividió en tres trozos su cuerpo, volando por el ayre las piernas, y arrojando por el suelo la cabeza y los hombros: al caer dió sobre el

Padre Francisco de Isasi, que se hallaba presente, llenándole de sangre, susto y horror.

Iba el Frances continuando, sin perder tiempo alguno, el batir la Plaza, trabajando en el foso, y minando por tres partes las murallas, hallándose los sitiados con grande cuidado, no solo al defenderse contra el enemigo, sino de tener nuevas del estado en que el Almirante iba disponiendo el socorro; y así á los 18 se trató de buscar dos personas de resolucion, valor y diligencia, que llevasen nuevas al Almirante de la necesidad con que se hallaban los de adentro; y teniendo prevenidos dos mozos, escritas las cartas, al tiempo de despacharlos con ellas, se entendió que el uno de ellos era Frances, con que se suspendió la salida: era así que lo era; pero habia algun tiempo que vivia en España, y como tenia á su muger é hijos fuera de la Plaza, que se habian perdido en una casería, quando el enemigo la sitió, con el deseo que tenia de saber de ellos, que es ma-

yor amor que el de la patria, salió sin órden ni cartas por la estacada; y habiéndose echado ménos, causó á todos gran cuidado, recelando no se hubiese ido á los quarteles Franceses; pero el dia 20 de Agosto á vista del enemigo volvió nadando con carta del Almirante, dándoles esperanzas á los cercados de que muy presto serian socorridos.

Las nuevas de la muerte del Maese de Campo Don Miguel Perez de Egea, y del estrecho en que se hallaba la Plaza, llegaron á Madrid por cartas del Almirante, y del Capitan Domingo de Eguia, y aviso de que se estaba aguardando la gente de Cataluña, y que se hallaba muy cerca la de Aragon, y se esperaba para que se juntase con la que tenia el Almirante y el Marques de los Velez con la de Navarra. Sintió S. M. mucho la muerte del Gobernador, y el Conde-Duque, por haberle escogido para la defensa de aquella Plaza, recelando prudentemente la turbacion grande que habria ocasionado en ella esta desdicha;

y aunque deben despreciarse los agüeros, todavía pueden tal vez pasar por avisos. Es cosa cierta, que quando Don Miguel Perez de Egea se despidió del Conde-Duque en el Palacio Real del Buen-Retiro, al irle á hacer reverencia, intentando besarle la mano, rehusándolo la modestia del Conde, al desasirse de ella cayó el Maese de Campo de golpe tan destempladamente, que entristeció á los circunstantes, tomando algun género de indicacion, quando no de la desgracia de la empresa, de la desdicha de la persona.

Consultóse á S. M. sobre los avisos que habian venido de Fuenterrabía y Cantabria, y volvióse otra vez á repetir lo que en otros correos se le habia escrito al Almirante, ordenándole que con la gente que tenia se acercase al enemigo. Que el Marques de los Velez juntase su gente con la suya, y embistiesen las mismas trincheras, socorriendo á viva fuerza la Plaza. Que S. M. no admitiria disculpa, si se perdiese á vista de dos exércitos, y de dos Cabos de tal sangre y

de tal valor, teniendo tantos soldados Españoles, gente vieja, exercitada y valerosa. Al Marques se le escribió, que dexando fortificados los pasos del Reyno, acudiese con toda brevedad á juntarse con el Almirante, y que gobernasen de conformidad el exército, con presupuesto de que habia en todo caso de ser socorrida la Plaza.

Dspachóse correo al Almirante con estas órdenes, y con las que tenia antecedentes, y el cuidado en que les ponia su obligacion y deseo de dar buen cobro á lo que estaba á su cargo. Escribió al Marques de los Velez lo que convenia al servicio de S. M., que á 19 se hallase en Oyarzun con su gente, que serian cinco mil hombres, enviando para esto á Don Gaspar de Tebes, Marques de la Fuente, porque con su buena disposicion y caudal procurase abreviar el juntar los exércitos. Salió el Almirante con el suyo en campaña, que constaba de siete mil infantes, y á los 16 de Agosto fué á hacer quartel en Astigarraga. Aquí tuvo aviso del Marques de los Velez, que no

podia hallarse á los 20 en Oyarzun, por no haberse ajustado las provisiones de su exército; pero que estaria á 22, y juntos resolverian lo que mas conviniese, siendo el intento por mayor desalojar al enemigo de Rentería y los Pasages, y despues embestirle en sus mismas fortificaciones sobre Fuenterrabía.

Viéndose el Almirante en campaña, y que en tres ó quatro dias no podia juntarse con su exército el de los Velez, se formó duda si seria conveniente pasar adelante hasta Oyarzun, ó aguardar á que el Marques llegase á este lugar, para que juntas unas y otras fuerzas, con mayor reputacion se obrasen los mejores efectos del servicio del Rey. Y aunque la mayor parte de los Cabos que intervinieron en la junta se inclinaban, que hasta que se supiese el dia preciso en que el Marques podria llegar á Oyarzun, no seria bien que el Almirante se adelantase; porque hallándose el enemigo en Rentería y los Pasages, podria, viendo tan poco cuerpo de exército, y sin la diversion

del Marques, reforzar el quartel de Rentería de manera, que no se pudiese obrar como convenia: todavía el Almirante, conformándose con los Cabos, á quienes parecia que era mostrar flaqueza al enemigo el detenerse, quando podia pensar que se iba derechamente á embestirle, mandó marchar á Zumalvide, donde se aquarteló de manera, que no pudiese obrar el enemigo con su caballería.

Al mismo tiempo que se comenzó á marchar en execucion de lo resuelto, llegaron avisos al Almirante, que el enemigo se habia retirado de Rentería, Lezo y los Pasages, habiendo primero abrasádolo todo; y porque no daban cierto aviso que hubiese desembarazado del todo los Pasages, ordenó al Marques de Mortara se adelantase con su tercio á ellos, y si los hallaba desocupados, los fortificase, y si no estaban desocupados, los procurase ganar. Al ir el de Mortara á executar la órden que le dió el Almirante, le llegó aviso que la gente de San Sebastian, viendo retirar al enemigo, los habia ocu-

pado; y así enviando quatrocientos hombres de refuerzo, se volvió con el resto de su gente á Zumalvide á juntarse con el exército del Almirante, el qual volvió á enviar al mismo Marques de Mortara y Don Antonio Gandolfo á Rentería, Lezo y los Pasages, ordenándoles que reconociesen la gente que era necesaria para guarnecer aquellos puestos, y fortificarlos de manera, que el enemigo no los pudiese volver á cobrar.

Hizo gran novedad el desamparar el Frances puestos tan importantes, y dió mucho que discurrir, extrañando todos que ántes de llegar nuestras armas á desalojarle, hiciese de su motivo lo que no era fácil obligarle á que lo executase por fuerza; y lo mas que se llegaba á discurrir era, que con la prolixidad del sitio, ofensa, defensa de los sitiados, gente que se le huía á Francia, continuas fatigas de la guerra, de que no es muy sufrida esta nacion, querria fortificar sus trincheras, por si nuestro exército intentase el socorro, contentándose con ganar la Plaza, dexando al tiempo el

recuperar otra vez estos puestos : discurso que se acercaba al intento, si bien el designio miraba á otra empresa.

Llegó el Marques de los Velez con su exército á Oyarzun á 22, como lo habia dicho, y luego formaron junta el Almirante y Marques, en que concurrieron tambien el de Torrecusa y Don Pedro Giron, con los demas Cabos que se hallaron en las antecedentes. Resolvióse que el Marques de Mortara con su tercio, en que iban el Duque de Alburquerque, Marques de Fromista, Conde de Sástago, Marques de la Liseda, Don Cárlos Coloma, Marques del Espinar, Don Gaspar de Tebes, Marques de la Fuente, Marques de San Damian, hijo mayor del Duque de Ciudad-Real, Conde de Garcés, Don Bernardino de Ayala, hoy Conde de Villalva, Marques de la Mota, Don Juan de Cárdenas, hermano del Conde de Miranda, Don Juan de Cardona, Marques de Miranda, Conde de Molina, Don Nicolas de Velasco, Don Baltasar de Herrera, Señor de Valverde, Don Francisco de Minchaca, hermano del Conde de Grajal; y finalmente la flor de la nobleza de España, y con gente del tercio de Irlandeses de los Condes de Tirconel y Tirol, y doscientos mosqueteros fuese á dar vista á la Plaza de Fuenterrabía, y desde los puestos mas altos de aquellas montañas hacer ahumadas y señas á los de adentro, por donde entendiesen que estaban allí los nuestros en su socorro. Tambien se ordenó al Maese de Campo Cárlos Guasco, y al Teniente de Maese de Campo general Don Diego Caballero fuesen á reconocer el monte de Yasquivel, que está sobre los quarteles que tenia el enemigo; y habiéndolo hecho, volvieron diciendo, que les parecia puesto muy á propósito para ser ocupado.

Executó el de Mortara lo que le ordenaron, midiendo el tiempo de manera, que amaneciese cerca del puesto por no ser descubierta nuestra gente; y lo hubiera conseguido, si doscientos mosqueteros del enemigo no le hubieran dado vista, con que fué necesario darles la carga; y ellos, aun-

que era ántes del amanecer, reconociendo el grueso de nuestra gente, dieron á entender que eran Irlandeses, con que no se les siguió ni tiró mas de la primera carga. Avisaron luego al Frances, el qual mandó tocar arma en todos sus quarteles, y el Marques ordenó lo mismo, haciendo tocar las caxas de la alvorada con grande estruendo, y disparando muchos arcabuzazos, para que la Plaza conociese que estaba ocupado el puesto por nosotros. Los de adentro respondieron tirando seis piezas, y levantando una bandera en el homenage, arbolándose tambien al mismo tiempo en el monte nuestras banderas con alegría grande de una y otra parte. Viendo esto el enemigo se dobló en la eminencia de enfrente con golpe considerable de infantería y caballería; y creyendo el Marques de Mortara ser embestido, aunque se hallaba inferior en el número de gente, y sin ninguna caballería, habiendo reconocido que mas adelante habia puesto mas fuerte que el que tenia ocupado, le pareció mas conveniente, por no mostrar fla-

queza al enemigo, el irle á ocupar, y así marchó á su vuelta en batalla; y habiéndolo executado, viendo el Frances que nuestra gente se avanzaba, no determinó ningun movimiento: con lo qual se ocupó aquella tarde la Ermita de Santa Bárbara, y se fortificó, poniendo doscientos mosqueteros como guardia sobresaliente.

Despues de ocupado este puesto, el Almirante y el Marques de los Velez se vinieron á aquartelar con todo el grueso del exército en las eminencias que hay en el llano que miran á Fuenterrabía, y que están entre Oyarzun y el monte de Yasquivel, de donde se enviaron al Marques de Mortara mil bocas de fuego de todos tercios á cargo del Sargento mayor Don Francisco del Castillo; con que se aseguró el puesto que habia tomado, y donde todos los dias habia entre la Ermita de Santa Bárbara y la eminencia del enemigo una continua escaramuza.

CAPÍTULO XIX.

Quema el Arzobispo de Burdeos la armada de Don Lope de Hoces.

Siendo para nosotros muy útil el efecto de haber desamparado el enemigo los puestos de Rentería, Lezo y los Pasages, era para él muy importante la causa. Es así que una de las cosas que mas habia deseado S. M., y en que habia hecho mayor instancia, era en que los baxeles que estaba aprestando, y tenia á su cargo Don Lope de Hoces en la Coruña, se juntasen ántes de venir la armada Francesa con los que habia en la costa de Cantabria, y unos y otros peleasen con los baxeles que tenia el enemigo en la concha de Fuenterrabía, rompiesen la cadena de barcas que habia hecho, y entrasen con embarcaciones pequeñas el socorro; pero por mucho que este Caballero obró para aprestar estos navíos, por la tardanza con que sus aprestos corren por los ministros inferiores, y multitud de menudencias de que

se componen, que no son fáciles de ajustar sin grandes prevenciones de tiempo, no pudo salir hasta que ya el Arzobispo de Burdeos se hallaba con cincuenta baxeles, los mas de ellos navíos de gran porte, á vista de Fuenterrabía; y así lo que pudo hacer Don Lope, siguiendo las órdenes que se le habian dado, fué acercarse al enemigo, y entrarse en el Puerto de Guetaria, el mejor, y que se halla mas cerca del de Fuenterrabía, respecto de que quando tuvo aviso que habian desamparado los enemigos el Pasage, se halló sin viento para poder salir del de Guetaria, donde aguardaba á tomar forma cómo juntarse con el trozo de armada que tenia á su cargo Don Francisco Mexía. Con esto pareció al Arzobispo bonísima sazon para acabar con los navíos de Don Lope, sin que costase sangre ni riesgo á los suyos, quemando los nuestros en el mismo Puerto, caso que no los pudiese ganar: y porque habiendo de reforzar su armada de gente para esta faccion de la que tenia en las guarniciones y trincheras de Fuenterra-

bía, quedaban tan flacas, que podia el exército del Almirante ó los de adentro con alguna salida ponerles en confusion y desórden, quisieron asegurar aquella parte, desamparando los Pasages y Rentería para guarnecer sus trincheras.

Esto se dispuso en 19 y 20 de Agosto, y á los 22 navegó el benigno Prelado con quarenta baxeles al Puerto de Guetaria, y llevando seis navíos Olandeses de fuego con todos los materiales que ha inventado el ingenio humano para quemarse y abrasarse unos baxeles á otros, haciendo su armada una media luna á la boca del Puerto con muy buena órden, cañoneando los nuestros á los suyos, y los suyos á los nuestros, se comenzó á jugar la artillería. Reconoció el Arzobispo la fuerza de nuestros baxeles, y que ó no los podria ganar, ó le habia de costar mucha sangre; y viendo que corria el viento del mar á la tierra muy como él lo podia desear para que no pudiesen dexar de prender sus navíos de fuego en nuestros baxeles, y que no podia valerosamente ven-

cerlos, resolvió vilmente quemarlos. Don Lope de Hoces, reconociendo el riesgo que le estaba amenazando, formó junta de los Cabos y Generales que se hallaban con él, y pareció conveniente sacar la artillería y fortificarse en tierra, y si el enemigo quisiese llevarse los navíos, abrasarlos primero para que no lograse el intento, supuesto que ni la desigualdad, ni lo que peor era, el viento daba sazon para defenderlos ni para perderlos peleando. Executóse esta resolucion, y los baxeles de fuego fuéron prendiendo en algunos de los nuestros; con lo qual, y la execucion de quemarlos, y la confusion, turbacion y desórden que atrae siempre consigo un suceso triste y desafortunado, sucedió de manera, que no solo se quemaron los navíos, sino algunos Cabos y Capitanes particulares, y entre ellos el General Don Juan Bravo de Hoyos, el Almirante de la esquadra de Galicia Don Juan Pardo Osorio, uno y otro del Hábito de Santiago; los Almirantes Don Alonso de Mesa, Pedro de Marquintana; los Capita-

nes de Galeones Antonio de Raygada, Baltasar de Torres, Christoval de Garnica, Don Gonzalo Novalin, y Pedro Fernandez de Cora; los Capitanes Rodrigo y Don Diego Rubin de Celis, Don Diego de Cárdenas, y Alonso Fernandez Rebellon; los Alféreces Don Arias Pardo, Don Estevan de Zamora; y los Pilotos mayores Domingo de Encinal y Xaques, y número no pequeño de soldados y marineros: siendo sin duda faccion lastimosa ver arder estos doce navíos, y con ellos los Cabos, soldados, grumetes, municiones y bastimentos con tan desdichada circunstancia, que daban prisa á quemarlos los nuestros y los enemigos, unos y otros por diferentes razones ayudando al incendio; saliendo Don Lope de Hoces de la Capitana mas herido del dolor de no poder morir peleando, que de dos astillazos que le dió en un brazo, y otro en una pierna al quemarse el navío, de que cayó en el mar, y le hubieron de sacar nadando, juntando el mérito de este riesgo á otros servicios muy calificados que tiene he-

chos este Caballero, tales que exîmen de duda, que llegó hasta lo que pudo y debió obrar un General de su sangre y valor.

Quedó el piadoso Arzobispo contento de haber executado con tan buen órden y disposicion esta iniquísima empresa, siendo cosa cierta, que si hasta aquí pueden llegar los inhumanos efectos de una buena guerra entre dos naciones tan valerosas, la executó con acierto, sazon y felicidad; pero lo que puede dudarse es, que fuese conforme á la intencion de un Rey Christianísimo el quemar otra armada christiana, pudiendo y debiendo con tanta superioridad de fuerzas intentar el vencerla; y así se creyó y se dixo le castigarian en Francia con demostracion, por haber perdido no solo la gloria del vencimiento en la forma, sino una presa en la substancia tan considerable, como doce navíos bien artillados y municionados, si él hubiera peleado como debiera. Por nuestra parte tambien quedó en duda hasta dónde pudímos ó debímos obrar, juzgando unos, á vista de tan poderosa ar-

mada enemiga, y de seis navíos de fuego con el viento en favor, señores del Puerto, que no se pudo hacer mas; coligiendo otros del desórden y confusion que intervino, y de la prisa con que ayudamos á quemar nuestras naves, que no se pudo, ó que fuera mejor hacer ménos, culpando con censura rígida y pesada á los muertos y á los vivos; á aquellos que pudieron salir con tiempo de los navíos, y á éstos que salieron sin tiempo, quando á los unos debe acreditar el valor, y á los otros disculpar la prudencia; siendo cierto, que no es tan fácil, en confusion tan confusa y faccion tan horrible, obrar en lo práctico en la guerra con la delgadeza y sazon que discurre el político en paz. Con todo eso fué el consuelo de toda la pérdida el galeon Santiago, cuyo nombre invencible dió esfuerzo y constancia á Don Nicolas Judici y Don Francisco Spínola (*), que lo tenian á su car-

(*) El Padre Moret, que escribió posteriormente este sitio, asegura, que el autor de tan valerosa resolucion fué Don Pedro Montanio, su Capitan de

go, que ni con repetidas órdenes lo quisiesen quemar, ni el enemigo pudo en siete dias ganarlo; haciendo no pequeña demostracion al Frances, que en las armas de España es mas fácil quemarle una armada, que ganarle un navío, y que las naciones valerosas y guerreras no se han de contentar con dar fin del enemigo por medios indignos y viles, sino por aquellos de valor y constancia que tiene establecidos entre naciones políticas y valerosas el Derecho y consentimiento comun de las gentes.

Y porque la turbacion y susto con que se estaba en la parte de Cantabria en este tiempo, y el desconsuelo de la Corte con estas tristes nuevas, que fué el que se dexa considerar, en donde tan delgadamente se discurre, ya exâgerando los tristes sucesos, deduciendo de unas otras infelicidades, ya ensalzando los prósperos, y acumulando victorias á mayores victorias, no

Bandera, contra el qual se formó causa de falta de subordinacion, por no haber incendiado su buque quando lo mandó Hoces.

cause sobrada fatiga á quien leyere esta relacion, sin hallar algun descanso en la guerra de Italia, Flandes y el Brasíl, en donde en iguales peligros habia nuestro Señor encaminado iguales sucesos al que despues se tuvo en Fuenterrabía; parece conveniente dexar por ahora el sitio y socorro de esta Plaza, y referir lo que obraron nuestras armas en estas Provincias.

CAPÍTULO XX.

Prosigue el sitio de Verceli.

Tenia el Marques de Leganés sitiado á Verceli, y tan adelante la empresa, como hemos referido en esta relacion; y no obstante que habia entrado en la Plaza algun socorro, habiendo entendido que no era bastante á poderla defender de nuestras armas, no solo no se desalentaron con eso los nuestros, sino que tomaron motivo de obrar con tanto mayor valor, quanto habia mas que vencer. Teniamos muy bien forti-

ficadas las trincheras contra el exército del Cardenal de la Valeta, que se hallaba á la vista, habiamos ganado á viva fuerza las fortificaciones de afuera, inquietando y destruyendo con bombas la Ciudad, continuándose incesantemente el trabajo de las minas. Acudia á todo el Marques con singular cuidado, así para contener al enemigo en sus términos por la parte de afuera, quanto para estrechar la Plaza, y adelantar su gente lo posible por la de adentro. Y viendo el de la Valeta con quán cortas esperanzas se hallaba de poder socorrer á Verceli, á 28 de Junio resolvió de mudarse de los quarteles que tenia enfrente de la isla que hace el Cerbo y el Sesia, y fuese á aquartelar con su caballería á Pelazolo, una milla de nuestras fortificaciones, para tener las espaldas del camino de Trin y del Casal. Con ocasion de haberse desaparecido el exército Frances, decian los nuestros á los Franceses que se hallaban en las murallas: *Si querian escribir á Francia, que ya el Cardenal de la Valeta se volvia á París.* Pareciendo al

Marques que no era conveniente dar mas tiempo al enemigo, y que los cercados se hallaban con desconfianza del socorro, y los nuestros con grande aliento para el asalto, resolvió que á 2 de Julio se diese general por todos los ataques y el reducto verde con escalas á medio dia, volando primero la mina que caía al quartel de los Alemanes. Obróse con tan grande esfuerzo por nuestra gente, que si bien no se consiguió el último intento de ganar la Plaza, se adelantó mucho; y no fué suceso de despreciar el haber muerto en el reducto verde á Mr. de Santa Andrea, Sargento mayor de Verceli, que era uno de los que mas obstinadamente defendian que no se rindiese. Retiraron á este Cabo los de la Ciudad para enterrarlo, y desnudándolo para este fin, se tuvo por cierto que le hallaron órden por escrito del Cardenal de la Valeta, en que le mandaba, que en caso que los de Verceli quisiesen rendirse, degollase á los vecinos, y con la gente Francesa que tenia dentro se hiciese señor de la Plaza, defendiéndola hasta la última gota de sangre; cosa que alteró mucho los ánimos de los ciudadanos que lo llegaron á entender, viéndose con mayor peligro entre los Franceses que los defendian, que el que podrian recelar de los Españoles que los expugnaban.

El dia siguiente ordenó el Marques se volviese á dar nuevo asalto, aunque no con la resolucion que el primero, por no ser su intento entrar la Plaza por fuerza, por ser, como se ha dicho, contrario á la piedad y órden de S. M., que mandaba que en quanto fuese posible se excusase; sino recuperar el puesto que los Alemanes ganaron el dia ántes, que era de mucha importancia, porque desde él eran los nuestros tan dueños de la Ciudad, que era preciso, si se hubiera podido sustentar, rendirse; pero aunque no se volvió á ganar del todo, quedamos tan mejorados en él, que reconociendo esto los de Verceli, y que para el dia siguiente, que fué á los quarenta del sitio, estaban algunas minas dispuestas para volarlas, y con buena disposicion las brechas y todo lo de-

mas para el asalto, conociendo el peligro en que se veían, hicieron llamada al ataque de los Españoles, y despues á todos los demas; y aunque hubo algunos de la Ciudad de parecer que se aguardase á ver la disposicion del asalto que les esperaba, otros con mas sano consejo no quisieron aguardarle. Respondióles el Marques de Caracena, que le tocó estar de guardia en el ataque de los Españoles, y les envió por estagios á Don Pedro de Ipiñarrieta y á Don Antonio de Chaves, Capitanes de su tercio, y avisando al Marques General del exército, mandó luego á Don Juan de Arteaga que fuese con las dos compañías de la guardia á la puerta de Turin, por donde dixeron saldria la persona que habia de tratar de las capitulaciones y conciertos: salió, y lleváronle á la presencia del Marques, que reconociendo no traía la embaxada que debia, pues habiendo de venir á tratar de rendir la Plaza, trató de paces, y de pedir tiempo para comunicarlas con Madama Real, le respondió con resolucion constantísima, que no les

daba mas de una hora de tiempo, dentro de la qual deliberasen lo mas conveniente, y pasada ella obraria toda hostilidad.

CAPÍTULO XXI.

Toma de Verceli.

Con esto salieron de la Ciudad otros dos Caballeros, y el Marques envió á Don Martin de Aragon á la misma puerta, para que con mas brevedad se concluyese el ajustamiento, ó se continuase el sitio y se diesen asaltos. Y porque esto se iba dilatando algo, recelando no fuese afectada diligencia, estando el enemigo tan cerca, se resolvió de enviar dentro de la Ciudad á Don Fr. Alonso Vazquez, Abad de Santa Anastasia, y á los Condes Bia y Pedro Antonio Lunati. Viendo los enemigos la resolucion de nuestro exército, desconfiados del socorro del Frances, ajustaron á 4 de Julio entre el Marques de Leganés y el Marques de Dollani, Gobernador de Verceli, los capítulos siguientes.

Que el Marques de Dollani saliese de la Ciudad con su gente y acompañamiento, asistido de la guardia de S. M. Católica, con todos los Coroneles, Capitanes y Oficiales, y toda la soldadesca, así de infantería, como de caballería, con sus mugeres, hijos y criados, salvas las vidas, honor, armas, tocando caxas, cornetas arboladas, banderas desplegadas, balas en boca, cuerda encendida, y vagage y carruage necesario para irse al mas vecino lugar de fortaleza.

Que á los enfermos y heridos que no puedan salir se les hará buen tratamiento hasta que hayan recuperado la salud, y despues se les dará escolta para transferirse al mas vecino lugar del Estado.

Llevará consigo el Marques Gobernador tres piezas de cañon, las que eligiere, con sus municiones y pertrechos, subministrándole los caballos y aparejos hasta Santia, y los caballos se volverán de la dicha Plaza, de que el Marques ha de hacer seguridad.

Se hará inventario de las municiones, así de guerra, como de víveres, y qualquier otra

suerte de instrumentos para servicio de la fortificacion y defensa; lo qual quedará todo en la dicha Ciudad y Presidio, y se hará este inventario por descargo y servicio de su Alteza Real.

Será acompañado el Marques, como tambien toda la infantería y caballería, que habrá de salir del Presidio con sus caballos, armas y vagage, de Españoles é Italianos, y no de otra nacion.

La Marquesa de Dollani con sus hijos y hermanos será asistida y acompañada de carrozas y guardia.

Á la Ciudad, ciudadanos y habitantes, tanto súbditos, como forasteros, se les acordarán sus capitulaciones.

No se hará ningun mal tratamiento á la soldadesca y gente que saldrá de la Ciudad, ni ménos se les visitará su vagage y ropa.

Que siendo menester se ministrará al Marques de Dollani el pan, en caso de detencion de algun dia fuera de la Plaza.

Se dará tiempo hasta el Martes 6 de Julio á la mañana al Marques Gobernador,

Coroneles, Capitanes y soldadesca para salir de la Ciudad á efecto de preparar su vagage, y entretanto ninguna de las partes hará acto alguno de hostilidad unos contra otros.

Que los prisioneros de guerra que se han hecho durante el sitio, entendiéndose de aquellos de la armada de S. M. Católica, que están en la Ciudad, y de aquellos de la guarnicion, que están en poder del Marques, queden tanto de la una como de la otra parte libres, y puedan irse donde mejor les parezca.

Que los caballos, vagages y otras cosas tomadas en el combate del sitio, queden propias de aquellos que lo poseen.

Que los soldados y otros que quisieren dexar sus mugeres, hijos, ropa y vagage en la Ciudad, sean y queden seguros de poderlos dexar; en el qual caso les será concedido de S. E. ó Gobernador el pasaporte.

Que queriendo Madama Real llevar el cuerpo de la Alteza Real del Duque Vitorio, ú otros de otra gente, se le permita sin dificultad.

Estando el Gobernador de la Ciudadela enfermo, será en su libertad de estar en la Ciudad, ó de salir y entregar á la dicha Ciudadela con salir en la forma que los otros.

Los soldados Franceses y subditos de su Alteza Real, que se han rendido durante el sitio, no serán molestados, y se les concederá facultad de servir donde se hallan.

Salieron de Verceli, en conformidad de estos capítulos, Martes 6 de Julio el Gobernador con tres mil y quinientos hombres entre enfermos y heridos, habiéndose acabado esta empresa con grande gloria de las armas del Rey dentro de quarenta dias que se le puso el sitio, considerando para esto, no solo la calidad de la Plaza, y lo que se hallaba fortificada y municionada, sino haberse tomado á vista del exército del Frances y sus coligados, que se jactaban ellos que pasaba de quince mil infantes y cinco mil caballos, estando nuestra gente á un mismo tiempo ofendiendo la Plaza, y defendiéndose de las gruesas tropas del enemigo; y siendo tantas las funciones del exército que sitia como proseguir los ataques y trincheras, guardar la línea de la comuni-

cacion, irse acercando al enemigo, ganarle las fortificaciones de afuera, asaltarle á escala vista, hubo en el mismo tiempo que hacia esto de obrar valerosa y vigilantemente dia y noche con el exército enemigo Frances, que estaba siempre haciendo diligencias atentísimas para introducir el socorro; en que no puede dexar de ser de grande alabanza el valor y atencion vigilantísima con que el Marqnes de Leganés encaminó y consiguió esta empresa, asistido con admirable esfuerzo y cuidado de Don Martin de Aragon y los demas Cabos; que lograron con excelentes órdenes las execuciones prontas y valerosas de un exército victorioso y experimentado, qual es el que estos años tiene S. M. en Lombardía.

CAPÍTULO XXII.

Continúase el suceso del dique de Caloo.

Quando el exército de S. M. en Italia se hallaba en tan grande reputacion, que en

un verano habia conseguido dos Plazas tan grandes como Brem y Verceli, quedando aun formidable y con tiempo bastante para invadir las Provincias enemigas, sucedió de manera la guerra en los Paises-Baxos, que no obstante que se hallaban invadidos, como hemos dicho, de quatro exércitos poderosos, y el Señor Infante sin la gente que presupuso, y S. M. habia prevenido en Alemania, con todo eso la singular providencia con que Dios asiste á las religiosas armas del Rey le dispuso multiplicadas y felicísimas victorias. Luego que llegó á Amberes su Alteza, adonde le llevó el cuidado y noticias de que el Olandes queria sitiar aquella Plaza, fué reconociendo todos los puestos, y disponiendo lo necesario para su defensa; con que el pueblo se alentó sumamente.

Á la noche de los 15 de Junio volvió su Alteza á Berbruck; y porque con los puestos que el enemigo tenia ocupados se consideró podia encaminarse á sitiar á Hulst, mandó que el Maese de Campo Ribacourt se quedase en San Juan de Stien, y que el

Conde de Fontana con diez compañías de su tercio, y el regimiento de Adelshoven, que era uno de los tres que se esperaban de Luxemburg, y algunas compañías de caballos, fuese á Beveren á ocupar este puesto para guardar el dique que va de Caloo á Melsen, é impedir que el enemigo no se adelantase en el país. En esta conformidad comenzó el Conde á hacer una cortadura en el dique para fortificarse en él, y ántes de estarlo hicieron los rebeldes una salida con mil y doscientos infantes y algunas tropas de caballos, á cuyo encuentro salió el Conde con la caballería y dos mangas de mosqueteros, y los rechazó con daño y pérdida del enemigo. Murió en esta escaramuza el hijo único del Conde Guillermo de Nasao, á cuyo cargo estaba el exército que desembarcó, que constaba de nueve regimientos de infantería y quatro compañías de caballos; y murió este herege dignamente castigado por el oprobrio con que sacrílegamente había maltratado la noche ántes una Imágen de nuestra Señora.

Y porque dando á los Olandeses tiempo sería mas dificultoso el rechazarlos, fué su Alteza á la cabeza de Flandes Viernes á los 18, donde habiendo llegado el Marques de Lede y Don Andrea Cantelmo con la gente que traían, formó consejo del Marques de Cerralvo, Conde de Fontana, Don Felipe de Silva, Baron de Valanzon, Conde de la Fera, Don Andrea Cantelmo, y Baron de Grovendonc; y oyendo primero sus pareceres, resolvió que se atacase al enemigo por tres partes, encargando á Don Enrique de Alagon, Conde de Fuenclara, el puesto de Santa María, por ser el de mayor importancia, con quince compañías de su tercio, y la gente que se habia sacado de los fuertes de la Esquelda, y las guarniciones del Demer, Herentales y Liera. Al Marques de Lede se le ordenó que fuese por el dique de Melsen con los regimientos de Brion, Octavio Guasco, y el de Adelshoven, y seis compañías de caballos; y á Don Andrea Cantelmo por los diques que van á Berbruck, el uno desde el Village de Brasen, y el otro

de Hulst, con diez compañías de Españoles, que habian venido de Ultramosa, cinco del tercio del Marques de Velada, y cinco del de Fuenclara, y el tercio del Duque de Avellano, los de Ribacourt y Crequi, y el regimiento de la de Luxemburg, y con diez compañías de caballos; ordenándoles á todos tres, que reconociesen las fortificaciones que tenia hechas el enemigo, para acometerlos cada uno por su parte á un mismo tiempo, procurando desalojarle de ellas; y que si esto no se pudiese conseguir (por estar muy fortificado), se avanzasen lo mas que pudiesen, y fortificándose se fuesen adelantando con trincheras, baterías y bombas.

El Sábado 19 volvió su Alteza á Amberes, y aunque por no dar mas tiempo al enemigo para fortificarse, deseó que esta faccion se executára la misma noche, considerando que con cada hora que se defiriese se haria mas dificil, no pudo ser por no haber tenido tiempo para llegar la infantería á los puestos señalados, y así se dexó para el Domingo en la noche 20 de Junio, ajustando la

hora que fué á media noche, avisando á todos tres que acometiesen á un mismo tiempo. Don Andrea Cantelmo fué el primero que comenzó el ataque por el dique que viene de Hulst, llevando las diez compañías de Españoles el cuerno derecho, los Italianos el izquierdo, y los Alemanes y Walones en medio; y aunque los enemigos hicieron grande resistencia, se les ganaron cinco cortaduras, un reducto, y la torre del Village de Berbruck, que está poco distante del fuerte. Duró la escaramuza de este dia desde media noche hasta las diez de la mañana, y quedaron en ella muchos muertos y heridos de una y otra parte. Al Maese de Campo Ribacourt ordenó Don Andrea Cantelmo, que en haciéndole una seña, que era pegar fuego á una casilla de paja, se avanzase por el dique de Brasen para tocar una arma muy viva al enemigo, y divertirle, como lo hizo, y la caballería la puso entre los dos diques, y sobre el de Hulst dos medios quartos de cañon, que causaban al enemigo mucho daño; y así se le ganaron las fortifica-

ciones de afuera, ménos dos cortaduras que faltaban para poderse arrimar al fuerte de Berbruck.

El Marques de Lede, así como comenzó Don Andrea Cantelmo, embistió tambien por su parte, y ganó una cortadura en el dique de Melsen, que estaba quatrocientos pasos mas adelante del puesto que habia ocupado el Conde de Fuenclara quando se entregó de él el Marques de Lede. El Conde de Fuenclara, con quien asistió el de Fontana, acometió por el suyo al mismo tiempo: duró el ataque con grande porfia y mortandad de ámbas partes doce horas; y aunque este era el puesto que tenia el enemigo mas fortificado, fué tal la osadía de los Españoles y el valor de su Cabo, y de los Walones que le seguian gobernados por el Sargento mayor del tercio del Maese de Campo Catris, que hubo de ceder y desamparar el enemigo en este acometimiento todas las fortificaciones y un reducto que tenian sobre el dique de Caloo, hasta arrimarse á un hornabeque que ha-

bian hecho delante del fuerte, por ser este quartel el que mas le importaba para mantenerse, á cuyo respecto hacia en él mayor esfuerzo sin comparacion, ayudándole el terreno por aquella parte, y el puesto muy á propósito para recibir los socorros. Por haberle muerto y herido tanta gente al Conde de Fuenclara, envió á pedir al Señor Infante alguna de refuerzo, y por no tenerla mandó su Alteza sacar del castillo de Amberes doscientos hombres, que marcharon luego, y quatro compañías de caballos, dos de arcabuceros y dos de corazas, para que éstos peleasen con picas, y las otras con sus carabinas; y estando resuelto que la noche siguiente se acometiesen las fortificaciones que quedaban por ganar, y prevenido para este efecto todo lo necesario, envió á las diez de la noche el Conde de Fuenclara á mudar la gente que tenia de vanguardia en los puestos que habia ocupado, para embestir como el dia ántes á media noche, y como en los del enemigo no se sentia ruido, envió á reconocer, y los hallaron des-

amparados, con que entrando en ellos y en el fuerte de Caloo quedaron ocupados por los nuestros, y pasando mas adelante se reconoció que los enemigos estaban en esquadrones en una escora muy grande que hay entre el dique de Caloo y puesto por donde esguazaron el canal. El Marques de Lede, á quien habian tambien avisado que el enemigo se retiraba, se adelantó con su gente, y Don Andrea Cantelmo venia marchando por el dique con la de su cargo. Embistieron á los enemigos esforzadamente el Conde de Fuenclara y el Marques de Lede, y despues de haber hecho muy poca resistencia, los Olandeses acobardados de la faccion antecedente, echaron las armas en tierra, y pidieron quartel, y la caballería hizo lo mismo. Muchos de los que se iban huyendo á embarcarse se ahogaron, quedando presos mas de dos mil y quinientos soldados, dos Coroneles, dos Tenientes Coroneles, veinte y quatro Capitanes de infantería y dos de caballos, muchos Tenientes y Alféreces, sin los muertos, así en los ataques, como

en la huida, que fuéron muchos; de manera, que de toda la gente que desembarcó, que eran mas de seis mil infantes y quatro compañías de caballos, no se salvaron sino solas doce compañías de infantería. Ganáronse tres estandartes, mas de cincuenta banderas, veinte y seis piezas de artillería, ochenta y una barcas, algunas de ellas con víveres y municiones de guerra, dos pontones, y dos fragatas de las que se perdieron el año de 31 con el Conde de Nasao. De los nuestros murieron doscientos treinta y quatro soldados, y entre ellos los Capitanes Don Matías de Lizaranzu, que le hallaron muerto con la espada en la mano, y los labios adorando su cruz, Don Joseph de Vergara, Don Antonio Verdeja, Don Felipe de Campos, y el Teniente general de la artillería, y quedaron heridos ochocientos viente y dos.

Luego que llegó esta nueva á Amberes, fué increible la alegría del pueblo, y las gracias que daban á Dios, y los aplausos y bendiciones á su Alteza, viendo ve-

nir los soldados cargados de despojos y prisioneros, y todas aquellas municiones, armas é instrumentos que el rebelde previno para rendir y saquear esta nobilísima Villa, servir de trofeos y ornamento á sus Templos y paredes.

CAPÍTULO XXIII.

Guerra de Flandes por la parte de San-Homer.

Al mismo tiempo que su Alteza con tanto valor y tan grande desigualdad de puesto habia vencido en las mismas fortificaciones al Olandes, y cortado en sus principios la empresa de Amberes, que iba disponiendo con tanta felicidad, y lo que es mas que todo, abierto aquel grande secreto de que aunque esté fortificado el rebelde, ni detras de sus trincheras se ha de hallar seguro de las armas del Rey, y que podemos verle fortificado y vencido; el Señor Príncipe Tomás al opósito del exército Frances, que conducia el de Xatillon, y tenia sobre San-

Homer con la caballería é infantería que hemos dicho, que le dió su Alteza para este socorro, llegó al puente de la Besse á los primeros de Junio, hora y media de Burburg, pensando poder marchar á las ocho, y hallarse al amanecer en el puesto de Bac: la calidad del país no permitió á los nuestros poder marchar hasta la entrada de la noche, de manera que con los malos caminos no se pudo llegar hasta el amanecer á vista de Vaten, donde habia gente del enemigo, los quales dieron luego aviso con fuegos. Y así habiendo aun dos leguas de camino tuvieron tiempo de reforzar sus puestos ántes que llegase nuestra vanguardia á un puesto, distante medio quarto de legua de San-Homer y Bac: la disposicion de la marcha la dispuso el Señor Príncipe Tomás en esta forma.

Iba de vanguardia de todos Mr. de Pascal, su Capitan de la guardia, con quarenta arcabuceros de ella. Luego le seguia el Teniente General de la caballería Don Juan de Vivero con trescientos caballos escogidos

en tres trozos: la primera de ciento con dos Capitanes Españoles, que eran Don Álvaro de Vivero y Don Cárlos de Padilla: la segunda de Italianos, é iban con Cárlos Tutavilla y el Conde de Sarrabal: la tercera de Walones con el Baron de Ambise y Romere. Seguian despues dos esquadrones volantes de seiscientos hombres cada uno: el primero le gobernaba el Conde de Fuensaldaña, y era compuesto de trescientos hombres de su tercio, doscientos Italianos de los dos tercios, y cien Ingleses: el otro Don Eugenio Oneill, y era de doscientos del Marques de Velada, ciento de Don Joseph de Saavedra, doscientos Irlandeses, y cien Walones del Baron de Wezmal. Seguian quatro piezas de campaña con las municiones é instrumentos necesarios, y á éstas los tercios del Marques de Velada, Oneill, y Don Francisco Toralto, y quatrocientos caballos con los Capitanes Don Gerónimo Briceño Gramon, Don Pedro Roco, y Don Alonso Dávila: todos estos marchaban con esta órden, y lo mismo los siguientes. Un

batallon compuesto de parte del tercio del Conde de Fuensaldaña con su Sargento mayor Saavedra, los Ingleses, y quatro quartos, dos medios quartos de cañon, y las municiones de guerra marchaban delante de estos tres tercios. De retaguardia venia lo restante del Conde de Fuensaldaña, Juan Agustin Spínola, y Cárlos Guasco: luego el Conde de Nasao con toda la caballería, de que era General. La artillería gruesa y vagage se dexó en el puente con guardia. Al Sargento mayor de Cárlos Guasco dió órden el Señor Príncipe Tomás, que pasase por Vaten, y que partiese en anocheciendo para tomar la Iglesia, donde habia cerca de ciento y cincuenta hombres; lo qual executó tan valerosamente, que del primer acometimiento les hizo desamparar algunas fortificaciones, y retirarse á la torre, y desde la media noche se empezó á oir el ataque.

Llegó la vanguardia del exército del Señor Príncipe Tomás al puesto á las cinco horas de la mañana, hallándose distante medio quarto de legua de la Villa, envió á

reconocer las fortificaciones del enemigo, y tomó algunos prisioneros, los quales dixeron, que en el puesto de Bac no habia sino quinientos hombres; pero que iba llegando gente, y se fortificaban aprisa. Entendido de esto, y que el exército se iba acercando, se resolvió de tomar los puestos mas cerca para reconocerlo mejor, y así mandó marchar en la misma forma, y que se ocupasen con la vanguardia unos setos á tiro de mosquete de las trincheras del enemigo: lo demas se fué disponiendo en otros puestos para sustentarse los unos á los otros hasta una eminencia que lo dominaba todo, adonde se puso la artillería y la mayor parte de la caballería con resolucion de reconocer el puesto y acometerle, si se veía disposicion, y si no la habia, intentar la faccion por otra parte, de manera que se consiguiese el efecto que se deseaba y procuraba.

Entretanto que se entretenia allí al enemigo, dispuso de manera el Señor Príncipe Tomás nuestra gente, que parecia mucha mas de la que era, porque llegaron las tro-

pas en tres ó quatro veces, y con tan buen órden, que se juzgaba haber un exército muy numeroso, y así el enemigo reforzaba su gente con toda la prisa posible. Pedro de la Cotera y todos los que estaban de vanguardia lo reconocieron muy bien, y hallaron que las trincheras estaban muy guarnecidas y puestas en toda defensa, juzgando que habria allí mas de dos mil hombres, y vieron que la mayor parte del exército del enemigo venia marchando de la otra parte de la ribera, adonde dicen tenia puente, y se estuvo allí todo el dia. Á esta causa pareciendo al Señor Príncipe Tomás por muchas razones, y por lo que debia conservar la poca gente que tenia, hallándose al opósito de un exército tan poderoso, le pareció que era mas seguro partido procurar socorrer la Villa por otra parte, y teniendo noticia de algunos pasos, por donde se podia introducir gente, los envió á reconocer. Y el Conde de Isembourg fué á Nieurlet, y halló que aquel puesto no estaba guardado; con lo qual oyendo esta re-

lacion á las once de la mañana, miéntras nuestra vanguardia estaba escaramuzando con alguna caballería que los enemigos habian echado fuera, si bien jamas se apartó del abrigo del mosquete, dió órden á Juan Agustin Spínola que por la retaguardia sacase su regimiento, y le envió á ocupar aquel puesto con instrumentos para fortificarse, y algunas municiones para meter en la Villa, y los pontoncillos para hacer luego el puente. Esto lo executó sin embarazo ninguno, é hizo luego entrar gente en la Villa para que enviasen barcas por las municiones, y facilitasen por su parte el paso.

Al tiempo que el Señor Príncipe Tomás habia ordenado la gente y municiones que habian de entrar, y estaba esperando que Juan Agustin le avisase que los puentes estaban hechos, le vino aviso que parecian tropas del enemigo, que venian con gran botin. El Capitan Dupré, que los habia reconocido, y un soldado que prendieron declararon, que eran cosa de mil hombres. Envió luego el Señor Príncipe Tomás á

Don Juan de Vivero, Comisario general, que se halló á mano, con diez compañías de caballos, y trescientos infantes del tercio de Cárlos Guasco, para que procurase cortarlos. Al mismo tiempo llegó un Teniente de caballos, que habia ido á comboyar la gente que habia salido rendida de Vaten, y encontró con éstos, que empezándole á tirar, fué forzado de dexar allí aquella gente y volverse, el qual refirió que era vanguardia de Xatillon, y un tambor que enviaron con él dixo, que eran seis mil infantes. Su Alteza Serenísima (aunque no pudo creer esto) envió luego lo restante del tercio de Guasco, y al Teniente de Maese de Campo general Juan de Orozco, para que ántes de empeñarse reconociesen bien lo que era. Y continuando las nuevas de que habia mas gente de la que se habia dicho, encaminó luego al Conde Juan de Nasao con algunas tropas de caballos, y á Dionisio de Guzman, Sargento mayor del Conde de Fuensaldaña, con su tercio para sustentarlos, y dando órden que luego se

retirase el exército á una eminencia, por temer que ocupándola el enemigo los desalojaria de donde estaban, obligándolos á pelear con gran ventaja suya.

Entretanto que esto se estaba disponiendo, y se empezaba á marchar el Maese de Campo Orozco y el Sargento mayor Fontaneli, viendo que la gente del enemigo no era mas de dos mil hombres, aunque se habian fortificado con sus carros, que eran muchos, en unos setos muy fuertes, escogieron quatrocientos soldados, y los acometieron con tanto valor, que despues de haberse defendido un rato muy bien, habiéndoles muerto al Maese de Campo Mr. de Flogoses, se rindieron á discrecion. El Sargento mayor fué á saber qué quartel se les haria, y por no degollar gente ya rendida les hizo dar su Alteza Serenísima la vida. Ellos eran cerca de dos mil hombres: tenian muchos carros, municiones de guerra y víveres; y se entendió que venian á ocupar el puesto de Nierlet, y traían todo lo necesario para sustentarse y fortificarse.

Alegráronse mucho todas nuestras tropas de ver que solos quatrocientos hombres hubiesen desarmado á dos mil de los enemigos, y ya despreciaban los nuestros al exército de Xatillon, pesando el valor de la gente, y no haciendo caso del número. Sobre el aviso de que venian en grueso los enemigos, habia dado órden el Señor Príncipe Tomás á Juan Agustin, que si le atacasen se retirase con todo su regimiento á la Villa. Quando llegó la nueva de la rota de esta gente, ya estaba todo el exército encaminado, y así le alojó en el mismo puesto que habia ordenado, aunque no pudo ser ántes de anochecer; pero la retirada se hizo en muy buena órden, sin que jamas los enemigos se atreviesen á salir.

Estando alojado el exército dió órden el Señor Príncipe Tomás para encaminar la gente que debia entrar en San-Homer con mas municiones, y partió entre las once y doce, llegando á medio camino, que podia ser poco ménos de un quarto de hora del puesto de Juan Agustin, el enemigo le ata-

có, si bien creyó el Príncipe que era por reconocer si estaba ocupado el puente ó romperlo; pero fué rechazado el Frances, y los que iban para entrar hicieron alto, avisando al Señor Príncipe Tomás lo que habia, y lo que ellos debian hacer. Juan Agustin avisó al mismo tiempo que se habia retirado, y que todo estaba pronto para pasar la gente y municiones; y así les envió órden que marchasen, lo qual executaron luego, y entraron en la Villa á dos horas de dia, á son de caxa con sus banderas arboladas. Constó el socorro de quatrocientos hombres en siete compañías y el Sargento mayor, los demas trescientos Italianos en cinco compañías, ciento de Wezmal con dos Capitanes: lo restante del tercio de Ingleses de Tresan, cuyo Sargento mayor llevaba toda esta gente á su cargo.

El Baron de Wezmal habia salido á darles la mano por la parte de Bac, ayudando mucho á esta faccion con su mosquetería, y algunas piezas que sacó y puso sobre el dique: todo aquel dia no se hizo sino entrar

en la Villa de San-Homer quanto era necesario, donde todos se hallaron muy contentos de lo que se habia hecho, habiendo sucedido el socorro de esta fidelísima Plaza en el mismo dia del Santo de su nombre, que no dexó de causarles doblado consuelo. Aunque pudo quedarse en aquel puesto el Serenísimo Príncipe Tomás; pero por la consideracion de que Olandeses podian llamar á otra parte, ignorando aun la victoria que su Alteza habia tenido en el dique de Caloo, se resolvió á volver de allí por asegurarlo todo, pareciéndole que en San-Homer habia gente bastante para destruir el exército, si se empeñase en el sitio.

En los dos encuentros que se tuvieron con Franceses en esta ocasion quedaron prisioneros y muertos mil noventa y cinco soldados del enemigo, un Maese de Campo, diez y siete Capitanes, veinte y quatro Tenientes, diez y nueve Alféreces, once Sargentos, y algunos Oficiales. De nuestra parte murieron dos Capitanes, que fuéron Felice de Judici, y el Conde Evandro Pico-

lomini, sobrino del Conde Picolomini, y quarenta y tres soldados heridos con lo de Vaten.

Despues de este suceso, habiéndose aquartelado el Señor Príncipe Tomás con su exército cerca de Bourbourg, donde se alojó, socorrido ya San-Homer en la forma que se ha referido, tuvo aviso que venia un comboy al exército Frances, y para romperle envió al Comisario general de la caballería Don Francisco Pardo con algunas compañías de caballos y de corbatos: executólo con excelente resolucion, desbaratándole trescientas carretas que traía, y tomando todos los caballos y algunos presos, y entre ellos un gentil-hombre Frances, que enviaba el Mariscal Xatillon á París, al qual se le halló una carta de lo que pensaba hacer, diciendo, que para asegurar sus víveres, y estorbar que nuestra gente no pudiese entrar en el Boloñés, habia de ocupar el Mariscal de la Forza los fuertes de Ruminghem y Henelvius; con cuya noticia marchó el Señor Príncipe Tomás

con su exército, y se aquarteló cerca del fuerte de Ruminghem tan á tiempo, que se descubrieron los esquadrones del enemigo, que venian á ocuparle.

Estando en este puesto, y reconociendo los del enemigo, se vió que los Franceses para asegurar sus víveres habian hecho sobre el dique que va á Amberes un fuerte, distante media legua del quartel que habia ocupado nuestra gente; y pareciendo que convenia ganársele, nombró para ello al Vizconde Don Joseph de Saavedra, hermano del Conde de Castelar, Caballero de mucho valor, y á quien se dió este título por las heridas que recibió, y haber quedado prisionero en la rota que Franceses dieron al Señor Príncipe Tomás el año de 32, ordenándole que con mil hombres de todas naciones, y quatro piezas de artillería le batiese; y ordenando juntamente al Conde Juan de Nasao, que se emboscase con toda la caballería y tres mil infantes para estorbar no socorriesen el fuerte.

Hallándose emboscado el Conde vió ve-

nir un comboy, y envió los corbatos á romperle, y lo executaron con trescientos caballos que venian de vanguardia; con que quedó la emboscada descubierta. Y viendo el Señor Príncipe Tomás, que los enemigos se adelantaban para socorrer el fuerte, lo hizo avisar luego á Don Joseph de Saavedra para que se diese prisa en ganarle, y con esta noticia, sin estar hecha la batería, acometió Don Joseph valerosamente con su gente, y lo entró por asalto, degollando las dos compañías que habia en él.

Esto sucedió la víspera de San Juan, y el dia siguiente se tuvo aviso que el Frances se encaminaba con gran cuerpo de gente para volver á recuperar el fuerte; y así ordenó que Don Francisco Toralto con seiscientos Españoles y trescientos Italianos de su tercio, doscientos Irlandeses y cien Alemanes lo fuesen á socorrer. Llegó nuestra gente á tan buen tiempo, que cerrando con los que acometian el fuerte, degolló mil hombres del enemigo á vista de todo su exército; y porque duraba mucho la escaramuza, envió el Señor Príncipe Tomás al quartel por refuerzo de infantería, y con dos piezas de artillería que habia mandado poner en el dique, y otras dos en una pradería que corrian de través el exército Frances, haciéndole mucho daño, le obligó á retirarse tan á rienda suelta y con tal desórden, que si no estuviera de por medio la ribera, se le hubiera podido seguir y poner en grande confusion. El fuerte quedó por los nuestros, y la pérdida no fué considerable, siendo la del enemigo tan grande, como se ha referido.

Sin embargo de que el Señor Príncipe Tomás socorrió la Plaza de San-Homer, entrando gente, víveres y municiones en ella con tanta pérdida y descrédito del exército enemigo, y que le rompió tan gruesas tropas, y desalojó de sus puestos, todavía perseveraba constantemente el Frances en el sitio; y así se fuéron ordenando y disponiendo los medios de socorrer la Villa segunda vez para asegurarla enteramente. Para este efecto ordenó el Señor Infante al Conde Oc-

tavio Picolomini marchase con sus tropas la vuelta de San-Homer, adonde llegaron á los 6 de Julio; pero dudando el Señor Príncipe Tomás que no se le podrian juntar tan presto, y no siendo solas las suyas suficientes para emprehenderlo por via de la fuerza, respecto del numeroso exército de los enemigos, y de las grandes fortificaciones que tenian hechas, resolvió, con acuerdo de ingenieros y personas prácticas del país, cerrar las riberas que pasan á Vaten, haciendo un dique para sustentar las aguas, con que inundándose todas las praderías, se podria con barcas socorrer la Villa. Executóse esto con tal diligencia, que en tres dias se cerraron las riberas, habiendo hecho pasar primero cantidad de barcas, y prevenido dos fabricas flotantes con seis piezas de artillería, que servian de sustentar el trabajo. Con el tercio de Cárlos Guasco, que tambien se hizo avanzar á Vaten, y con el de Ingleses de Enrique Gage, y dos compañías de Wezmal que estaban en aquel puesto, se fortificaron en muy poco tiempo los de la Iglesia,

molino, y una isla de aquellas riberas, y á la otra parte pasó alguna gente del regimiento de Juan Agustin Spínola para hacer un reducto, y guardar la avenida de Eperlecht.

Despues de esta disposicion, y hallarse ya los de Bac sin comunicacion á su exército por haberse inundado las praderías (en que por ser muchas se pasaron algunos dias), llegaron las tropas Imperiales entre Casel y Vaten, desde donde se avanzó el Conde Picolomini al quartel del Señor Príncipe Tomas para ajustar el empleo que habia de tener una y otra gente. Y reconociendo todos los puestos que el enemigo tenia fortificados, pareció que sin echarle del de Bac, ó tomando alguno que diese la comunicacion con la Villa, no era posible socorrer á San-Homer; y sin embargo de que estaban tan fuertes los enemigos por aquella parte, resolvieron atacarlos por ella, pues ganándoles aquel puesto quedaba enteramente asegurada la Villa; y para concluir mas presto, y estar mas fuertes, si el enemigo hu-

biese venido á ellos, repartieron entre los dos los ataques. Á este mismo tiempo el exército que conducia el Mariscal de la Forza, que como se ha dicho, constaba de quince mil infantes y quatro mil caballos, viendo quán bien guarnecidas estaban las Plazas que podia intentar por su parte en los Paises-Baxos, se acercó á Chatelet, Plaza del Frances, que sustentaban nuestras armas desde la entrada del Señor Infante Cardenal; y habiendo intentado por asalto el Mariscal de la Forza ganar esta Plaza, se la defendió de manera su Gobernador y la gente de guarnicion que tenia dentro, que hubo de apartarse de ella con pérdida de gente y de reputacion. Con este suceso, y con ser avisado del de Xatillon quán minorado estaba su exército con las dos rotas que le habian dado nuestras armas, resolvieron los dos Generales Franceses unir unas fuerzas con otras para acabar con la empresa de San-Homer. Considerando el Señor Príncipe Tomás lo que importaba entretener al Mariscal de la Forza para que no se junta-

se con Xatillon, y que de aquella parte no podia ser de gran provecho la caballería, se resolvió que el Conde Juan de Nasao se pusiese junto al fuerte de San Juan con quatro mil caballos del exército de S. M. é Imperial, y los Croatos y el regimiento de Reberoy, previniéndole al Conde, que si el de la Forza dexaba aquel quartel, le fuese incomodando los víveres, disponiendo la marcha y ataques en la forma siguiente.

Que el Conde Picolomini con su infantería y ochocientos caballos fuese por la mañana Miércoles 7 de Julio marchando derecho á Ruminghem, y que se quedase hasta la tarde cerca de Bac, en parte donde no pudiese ser descubierto, para atacar el Bac por la mano derecha, y tomando las fortificaciones de abaxo, quitar por su parte la comunicacion con el dique, y despues proseguir á los otros puestos, para cuyo efecto llevó escalas y todo lo necesario; y que el Señor Príncipe Tomás se retirase de su quartel á las cinco de la misma tarde sin tocar caxas, dexando las guardias puestas hasta la

noche para ir siguiendo á los Alemanes. Fuéron de vanguardia desde Vaten mil caballos con el Teniente General Don Juan de Vivero, á que siguieron los tercios del Conde de Fuensaldaña, y Juan Agustin Spínola con quatro piezas de campaña, municiones de guerra é instrumentos, y luego los tercios del Marques de Velada, Don Francisco Toralto, Carlos Guasco, Enrique Gage, y Don Joseph de Saavedra. Á Don Eugenio Oneill se ordenó quedase en Vaten con el suyo y dos compañías del Baron de Wezmal, para que con las barcas y fábricas flotantes ocupase los puestos que podian impedir el paso al enemigo, y que cortando el dique se diese la mano con los de la Villa, que debian hacer lo mismo. Sucedió muy bien esta resolucion, porque se ganaron todos los puestos que fuéron necesarios, sin embargo de que algunos estaban muy fortificados. Los de la Villa tomaron tambien un reducto cerca del Bac, con lo qual abrieron camino, y metieron en ella alguna cantidad de pólvora y mecha, que era de

lo que mas necesitaban. Un poco ántes del dia llegaron los nuestros á la campaña á vista del Bac, de manera que el Conde Picolomini empezó su ataque al amanecer, ocupó luego dos fuertes, y dispuso los aproches para batir el que estaba hecho en la Iglesia de San Momelin, pues ganado éste, los otros no podian hacer mucha resistencia.

Al mismo tiempo se encaminó el Señor Príncipe Tomás con su gente derecho á Nieurlet, que se halló sin fortificacion alguna; pero dentro de un marrazo que allí hay habia hecho el enemigo cinco fuertes y reductos, que podian impedir la comunicacion con la Villa. Cerca de la Abadía de Clemares estaban algunos otros fuertes, y desde ella se daban la mano por estos puestos con el Bac por un dique de faginas con su palizada, dispuesto en tal forma, que cerraban del todo el paso, porque no es creible las obras que el Frances hizo, y el calor con que obró desde que entró el socorro en fortificarse, de manera que no le pudiese entrar el segundo. En llegando á es-

tos puestos resolvió el Señor Príncipe Tomás acometer los tres fuertes que cortaban el camino, los dos de Clemares, y el otro del Bac; para cuyo efecto encargó al Conde de Fuensaldaña con su tercio el ataque del que estaba hácia Clemares, á Juan Agustin Spínola el que habia sobre el propio camino para ir á la Villa, y á Don Francisco Toralto el que estaba mas cerca del Bac.

El Conde de Fuensaldaña hizo luego un puente sobre la ribera que pasa por aquel puesto: los otros no pudieron hacer otro tanto, por no haber llegado el tren de la artillería del exército del Conde Picolomini, donde estaban los pontones; pero todos trabajaron con prisa en hacer faginas, demas de una gran cantidad que hallaron de las que sobraron al enemigo; y teniéndolo todo prevenido, envió el Conde de Fuensaldaña dos Capitanes con doscientos y cincuenta hombres para embestir el fuerte, los quales cumplieron tan bien con su obligacion, que llegaron muy cerca de él, habiendo pasado por mucha agua y por un foso

grande, y embistieron con mucha resolucion, si bien hallaron en el enemigo muy valerosa resistencia. Y viendo Juan Agustin Spínola que el Frances enviaba socorro al fuerte, resolvió segundar á los Españoles, echándose en el agua por no estar hecho el puente. Con esto los nuestros, siempre reforzados con gente fresca, obraron con tanto valor, que tomaron por asalto el fuerte, no obstante los fosos y la mucha agua que se lo impedia.

Viendo el enemigo lo que le importaba conservar ó recuperar aquel puesto, y la mengua que le resultaba de que contra tantas ventajas le hubiese desalojado de él nuestra gente, vino con batallones enteros para volverlo á recuperar; y así el Señor Príncipe Tomás fué reforzándolo de gente de todos los tercios y naciones, municiones y faginas, en que la de Juan Agustin Spínola trabajó increiblemente, habiéndolo dispuesto todo con grande acierto el Sargento mayor Dionisio de Guzman, pues con las cortaduras y medias lunas que empezó,

y la gente de refresco que iba llegando rechazó cinco veces al enemigo: fué el empeño que Españoles y Franceses hicieron sobre conservar y recuperar este puesto tan grande, que llegó el número de los muertos de los enemigos á mas de mil hombres, y entre ellos muchos Cabos y Oficiales, y el Mariscal de Campo Labare. De los nuestros murieron los Capitanes Don Pedro de Cepeda y Don Diego de Velasco, y muy pocos soldados, y algunos heridos.

Al mismo tiempo que Don Francisco Toralto vió que se ganaba el fuerte, atacó el suyo, aunque el puente no estaba hecho; y sin embargo de que habia seis cortaduras con agua muy alta, se le llevó con solos quatro soldados de pérdida, y herido en un brazo el Sargento mayor Fanfaneli: esto causó tanto temor al enemigo, que desamparó al punto el puesto que habia de atacar Juan Agustin Spínola, y así quedaron los dos fuertes que los Franceses tenian en medio cortados de todas partes: rindiéronse éstos tambien fácilmente; y hubie-

ran dado mucho trabajo, si por falta de municiones, segun ellos dixeron, no se hubieran rendido, porque habia dentro un Maese de Campo con trescientos hombres, quatro piezas de hierro, y dos mosquetones que quedaron en dos riberas altas que pasan al rededor, y á mas de esto un foso con agua. Portáronse todos en esta ocasion con sumo valor, y fué herido entre otros reformados el Alférez Ochoa, que salia muy á menudo de la Villa con los avisos; el qual habiendo ido por la mañana á reconocer, y despues á guiar la primera tropa, obró en una y otra ocasion con grande ánimo.

Á los 9 de Julio tuvo aviso el Señor Príncipe Tomás como el dia ántes el Conde Juan de Nasao habia pasado el fuerte de San Juan con toda su caballería, y puéstose á vista del exército del Mariscal de la Forza, el qual despues de tres horas vino marchando con infantería y caballería, de suerte que estuvieron sobre los nuestros que se habian apeado casi ántes que tuviese tiempo de ponerse á caballo. Viendo al enemigo

tan cerca, un hermano del Conde Coloredo, que estaba de vanguardia de la caballería Imperial, con el regimiento nuevo de Picolomini le embistió con mucho valor, y aunque lo hizo muy resueltamente, pero fué rechazado y muerto. Reconociendo esto otro esquadron del Conde de Sarrabal, donde estaba el Conde de Sorci y la compañía del Conde Vizca, y que el enemigo venia derecho á ellos, aunque sin órden, se resolvieron á cargar, y se portaron de manera, que le rompieron dos gruesos, rechazándolos hasta el bosque, y otro Capitan de caballos, que se llamaba Dragon, con el suyo lo hizo tambien valentísimamente; y si á Don Cárlos de Padilla le dexaran cargar al mismo tiempo, hubiera roto tres batallones de infantería, que no habian aun tomado puesto, con que se hubiera obrado importante faccion; pero como los nuestros se iban retirando, el enemigo los fué cargando y avanzando su infantería de manera, que como habian de pasar por pasos estrechos se pusieron en confusion, cayendo muchos en los fosos.

El Baron de Envise con algunas compañías Walonas que estaban á su cargo entretuvo al enemigo en esta retirada todo quanto le fué posible, con que el daño fué menor, sin que en esta ocasion se pudiese culpar á nuestra caballería, no habiendo sido la pérdida la que pudo suceder por mala disposicion, pues aunque se dixo era de doscientos caballos de Picolomini, y otros tantos de los de S. M., no fuéron quarenta los muertos. De los enemigos murió mucha gente, y particularmente Oficiales, y entre ellos el que gobernaba la caballería, y el Marques de Folrs preso con otros.

Á los 9 se enviaron á la Villa mil hombres de refuerzo por los puestos ya tomados, y cada dia se fuéron mudando. El Conde de Isembourg entró en ella para irlo disponiendo todo, é íbasele dando á este intento la asistencia necesaria.

Á los 10 se tuvo aviso que Mr. de la Forza se habia juntado con Xatillon, y que queria venir por la parte de Clemares; y así se juntó toda nuestra caballería y el re-

gimiento de Roberoy, dexando solo en el fuerte doscientos hombres con algunos croatos para tomar lengua; pero aunque se avanzó hasta Clemares, despues se retiró. El Conde Picolomini fué avanzando sus aproches y baterías hasta el Domingo 11 de Julio, que habiendo tenido aviso el Señor Príncipe Tomás de que el enemigo habia resuelto de socorrer al Bac, avisó al Conde se diese prisa, porque tenia determinado el Frances el dia ántes dar un asalto general. Á la hora que se ajustó, que fué á las siete de la tarde, mandó encaminar á Don Joseph de Saavedra con mil Españoles, á Don Francisco Toralto con ochocientos de las otras naciones, su compañía de la guardia, y al Teniente General con otras dos de caballos. Llegaron quando ya toda la gente del Conde Picolomini estaba en batalla, y se tomaron luego los puestos necesarios; de manera que viendo los enemigos esta apariencia, empezaron á capitular, pidiendo tiempo de avisar á Xatillon. Ajustóse que á las doce de la mañana del Lu-

nes 12, que les viniese ó no el socorro, entregarian el fuerte de la Iglesia de San Momelin, dando desde luego por rehenes dos Coroneles y dos Capitanes, y que tratarian entretanto por los otros fuertes. Fué esta una de las raras acciones de guerra que se han visto en el mundo, capitular los cercadores, y dar rehenes sobre que les dexasen retirar con seguridad, y que entregasen los puestos, como lo suelen hacer los sitiados.

Sobre el primer aviso del socorro que queria intentar el enemigo, viendo que por la parte de Clemares y Casel no habia apariencia que pudiese pasar, por estar nuestra gente en buen puesto y muy fortificado, envió órden el Señor Príncipe Tomás á Don Eugenio Oneill que estuviese con cuidado. Y miéntras se estaba capitulando vieron que en aquella parte empezaba una escaramuza; por lo qual luego que salieron los rehenes le envió el Conde Picolomini, porque estaba mas cerca, quinientos hombres de refresco, y el Señor Príncipe Tomás municiones de guerra. Con este socorro reforza-

do Don Eugenio Oneill volvió á embestir con grande valor al enemigo, y por la mañana al amanecer habia ganado ya seis cortaduras del Frances; porque aunque fué rechazado la primera vez, despues las volvió á ocupar, cargándole hasta no tener mas terreno. Perdió en esta ocasion el Frances mas de quinientos hombres y cinco barcas, las dos cargadas de vizcocho, una caxa grande de balas de plomo, y algunos toneles de pólvora. De los nuestros hubo quince heridos, y entre ellos un Capitan. Al mismo tiempo que el enemigo entregaba el fuerte, llegó la persona que habian enviado á Xatillon; con que trataron luego por los demas puestos, de donde salieron los Franceses con armas y algun vagage que les concedió el Conde Picolomini, pero sin mecha encendida, y dexaron quatro piezas de artillería con las armas del Rey nuestro Señor, y una bandera blanca que se puso en San-Homer en una Capilla de nuestra Señora que hace muchos milagros. Salieron rendidos dos mil y quatrocientos Franceses,

gobernados por el Mariscal de Campo Manican, y Maese de Campo Belfort. Aquel mismo dia visitó el Príncipe todos los puestos de la Villa, maravillándose de que no hubiese el enemigo atacado á viva fuerza las medias lunas del hornabeque, que guardaban los Españoles é Italianos, porque estaban de manera que se podian subir á caballo, y solo las defendieron con las muchas salidas que hacian, matando á los enemigos número grande de gente, obligándoles por este medio que se detuvieran sin acercarse.

Tratóse de hacer algun daño al Frances en la retirada del sitio de San-Homer; pero se juzgó, habiendo reconocido la calidad de los puestos que ocupaban, que si se gobernaban como soldados perderian poca gente; todavía como en la guerra nunca se debe desconfiar de las ocasiones, que tal vez encaminan y se logran por accidentes no pensados, se ordenó al Conde de Isembourg, que con freqüentes y pequeñas salidas procurase saber la hora en que el enemigo se retirase, y fuese ocupando los pues-

tos que iba dexando, y avisase las particularidades que entendiese; con que á la mañana de los 16 envió á decir el Conde que se retiraba el Frances, y que él habia ocupado los puestos mas avanzados. El Señor Príncipe Tomás mandó luego marchar el exército, desde la noche ántes prevenido, é iban de vanguardia los tres tercios de Españoles, y siguiendo los demas, segun estaban en la frente de banderas, y luego toda la caballería de S. M. para ponerse luego en batalla. Toda esta gente salia por la puerta que va á Arc, y por la puerta nueva seguia el Conde Picolomini con todas sus tropas, para avanzarse con ellas al mismo paso que los tercios de Españoles, los quales á las siete de la mañana estaban formando sus esquadrones cerca de las baterías del enemigo, no habiendo podido ser ántes, por ser preciso pasase todo por el dique que va al Bac, y por sola una puerta. Á este tiempo iba el enemigo desamparando los fuertes de la circunvalacion, que eran seis, y los ocupó nuestra gente; y aunque se avan-

zó todo lo posible la caballería, como ya tenian tanta ventaja, y no se les podia seguir sino á la deshilada por la disposicion del terreno, tuvieron tiempo de retirarse á un puesto muy ventajoso, con todo eso el Conde Picolomini los fué siguiendo mas de legua y media con quinientos caballos, y la compañía de la guardia del Señor Príncipe Tomás, que estuvo escaramuzando siempre, y les mató alguna gente; pero viendo que no podia hacérseles considerable daño, se tuvo por mas prudente consejo no empeñarse, ni fatigar infrutuosamente nuestra gente, por el grande calor que hacia; y así se retiró á la noche sobre una ribera que estaba allí cerca, con presupuesto de marchar el dia siguiente á Teroana, puesto que cubre todo el país, y muy á propósito, supuesto que se habia reconocido que iban marchando hácia el Boloñés. Avanzóse el dia siguiente 17 el exército al puesto de Teroana, haciendo su marcha á vista del enemigo, que aun no se habia movido, y lo hizo con diligencia luego que descubrió nues-

tras tropas, aunque por la calidad del país ni los unos ni los otros podian sin riesgo grande venir â las manos; pero en las circunstancias que ocurrieron, y en la celeridad de su marcha se conoció bien, que si el exército de S. M. hubiera tenido mayor facilidad en pasar, fuera muy posible haberle dado una muy buena mano. De esta suerte fué no solo socorrida la Plaza de San-Homer, tan poderosamente sitiada, sino rechazado y retirado el enemigo, entregando los fuertes de su sitio y trincheras, como si fuera sitiado, con admiracion grande de quantas naciones vieron de cerca el valor y osadía increible con que los Españoles embestian, con el agua á la cintura y á los pechos, á los fuertes que los Franceses tenian guarnecidos de gente y artillería, desalojándolos de ellos á fuerza abierta; cosa que puso en tanto asombro al Señor Príncipe Tomás, soldado tan experimentado y de tanta reputacion, que dixo: *Que hasta allí habia tenido á los Españoles por hombres valientes; pero que de allí adelante los tendria por mas que hombres.*

CAPÍTULO XXIV.

Atencion de su Alteza sobre lo que podia obrar con la gente con que se hallaba.

Despues de la victoria que nuestro Señor se sirvió de dar en el dique de Caloo á las armas de S. M., quedó el Señor Infante en Amberes, donde habiendo hecho con singular exemplo hacimiento de gracias á nuestro Señor por este buen suceso, se puso en grande atencion á reconocer lo que se podria obrar con la gente que allí tenia, supuesto que no podia reforzarla de otra parte, estando ocupado todo el resto en el campo del Señor Príncipe Tomás al socorro de San-Homer, á que tambien asistia el Conde Picolomini con todas sus tropas, como queda referido. Habiendo platicado este punto con las personas que le asistian, que fuéron el Marques de Miravel, el de Cerralvo, el Conde de la Fera, el Presidente Roose, el Padre Confesor, el Marques Deste, Don Felipe de Silva, el Baron de Balanzon,

el Conde de Fontana, y Don Andrea Cantelmo, se halló que su Alteza no tenia seis mil infantes; ni este número era bastante para emprehender los progresos grandes, con que se deseaba proseguir las victorias que se habian alcanzado de sus enemigos, habiéndole quedado al Príncipe de Orange mas de ocho mil infantes, sin los que podia sacar de sus Plazas, como quien no tenia mas que una guerra á que atender: juzgóse que solo se podria intentar algunas sorpresas, de que se fué tratando, y el enemigo reforzando sus puestos en Flandes; de manera que no dió lugar á su execucion. Llegó el tiempo de ir su Alteza á Bruselas á hallarse en la Procesion del Milagro, como lo hace todos los años, y por tratarlo todo con el Señor Príncipe Tomás, le avisó, que si era posible faltar del exército tres dias, viniese á verse con su Alteza en aquella Corte. Hízolo así, y conferido el punto, fué del mismo parecer, y se encargó de tratar á la vuelta en Gante con Don Andrea Cantelmo la materia de las sorpresas, como per-

sona que las habia de executar por aquella parte de su gobierno, y llevó consigo á Don Estevan de Gamarra, para que volviese á decir á su Alteza lo que se hubiese tratado: pero estos designios no tuvieron efecto, por haber acudido el Conde Guillermo de Nasao á la Inclusa, y reforzado con gente los puestos que se trataba de sorprender. Su Alteza se volvió á Amberes, donde acudia á la disposicion de todo.

CAPÍTULO XXV.

Viene el Rey de Francia en persona á reforzar su exército, y vuélvese á París.

A este tiempo llegó aviso de que el Rey de Francia en persona venia á reforzar su exército, habiendo sabido quán repetidamente habian deshecho á sus tropas nuestras armas, y que estaba en Abevila; con que su Alteza se halló obligado á acercarse al exército del Señor Príncipe Tomás, deseoso de hallarse en él, y dar la batalla al Rey de

Francia; y para no perder de vista lo de Flandes, por si intentase algo el Príncipe de Orange, dexó allí al Conde de Fontana. Partió de Amberes á los 3 de Agosto á ganar puesto á propósito para acudir fácilmente á entrambas partes; y habiendo tenido noticia de que el Rey de Francia se volvia á París, y aquella guerra se reducia al sitio de Renti, Plaza de mas ruido (por el que hizo en tiempos pasados) que de importancia ni defensa, y que el Señor Príncipe Tomás tenia la gente que bastaba para estar al opósito de Francia, y que el Príncipe de Orange, juntando toda la gente que tenia y podia sacar de las Plazas, marchaba la vuelta de la Mosa, cuyas Plazas con la de Güeldres y Genep son de tan grande importancia, se resolvió su Alteza ir en persona á impedirle lo que allí intentase, aunque con fuerzas inferiores. Entretanto que juntaba las que tenia envió delante al Marques de Leyden con mil infantes y quatro compañías de caballos, para que metiese gente en la Plaza, ó que hiciese punta al enemigo, y obra-

se segun sus movimientos; y al mismo tiempo á Don Francisco de Castro, su Caballerizo, á representar al Baron de Lamboy, que pasaba el Rhin con dos mil infantes, y mil y ochocientos caballos Imperiales, quánto convenia que torciese el camino la vuelta de Stevenvert, y viniese á asistir á su Alteza, supuesto que habia noticia de que el Palatino, enemigo declarado del Imperio, juntaba sus tropas á las del Príncipe de Orange; con que cesaba la neutralidad que el Emperador tiene con los Estados de Olanda.

El Baron de Lamboy lo executó con toda brevedad debaxo del mismo presupuesto; y mandó su Alteza que el Conde de Fontana, Capitan General de la artillería, marchase la vuelta de Diste con toda la gente con que se hallaba el Señor Infante, que constaba de tres mil infantes Españoles, Alemanes y Walones por tercias partes, dexando en Flandes á Don Andrea Cantelmo con tres mil infantes para la guarda de aquella Provincia y el país de Was; y desde

Gante envió órden para que viniese siguiendo á su Alteza el regimiento de Alemanes de Becq, y á Don Estevan de Gamarra, que fuese á decir al Señor Príncipe Tomás la resolucion que habia tomado de encaminarse á la Mosa, no obstante la poca gente que tenia, y que le enviase luego el tercio del Marques de Velada. Despachó el Señor Príncipe Tomás las órdenes para que marchase este tercio, y parecióle muy bien esta resolucion; y habido consejo su Alteza Real con los que allí se hallaban, que fuéron el Marques de Cerralvo, el Presidente Roose, el Padre Confesor, Don Felipe de Silva, el Marques Deste, el Baron de Valanzon, el Conde de Fontana, y Don Luis Felipe de Guevara, Veedor general, porque los Condes de la Fera y Fuenclara quedaron enfermos en Bruselas; se tuvo por menor inconveniente esperar el refuerzo de esta gente, dando lugar á que el enemigo, que ya tomaba puestos sobre Güeldres, se fortificase en ellos, que intentarle con tan poco número de gente, señaladamente sa-

biendo que el Príncipe de Orange no habia llegado á Güeldres, y que el Conde Enrique de Nasao era el que tomaba los puestos con quatro mil infantes y once compañías de caballos. Partió su Alteza á Monteagudo á toda prisa, donde hizo alto hasta que llegó el Conde de Fontana, encomendando la accion á un Santuario muy celebrado que hay en aquella Villa.

Luego que llegó la gente partió su Alteza Viernes 20 de Agosto para Diste, y de allí á tan largas marchas, que saliendo muy temprano de los quarteles, se llegaba á los siguientes muy de noche. Entró en Venló Lunes 23, y se dispuso que pasase la gente el Mosa aquella noche, porque con el dia no hubiese alguna espía del enemigo que la pudiese contar, y avisarle la poca que traía su Alteza, con que cobrase ánimo por el número el que tanto temia el valor de las armas de España. Por la mañana salió su Alteza de Venló, y en la bruyera vecina á aquella Plaza se puso la gente en esquadrones, donde su Alteza formó conse-

jo, y este dia y el siguiente se confirieron las noticias que habia del enemigo, y el modo que podria haber para socorrer la Plaza. Era el mayor embarazo para todo la neutralidad de las tropas Imperiales, con que se podia estribar poco en su ayuda, y sin ella quedaba su Alteza con quatro mil hombres, teniendo el enemigo, con los que habia sacado de sus guarniciones, y las tropas que se le habian juntado á los ocho mil, cerca de catorce mil infantes, y tres mil y quinientos caballos. Sin embargo de esta desigualdad, asentando primero por intervencion del Marques de Cerralvo, que seguiria á su Alteza el Baron de Lamboy, pues con las tropas del Príncipe de Orange andaban las del Palatino, enemigo de S. M. Cesárea; tomó su Alteza la última resolucion de marchar luego y socorrer á Güeldres, aventurando, si fuese menester, para eso su persona. Quedó aquella noche por ser ya tarde avanzado una legua de Venló, donde llegó un trompeta del Príncipe de Orange con una carta para el Baron de Lamboy, acor-

dándole la neutralidad del Emperador con los Estados; y él respondió, que venia á buscar los enemigos del Imperio, y en lo demas guardaba la neutralidad: y para todo fué de importancia haber recibido el Baron aquel mismo dia una carta del Elector de Colonia, avisándole que el Palatino pasaba el Rhin con sus tropas.

Miércoles 25 pasó su Alteza con todo el exército á alojarse cerca de Straelen, legua y media de Güeldres, donde llamó consejo, y en él oyó las personas mas prácticas del país, y particularmente al Marques de Leyden, Don Juan Verdugo, y al Coronel Crumen, Gobernador de Straelen, Walon, soldado de valor y partes; el qual ofreció, que dándole su Alteza mil infantes, y siguiéndole con el resto para irle reforzando, le ganaria el fuerte de San Juan, que tenia ocupado el enemigo, y que por allí se podria dar la mano con la Villa, y quedaba socorrida. Causó duda en la eleccion de atacar este puesto, haber escrito Don Andres de Prada, Gobernador de Güeldres,

que se intentase por la Iglesia de Wert, y que al mismo tiempo saldrian de la Villa dos mil hombres, que ayudarian á la faccion. Y habiendo conferido sobre uno y otro, y oido su Alteza los inconvenientes y conveniencias de entrambas partes, resolvió el ataque del fuerte de San Juan, respecto de poder el exército obrar mas unido, y excusar el pasage de un pedazo del Mosa, y envió á avisar á Don Andres de Prada con tres soldados disimulados por diferentes vias, para que supiese por qué parte habia de ayudar la gente de la Villa, donde entró este aviso muy á tiempo.

Tomada la resolucion se puso el exército en órden, yendo delante con el Coronel Crumen para el ataque que ofreció del fuerte de San Juan trescientos Españoles del tercio del Conde de Fuenclara, trescientos Alemanes de los regimientos que estaban á sueldo de S. M., y quatrocientos Walones de la guarnicion de Straelen, que sacó su Gobernador, y los seguian un carro de granadas, y otro de zapas y palas: tras éstos

el Marques Sfondrato, Teniente General de la caballería, y Don Pedro de Villamor, Comisario general de ella, con la que tenia allí el exército de S. M., que serian dos mil caballos, repartidos en esta forma: de vanguardia la compañía del Comisario general, con la que iba junta la de Vicente Zurimendi. Á esta tropa seguia otra de las compañías de arcabuceros de Daniel Piati y Antonio Vila, y á ésta la de Francisco Afften, tambien arcabuceros. Luego la de Xaques Dubé, á quien seguian los gruesos de corazas: el primero de la compañía del Teniente General, la de Antonio de Alebe y de Lucas Cayro: el segundo Don Antonio Butron con su compañía, Juan Valdecarranza, Don Luis de Mendoza, y la de Don Antonio de la Cueva. Á éste seguia un trozo sobresaliente para acudir á la parte que fuese necesario, á cargo del Conde de Villalobos, que se formó de su compañía, la del Conde de Megen, Monseñor de Valangin, y de Don Diego Colas: luego Bernabé Vizconde con otro grueso de su compa-

ñía, de la de Moron, y de la Granga; y á éste Don Luis Vizconde con otro de su compañía, de la de Luis Cayro, y la del Conde de Nasao. Á este trozo seguia con otro el Capitan Enrique Oldenel con su compañía, la de Henolst, la de Sanquintin, y la del Vizconde de Roles de corazas; y luego un trozo de arcabuceros á cargo del Capitan Quintin de su compañía, la de Longebal y Clut, que le seguia otro de corazas, que llevaba el Capitan Pedro de Heredia de su compañía, la de Don Antonio de Ulloa, y la de Don Antonio Quevedo: tras éste iba otro tambien de corazas, que llevaba Don Virgilio Ursinio de su compañía, la de Vodelsin y de Contevila; y á estas corazas seguia un grueso de arcabuceros, que llevaba Juan Gueis con su compañía, la de Juan de Hau, la de Duche, y la del Baron de Merode, que era la retaguardia de la caballería; y cada uno acudió á lo que debia con grande órden y disciplina. Á la caballería seguia el resto del tercio del Conde de Fuenclara, que habiendo quedado enfer-

mo en Amberes, como se ha dicho, le gobernaba por su ausencia Don Baltasar Mercader, su Sargento mayor, y cinco compañías agregadas á él del tercio del Marques de Velada, por no estar allí el Marques ni los demas del tercio, que por todos serian ochocientos Españoles, sin los trescientos que iban en la primera vanguardia. Despues de este esquadron iban dos quartos de cañon y dos medios quartos con lo que les tocaba, y quatro carros de plomo y pólvora. Seguia otro esquadron de mil y cien infantes, trescientos Italianos del tercio del Duque de Avellano, y ochocientos Alemanes de la guarnicion de Genep, gobernados todos por el Maese de Campo Tomás Preston, Gobernador de aquella Plaza; y á éste dos esquadrones de á seiscientos hombres cada uno, formados de los regimientos Alemanes Imperiales de sueldo de S. M., gobernados por el Marques Mathei; y luego su Alteza con su Corte y guion, y Don Diego de Silva, Marques de Orani, con las dos compañías de la guardia; y última-

mente el Baron de Lamboy con sus dos mil infantes, y mil y ochocientos caballos. Puesta la infantería de batalla, y la caballería repartida de vanguardia y retaguardia iba reservando y guardando la neutralidad, para obrar como el socorro lo pidiese, sin ir contra ella: la retaguardia llevaba el Coronel Brion con parte de su regimiento y el tercio de Ribacourt, que harian mil infantes, siguiendo á toda la artillería del exército los víveres, y todo el vagage quedó cerca de la Villa de Straelen, y por guardia de él quatrocientos infantes de la guarnicion de Drentales, y cien caballos de la caballería de S. M.

CAPÍTULO XXVI.

Socorre su Alteza la Villa de Gûeldres.

En esta forma marchó su Alteza al socorro de la Villa de Güeldres entre las doce y la una de la noche con toda buena órden, habiéndola dado al Conde de Fontana

de lo que habia de hacer para ir dando calor al primer esquadron, y al Marques Sfondrato para que lo hiciese la caballería, y á Don Felipe de Silva y Marques de Leyden para que fuesen acudiendo á lo mas necesario. Tiénese por cierto, que al punto que se tocó la sordina para marchar, fué avisadó el Príncipe de Orange, que no acababa de creer que le hubiesen de acometer en sus fortificaciones, si bien habia ido retirando de ellas su vagage aquella noche; y así quando llegó el primer esquadron á atacar el fuerte de San Juan, halló que se iba retirando la gente: tanto es el terror y escarmiento con que habian quedado de la rota de Caloo, y tan poco fia ya el rebelde en sus fortificaciones. Ocupóse el puesto, y salió la gente de la Villa, y juntos fuéron cargando al enemigo, y avisando para que se les fuese reforzando del exército, particularmente la caballería, que todos sus esquadrones lo fuéron haciendo, y el enemigo retirándose, perdiendo mucha gente, y entre ella un Sargento mayor, de quien ha-

cian mucho caso, y cinco Capitanes de infantería. Por mucha prisa que se dió á retirarse, hubo de pelear y ser rota buena parte de su retaguardia. En esta faccion quedó prisionero y herido el Conde Federico de Nasao, primo-hermano del Príncipe de Orange, y su sobrino, hijo de su hermana y de Don Manuel de Portugal (que de bien diferente profesion se habia ido á ser Capitan de caballos en Olanda), y un hijo del Drosarte de Bergas y otros. Ganáronse seis medios cañones de artillería, tres cornetas de caballería, y dos puentes de barcas con gran reputacion de las armas de S. M., embistiendo á un exército enemigo incomparablemente mayor que el suyo dentro de sus fortificaciones, sin que de nuestra parte fuesen los muertos mas de tres soldados ordinarios, y siete los heridos; no siendo circunstancia de poco gusto haber emprehendido su Alteza el socorro á las cinco de la mañana, y hallarse en la Iglesia mayor de la Villa de Güeldres dando gracias á Dios á las siete del mismo dia. Con los desdicha-

dos sucesos que habia tenido el Olandes en su exército se retiró á sus Presidios, habiendo perdido en esta campaña tanta gente, reputacion y dinero, quanto se dexa considerar de las excesivas prevenciones que hizo, y rotas que con tanta desigualdad de fuerzas le ha dado su Alteza.

Retirados los Franceses tan indignamente de San-Homer, juntando los tres exércitos con que en tanta expectacion pusieron á Europa este año, y á cuyo presupuesto parecia empresa pequeña todas las Provincias Católicas de Flandes, se hubieron de contentar con la recuperacion de Chatelet, que respecto de las Plazas que el Marques de Leganés habia ganado, y las que el Señor Infante Cardenal habia defendido, y la excesiva costa que al Rey Christianísimo habia causado juntar tantas tropas, era moderadísima empresa: todavía se pusieron en defensa su Gobernador y los soldados que estaban de guarnicion, y pelearon de manera, que murieron ocho mil Franceses en el sitio; y últimamente vien-

do la guarnicion Tudesca que habia dentro, que con la batería y brecha que se les tenia hecha les habian de entrar por asalto, prendieron á su mismo Gobernador, y con la espada en la mano y herido le entregaron.

CAPÍTULO XXVI.

Entra el Duque de Longavila en el Condado de Borgoña.

Tampoco se reservó el fidelísimo Condado de Borgoña de padecer este año de 1638 las invasiones Francesas, que habia padecido en los pasados; porque por el mes de Junio entró el Duque de Longavila por el Ducado de Borgoña en el Condado, y sitió el castillo de Chosin, y habiéndole hecho mas resistencia de la que presumian de su flaqueza, habiendo procedido el Capitan Cadet, Gobernador de la Plaza, con increible valor, despues de haber capitulado con él en la forma ordinaria de salir libre, y sus soldados con armas y banderas, le ahor-

caron en presencia de su muger, la qual les dixo queria mas ver pasar á su marido por aquel rigor, que ser traydor á su Príncipe. Llevaron el cadáver al castillo de Rahon, y la primera diligencia para sitiarle fué enseñársele al Gobernador, diciéndole que pasaria por la misma pena, si dilataba el rendirse: él respondió que le espantaban poco estas amenazas, pues no le habian de hallar vivo, caso que le venciesen, como sucedió; porque él y todos sus soldados resistieron hasta morir, y no obstante eso ahorcaron su cadáver. Pasó el exército Frances al de Frontenay, que tenia solos treinta hombres, á tiempo que Don Antonio Sarmiento, Mayordomo del Señor Infante, habia llegado al Condado con doscientos mil florines de oro, que habia enviado S. M., y por su órden á su Alteza, para reducir el exército del Señor Duque de Lorena á buena forma y disciplina, respecto de andar desmandado por falta de pagamentos. Y viendo Don Antonio que ni el Duque de Lorena, ni el Marques de San Martin, Go-

bernador del Condado, podian socorrer á los de Frontenay por hallarse léjos, y que aquel castillo estaba sin municiones y con tan poca gente, les envió con toda diligencia sesenta soldados, pólvora y balas, é hicieron tal esfuerzo, que siendo estos castillos unas casas de piedra, sin fosos ni fortificaciones considerables, tanto que en ganándolas el enemigo las ha quemado, le resistió de manera, que sufrió la batería de cinco dias, diversas minas y asaltos; y habiendo juntado el Gobernador á sus soldados, los animó á la fidelidad y al valor, de manera que juraron todos de morir en la defensa, y se confesaron unos á otros por falta de Sacerdote, y con un poco de pan hicieron la forma de la comunion, y cumplieron tan bien la promesa, que quando entró el enemigo solo habia dos soldados vivos y el Gobernador, que habiendo sido volado en una mina quedó casi muerto, y no obstante eso le ahorcaron como á los demas. Quando sucedió este último sitio de Frontenay se hallaba el Señor Duque de Lorena en Besanzon, y su exército algo avanzado de aquella Ciudad con pocas municiones, y la caballería muy desmandada, sin tren de artillería, y lo que peor es sin obediencia. Todavía fuéron tan apretadas las diligencias que hizo Don Antonio para darles municion para quatro dias á la infantería y caballería, y librarles en ménos de veinte y quatro horas mas de quinientos mosquetes y picas, y todas las municiones de guerra, y el tren de artillería, que lo dispuso todo con suma celeridad, con que pudo marchar el exército, que constaba de cinco mil infantes y tres mil caballos, hallándose el enemigo ya á las puertas de Poliñi, Villa muy importante, aunque muy flaca, y que no podia resistir un dia. Alojóse el siguiente á la vista del enemigo, el qual hizo demostraciones de retirarse para descuidar nuestra gente, y favoreciéndose de la noche subió á una montaña por un camino estrecho, donde si hallára la menor resistencia se hubiera perdido; y esta diligencia le dió tanta ventaja, que ganando

en la montaña puesto igual al nuestro, se arrimó al exército á ménos de tiro de mosquete. Fortificáronse todos los batallones de la infantería, y entre uno y otro se pusieron tropas de caballos, guardando dos mil para la reserva. El enemigo no perdió tiempo, y desde las tres de la tarde embistió un puesto guardado de Loreneses por el Coronel Bernibal, que les cedió con pérdida de dos cañones ligeros, que en unos castillos se habian ganado á Franceses. De aquí pasaron al fuerte del Coronel Arbois, y otras tropas al de Barlochi, que es regimiento de S. M., y aunque no estaba allí su Coronel, la gente anduvo tan valerosa, que rechazó tres veces al enemigo, el qual con una resolucion extraordinaria embistió estos dos fuertes, el de los Borgoñones y Baron de Zuhite, procediendo tan aventajadamente, que degollaron mucha gente del enemigo, descaeciendo tanto de ánimo, que no solo se retiraron á sus puestos, sino que el dia siguiente con mucha prisa fuéron marchando la vuelta de Francia, sin parar

hasta entrar en ella. Y aunque los Cabos del exército de S. M. fuéron de parecer que se marchase siguiendo la victoria, pues habia tanta caballería, al Señor Duque de Lorena pareció no aventurar mas las tropas, pues se habia conseguido echar al enemigo del Condado con pérdida de mas de mil y quinientos Franceses, los mas Oficiales y gente particular, habiendo retirado gran cantidad de heridos, sin los que perdió quando ganó los tres castillejos, que fuéron tantos, que le ocasionaron la rabia y crueldad de ahorcar, contra lo capitulado, al primer Gobernador, y á los demas despues de muertos. Y con esto quedó por este año aquel fidelísimo Condado libre de las invasiones de Francia.

CAPÍTULO XXVII.

Guerra en la parte del Brasil.

Asistida la causa católica de S. M. con tan particular providencia de Dios en Flan-

des y en Italia, no fué menor el auxîlio que experimentó en el Brasíl, donde luego que llegó el aviso al Gobernador Pedro de Silva de que el Olandes estaba en el rio de San Francisco haciendo carnes, harinas y otros refrescos, infirió prudentemente que seria con designios de ir sobre la Bahía de Todos-Santos, por hallarse distante del rio de San Francisco quarenta y una leguas. Avisó con esto á toda diligencia al Conde de Bañolo, que estaba alojado en la torre de Gracia de Ávila, catorce leguas á la parte del Norte de la Ciudad, de que el enemigo estaba tan cerca, y que convenia que con toda su gente viniese para tratar de la defensa de aquella Plaza. Visitó los almacenes, reconociendo las armas, municiones y pertrechos que en ellos habia, y no pareciendo bastantes, mandó fabricar otros de nuevo. Tambien reconoció los bastimentos, y pareciendo pocos, mandó conducir y comprar muchos mas, ayudando á ello con su hacienda, y á su imitacion el Obispo Don Pedro de Silva y Sampayo con dos mil ducados, Lorenzo de Brito

Correa con seiscientos mil mrs., mucho ganado, vino, aceyte y otros géneros; y el Proveedor Constantino Cadena de Villasanti con dos mil ducados: con que de todo se fué haciendo la prevencion necesaria para hallarse abastecido para qualquiera sitio, por largo que fuese. Reconoció las fortificaciones hechas, y mandó hacer otras, repartiendo la guardia, obras y puestos á las personas de mayor satisfaccion que tenia en su compañía.

Dispuesto todo lo necesario, llegó el Conde de Bañolo, Capitan General de la artillería y caballería del exército de Fernambuco, y Maese de Campo general de él, con ochocientos hombres á 15 del mismo mes á Villavieja, media legua de la Bahía, y teniendo aviso el Gobernador, partió á verse con él á conferir todo lo dispuesto, y asentar la forma que se habia de tener en alojar la gente. Eligiéronse los medios mas á propósito para la disposicion, prevencion y execucion de todo; y á 14 en la noche tuvo aviso el Gobernador,

que parecian muchas velas sobre Atapoan, un isleo en la entrada de la barra de la Bahía en la punta del Norte, distante de la Ciudad un quarto de legua. Púsose el exército en arma, y envió el Gobernador diversas tropas de caballos y compañías de infantería á impedir que no desembarcase el enemigo, y ocupar los puestos mas importantes para entretenerle, si consiguiese echar gente en tierra. Con los vientos contrarios se detuvo el rebelde dos dias, hasta que á 16 por la tarde entró en la Bahía con una armada de quarenta y cinco velas, veinte y cinco galeones de porte, y los demas pataches, lanchas y barcazas, y en ellas seis mil hombres de guerra, tren de artillería, y todo lo necesario para formar un sitio, á cargo del Conde Mauricio de Nasao. Fué caminando por la punta de Monserrate, y doblada se avanzó un poco adelante con intento de echar gente en tierra al anochecer, media legua de la barra de Piraja, porque no fuese ofendido de las plataformas de la barra y del fuerte de San Bartolomé.

Así como el enemigo iba doblando la punta de San Antonio y entrando por la Bahía, fuéron siguiendo nuestros tercios aquella misma vuelta hasta la barra de Piraja, donde atajados por no tener en qué pasar, saltó en tierra el enemigo, sin haber quien se lo impidiese; y por ser mala la playa, llena de abrojos y piedras, pareció á los Cabos de nuestro exército que no convenia pasar adelante, sino que se guarneciese el fuerte de San Bartolomé, como se hizo, y desde San Bartolomé á Agua de Meninos. Marchó la demas gente y la que iba llegando al ingenio del Capitan Diego Monistelles, distante dos leguas de la Ciudad, donde intentaba oponerse al enemigo.

Á 17 de Marzo por la mañana marcharon el Gobernador y el Conde con alguna caballería é infantería al ingenio, dexando la Plaza y demas puestos guarnecidos con la gente necesaria. Aquella noche ocupó el enemigo el alto del ingenio, lugar fuerte por naturaleza, y en él se fortificó. Quando llegaron los nuestros, y vieron

ocupado y fortificado aquel lugar, deseó el Gobernador desalojar al enemigo: hízose consejo sobre esto, y se resolvió, que era lo mas acertado defender los puestos exteriores de la Plaza, cortar los caminos, é impedir que no se aprovechase de cosa alguna de la campaña. Púsose todo en execucion con grande cuidado y vigilancia; y deseando el Gobernador tomar un prisionero, y no habiéndolo podido conseguir con la primera órden, propuso premios á quien hiciese este servicio al Rey; con que fuéron tantos los que se traxeron, sacándolos de dentro de las mismas fortificaciones del enemigo, que solo el Capitan Sebastian de Soto traxo de una vez quarenta Olandeses.

Á 18 tuvo aviso el Gobernador, que el enemigo venia por las campiñas camino del Arrayal viejo; y pareciendo conveniente salirle á recibir fuera de la Ciudad, salieron él y el Conde de Bañolo marchando con los tercios. Y en el barrio de San Antonio acordaron que el Gobernador vol-

viese á la Ciudad, por ser en ella necesaria su persona para prevenir lo mas importante á su defensa, y el Conde con la gente mas escogida marchase, como lo hizo, al Arrayal viejo; y reconociéndole, halló que no habia llegado á él el enemigo, y dexando la gente que pareció bastante en los mas importantes puestos del camino, con la demas marchó al barrio de San Antonio. El dia siguiente por la mañana salió el Olandes de sus fortificaciones, marchando la vuelta de la Ciudad con mucha órden por el camino del Arrayal viejo, que era solo por donde podia hacer daño, evitando el que podia recibir de las trincheras del azude. Pareció al Gobernador, que era necesario enviar luego á prevenir y ocupar el puesto de San Antonio al Maese de Campo Don Fernando de Ludeña con su tercio y otra infantería Portuguesa. Executólo así con grande valor; y visto quán importante era este puesto, y que estaba muy cerca de la Ciudad, y que si el enemigo le ganaba, era grande el daño que de él podia recibir, se

fortificó con toda diligencia, ayudando al trabajo las compañías de los otros tercios.

Viendo el enemigo ocupado el puesto de San Antonio, y la prisa con que en él se trabajaba, caminó la vuelta de la marina, y se puso en la colina del Padre Ribero, distante de San Antonio tiro de artillería, que no se pudieron en un mismo tiempo ocupar entrambos puestos, y así se acudió á lo mas importante, por juzgarse que los fuertes que habia en aquel parage podrian resistir ó entretener al enemigo, hasta que llegado mayor poder fuese cortado; pero sucedió al contrario, pues con poca resistencia se rindieron á partido los fuertes de Agua de Meninos, Taparipe y San Bartolomé, no cumpliendo el enemigo lo capitulado con ellos, haciendo mala guerra á los rendidos; con que despertó á los demas á la debida atencion de morir ántes con honra en sus puestos, que infamemente entregándolos. Habiendo tenido noticia de esto el Gobernador, mandó prender á los Capitanes; y á uno de ellos, que era extrangero, su-

cedió, que volviendo á recogerse á su casa, halló la puerta cerrada, y habiendo llamado, salió á la ventana su muger, que era Portuguesa, y natural del Brasíl, le dixo: *Que no abria puerta á hombre, que tan baxamente habia entregado el puesto que le estaba encargado; y que quando viniera hecho pedazos por haber sido en defensa de la Religion Católica y de su Rey, alegre y gustosa le recibiera.* Y continuando en otras semejantes razones, corrido y afrentado se fué retirando á los campos, donde siendo hallado, fué preso, quedando contenta la Ciudad de que ya que tenia un hombre cobarde, se hallaba con una muger valerosa.

Porque no corriese igual fortuna el fuerte del Rosario, le mandó el Gobernador deshacer, retirando la gente y artillería á la fortificacion de San Antonio, donde el Teniente de ella Francisco Perez de Soto puso dos piezas con grande trabajo y riesgo, y con otras dos que se plantaron en San Antonio, se comenzó á hacer gran daño al enemigo, y á impedir que no continuase en

sus fortificaciones, como lo hizo á los principios. Procuró el rebelde impedir el daño que recibia de este puesto, y viendo juntamente las grandes conseqüencias que se le seguian para la expugnacion de la Ciudad, si lo ganaba, en 21 de Abril á las ocho de la noche marchó derechamente á él con mil hombres, la gente mas lucida de su exército, quinientos de vanguardia, y los otros de socorro. En el camino le recibieron unas compañías nuestras, que estaban emboscadas, que aunque eran de muy inferior número de gente, pelearon con tanto valor, que solos ellos hicieron retirar al enemigo con mucha prisa, con pérdida de doscientos rebeldes que le degollaron, treinta prisioneros, y trescientos heridos. Trabajábase en todas partes por los nuestros en las fortificaciones, habiéndose hecho las trincheras de la Ciudad en ménos de quince dias, acudiendo á la obra los Religiosos, los Clérigos, estudiantes, mugeres y muchachos con grande conformidad. La obra del reducto y trincheras, que fuéron encargadas al Maese

de Campo Hector de la Calce, se continuaban siempre con gran cuidado, y las fortificaciones, que estaban á cargo del Capitan mayor Don Felipe Camaron, de cuyos puestos se hacia grande y continuo daño al enemigo. Es el Capitan mayor Camaron Indio de la tierra, de mucho valor y singular afecto al servicio del Rey: sirve con seiscientos bárbaros, y algunas veces con mas, y es utilísimo su servicio, su resolucion, aliento y séquito para aquel género de guerra.

El Conde Mauricio de Nasao, viendo lo poco que habia ganado en tanto tiempo, y quán diferente oposicion habia hallado de la que imaginó á los principios, luego que con tanta felicidad desembarcó, hizo un parlamento al exército, representando cómo en apoderarse del puesto de San Antonio consistia la facilidad de la expugnacion de la Bahía, y que ganado él, quedaba consumada la empresa. Púsoles delante la honra que de esto se les seguiria, el despojo, el saco de la Ciudad, la riqueza,

y con breve trabajo acabar la guerra con felicidad y nombre inmortal. Ponderábales el número corto de los nuestros, respecto de la gente del enemigo, los ánimos divididos entre sí, naciones émulas y discordes, los soldados mal contentos y pagados, acostumbrados á perder, los ciudadanos sin experiencia ni valor alguno, llenos de asombro y confusion, viendo sobre sí un exército tan victorioso y grande. Ofreció de parte de las órdenes rebeldes premios y honras, y dispuso que novecientos soldados de los de mas esfuerzo del exército jurasen en su mano de morir ó ganar el puesto; y alentado con esto, escogió mil y seiscientos de toda su gente, y entre ellos los novecientos juramentados. Encargóles el asalto de las trincheras de San Antonio, y el resto del exército mandó que ocupase una colina cerca de la casa quemada.

En este mismo tiempo el Gobernador Pedro de Silva y el Conde de Bañolo, viendo que con las guerras que tenia S. M. en tantas partes podia dilatarse el socorro que

tenian pedido por diferentes avisos, pusieron su defensa en la milicia con que se hallaban, que serian dos mil y quinientos soldados, fuera de la gente de la tierra y ciudadanos, animándolos con la defensa de las propias casas, mugeres, hacienda, vidas, Religion, poniéndoles delante la perfidia del enemigo, su crueldad, obstinados y rebeldes á Dios y á su Rey; que estaba librado en su esfuerzo el vivir con honra y libertad debaxo de la mano de un Príncipe justo, católico, y religioso, ó en servidumbre durísima en poder de hombres viles, hereges y tiranos. Que el número no habia que temerlo, pues éste nunca vence al valor, gente colecticia, marineros, grumetes, sin honra, sin incitamento alguno de virtud ni de honor, lo mas despreciado y soez de los Estados rebeldes. Representaba la valentía de las naciones Castellana y Portuguesa, enseñadas, no solo á vencer por guardar sus casas, que los animales mas débiles saben y suelen defender hasta la última desesperacion, sino á conquistar las naciones

mas remotas, y hacer formidable su nombre en toda la circunferencia de la tierra.

Con estas razones animados los soldados deseaban llegar á las manos con el enemigo; y tuvo cumplido efecto brevemente su deseo, porque á los 18 de Mayo á las ocho de la noche comenzó á marchar el rebelde con los mil y seiscientos hombres, encaminado al puesto de San Antonio: halló en el camino algunas compañías que estaban emboscadas, y pelearon valerosamente, deteniendo al enemigo algun tiempo; pero como era superior en gente, fué cortando la nuestra, y por medio de multitud de balas, que muy á tiempo se jugaban de las trincheras, donde asistia el Maese de Campo Don Fernando de Ludeña, el Sargento mayor Pedro Martinez con su tercio, y algunas compañías del que fué de Don Basco Mascareñas, con resolucion y ánimo grande se arrojó el enemigo en el foso, pensando con esto apoderarse de las trincheras, peleando con grande constancia, y levantado en el borde de ellas, y arrojado den-

tro de las nuestras gran cantidad de granadas y bombas de fuego, sin perdonar artificio ninguno de quantos podian conducir á su intento.

Acudieron de socorro á toda prisa al puesto de San Antonio el Gobernador, el Conde de Bañolo, Duarte de Alburquerque, Luis Barballo, Lorenzo de Brito Correa, el Teniente de la artillería Francisco Perez de Soto, y el del Maese de Campo general Alonso Ximenez, Martin Ferrera, y otros Capitanes, que con su valor y exemplo animaron á los demas soldados á rechazar al enemigo de aquel puesto; el qual viéndose muy acosado de los nuestros, queriendo esforzar y socorrer á la gente que se hallaba en el foso con la que habia dexado en la colina de la casa quemada, donde tenia ocupado puesto para asegurar las espaldas, é ir enviándola de refresco á la parte que fuese necesaria, se le opuso el Maese de Campo Juan Ortiz con su tercio y su Sargento mayor Don Juan de Estrada, que se hallaban con algunas compañías del ter-

cio de Portugal de Fernambuco, todo á cargo de Luis Barballo, en las emboscadas prevenidas para acudir á este intento; los quales rompieron el exército contrario, haciéndole volver las espaldas con gran pérdida de gente, señalándose en esta ocasion el Capitan Don Gregorio Cadena Vandeira de Melo, que recibió cinco balazos, aunque ninguno de peligro, y el Capitan Don Pedro de Roxas, quedando mal herido el Capitan Antonio Rodriguez.

Viendo los nuestros que duraba siempre la pelea en el foso, se resolvió que el Maese de Campo Luis Barballo saliese fuera de las trincheras á pelear con el enemigo y desalojarle de él; y executándolo luego salió por el dique de la casa quemada con los Sargentos mayores Antonio de Freytas de Silva, Francisco Duarte y otros: dieron al enemigo de través, y al mismo tiempo de frente los de las trincheras, donde se peleó grande rato con singular valor de ámbas partes, hasta que el enemigo no pudiendo resistir se puso en huida, despues de haber

peleado tres horas en el foso. Acudió con su tercio del sitio de las Palmas á este tiempo el Maese de Campo Hector de la Calce, que aun tuvo lugar de dar dos cargas al enemigo al tiempo de su retirada. Luego tocaron al arma en los fuertes de San Diego y San Antonio, donde el rebelde con doce barcazas hizo demostracion de acometer; y aunque á nuestra gente les puso en algun cuidado, pero el Proveedor mayor del Estado del Brasíl Pedro Cadena de Villasanti, y Pedro Correa de Gama, que estaban en la Plaza de armas con otros Capitanes y soldados, enviaron un recado á los Generales, que no tuviesen cuidado, porque ellos socorrian aquellos puestos, como lo hicieron con las compañías que estaban de la parte de San Benito, que con gran presteza fuéron á ocupar la playa para impedir que el enemigo echase en tierra su gente.

Toda aquella noche se asistió en nuestros quarteles, y luego que amaneció llegó un trompeta del Conde de Nasao á pedir

suspension de armas para retirar y enterrar los muertos. Concediósele, y fué en rehenes de nuestra parte el Capitan Pedro de Arenas, quedando de la suya otro Capitan. Entregáronsele trescientos y veinte y siete muertos, que el Gobernador mandó llevar en carros, demas de otros muchos que no quisieron recibir, habiendo sido los que murieron en esta noche sola setecientos, y entre ellos ocho Capitanes, y mas de quinientos heridos. De los nuestros murieron sesenta y dos, y salieron heridos ciento y nueve, y Sebastian de Soto, que murió dentro de pocos dias; y los heridos particulares fuéron los Capitanes Antonio Rodriguez, Antonio Montero Becerra, Don Juan de Tobar, Juan Paez de Melo, el Sargento mayor Antonio Freytas de Silva, y algunos otros Alféreces y Sargentos reformados.

Metió el enemigo en las trincheras y Ciudad mas de dos mil y quatrocientas balas, sin que con ellas ofendiese á persona alguna, habiendo hecho grandes ruinas en casas y Conventos diferentes. Fuése conti-

nuando de nuestros puestos la ofensa del enemigo; el qual para asegurarse en la parte que se habia retirado hizo cuevas en la tierra, y otras prevenciones y fortificaciones, á las quales pareció al Conde de Bañolo se diese un asalto real para hacer esta faccion mas gloriosa; y habiéndolo entendido el rebelde de dos prisioneros que tomó, levantó un trincheron alto, para que de ninguna parte pudiesen ser vistos sus movimientos; y siendo la noche del 26 muy tormentosa, habiéndose disparado dos piezas, resolvió no detenerse un punto, y vergonzosamente se embarcó con tanta prisa, que dexó en el quartel muchos bastimentos, y en los fuertes de Agua de Meninos, Monserrate y San Bartolomé, que tambien desampararon, toda la artillería, municiones y armas que en ellos habia. Executó el rebelde en quantos moradores pudo coger de aquel distrito notables crueldades, como lo habia hecho en las salidas y entradas, sin perdonar mugeres, viejos y niños, pasándoles á todos á cuchillo.

Cobrando nuestra gente las fortificaciones que tenia ocupadas, halló en el fuerte de Agua de Meninos una pieza de artillería de bronce, otra de hierro, y en el de Monserrate cinco piezas de hierro, en el de San Bartolomé quince, y en el quartel donde se fortificó seis de bronce con todos los pertrechos de guerra, fábricas del exército, é instrumentos de campaña. En 27 estuvo el enemigo embarcado sin hacer ningun movimiento; y á la tarde envió á un trompeta con un Ayudante nuestro que tenia detenido con doce de los prisioneros que llevaba, pidiendo los suyos. El Gobernador no los envió por haber hecho el Conde de Nasao mala guerra, faltando á la palabra en no haber entregado los soldados del Capitan Bedoya, que tomó en el fuerte de San Bartolomé, y haber tirado con balas venenosas. En 28 por la mañana se hizo á la vela, sin esperar que volviese el trompeta, con pérdida de dos mil hombres entre muertos, prisioneros y heridos. De nuestra parte murieron ochenta, y quedaron heridos

ciento diez y seis. Y habiendo llegado un navío nuestro cerca del fuerte de San Antonio, que iba de la Ciudad de Oporto al tiempo que iba saliendo el rebelde, enviando el Gobernador doce lanchas con cincuenta mosqueteros, le traxeron y metieron en el Puerto de la Ciudad, sin que el enemigo intentase ofenderle.

CAPÍTULO XXIX.

Bolcan extraño que pareció por Junio en la Isla de las Terceras.

Retirado el enemigo con pérdida de gente, reputacion y artillería de la Ciudad de San Salvador del Brasíl, y concebidas las buenas esperanzas que se deben tener, de que la armada que estaba prevenida en Portugal, hallando los sucesos de aquella guerra en tan buen estado, ha de obrar los efectos que se esperaban en el servicio del Rey, y reputacion de sus armas; ántes de volver al sitio y socorro de Fuenterrabía,

no será fuera de propósito el referir de paso el bolcan extraño que en la Isla de las Terceras pareció por Junio de este mismo año, pues tambien se puede tener por suceso de guerra el pelear entre sí los elementos. Á 26 de Junio comenzó á temblar la tierra de aquellas Islas, señaladamente la de San Miguel, que es donde asiste el Gobernador; de manera que con la concusion grande de los edificios, temblor del suelo, y el terror que causa este linage de calamidad á los mortales, desamparaban sus casas, y salian á los campos, no teniéndose aun en ellos por seguros. De allí á algunos dias se vió á dos leguas de la misma Isla, dentro del mar en mas de ciento y sesenta brazas de profundidad, vomitar inmensa materia de fuego, sacudido el peso infinito de las aguas que tenia sobre sí con la violencia de este activo y poderoso elemento, llenando de nubes, humo, confusion y asombro todo aquel orizonte, despidiendo y levantando al Cielo tanta multitud de piedras envueltas en ceniza con pedazos tan grandes de esta impu-

ra materia, que habia algunos iguales á montes de inmoderada grandeza, los quales levantaba la violencia del fuego algunas lanzas sobre las ondas mismas de la mar, y volviendo á caer, parte resuelta en polvo, y parte condensada y ponderosa, vino á formar un isleo de legua y media de largo, y sesenta brazas de alto, donde habia ciento y cincuenta de profundidad.

Penetró el caliente humor que el bolcan despedia de sí los senos de las aguas, quemando dentro de ellas tanta cantidad de peces, que sacudidos despues á la ribera, escriben los vecinos de aquella Isla, que podian llenar dos naos grandes de la India, que suelen ser de mas de mil y doscientas toneladas. Las causas naturales de tan prodigiosos efectos las tratan bastantemente los Filósofos, si bien son muy raros los que se hallan escritos con tan admirables circunstancias. Las que nosotros podiamos especular, así morales, como sobrenaturales, no dexan de dar bastante indicio de la ira de Dios sobre los hombres; pues al tiempo que

tan ciegamente se combaten unos á otros sobre la superficie de la tierra casi en todas las partes del mundo ; en la Asia entre Turcos y Persianos con tan poderosos exércitos; en la África los Bárbaros entre sí y con los Moros y Turcos ; en la América contra nuestras armas los rebeldes Araucanos , y otros bárbaros y Gentiles, oponiéndose á la verdadera ley ; en la Europa Católicos contra Hereges , y lo qué peor es , Católicos contra Católicos : suelta Dios tambien en los profundos senos de la tierra los mismos elementos, dexándoles que tengan entre sí tan fiera concusion y pelea , que el fuego venciendo al agua , manifieste la justicia de Dios contra los que fueren causa de estas miserias , señaladamente aquellos que posponiendo la paz de las gentes á la ambicion propia , y la causa de la Religion Católica y gloria de Dios á la ansia de extender su poder , y de usurpar lo ageno, revuelven el mundo con tan grave daño de la verdadera Religion , y aumento de los que divididos de la Iglesia Romana crecen á la sombra de nuestras discordias.

CAPÍTULO XXX.

Prosigue el sitio de Fuenterrabía.

Con el suceso de haber quemado los doce navíos la armada Francesa en el Puerto de Guetaria , pudo alterarse la resolucion que tenian el Almirante y Marques de los Velez de acercarse con su exército á las trincheras del enemigo , pareciendo muy verisímil , que hallándose con mas de sesenta baxeles el Frances , y un exército tan grande como el que tenia sobre Fuenterrabía, intentaria sin duda tomar por mar y por tierra los Pasages , Lezo , Rentería , y los demas puestos que habia desamparado ; con que no solo volvia á hacerse señor del Puerto del Pasage , que es el mejor de aquella costa , sino á tener en continuo cuidado á San Sebastian , y hallarse en fácil disposicion para mayores progresos , con que dexaria cortado al Marques de Mortara en la montaña , ó haria mas fácil desalojarle ó romperle. Á esta causa enviaron los Generales

Almirante y Marques gente para que defendiese los puestos del Pasage y Rentería, y al Coronel Don Diego Isasi y á Don Antonio Gandolfo para que reconociesen lo que se podria obrar prontamente para su defensa: fuéron, y les pareció conveniente poner una cadena en la boca del Puerto, y que con la artillería que para esto se traxo de San Sebastian se pusiesen algunas baterías en tierra, y se acomodase de manera, que se pudiese defender contra la mar, que era lo que entónces tenia mas riesgo. Executóse así, y quedó este puesto á cargo del Sargento mayor Don Miguel de Beroiz, hasta que viendo que parte de la armada del enemigo se volvió al canal de Fuenterrabía, y el otro trozo quedó siempre á vista de Guetaria, se ordenó al Maese de Campo Don Juan de Chauri, que estaba con su tercio embarcado en los ocho baxeles surtos en San Sebastian, y al Gobernador Feyjoó, que los gobernaba en lo que tocaba al mar, se viniesen al Puerto del Pasage, y poniéndose en la boca de la entrada aseguró aquel cuidado.

Á este tiempo llegó de Cataluña el regimiento de la guardia de S. M., cuyo Coronel es el Conde-Duque; y por tener órden el Marques de Mortara para gobernarle, y ser Teniente Coronel, pidió al Almirante mandase que subiese este regimiento al puesto que tenia ocupado, así por ser la gente de tan buena calidad, como porque tuviese lo que le tocaba, que era la vanguardia. Ordenólo así el Almirante; pero mandó que el tercio que tenia el Marques, en que (como se ha dicho) iba la nobleza de España, que sirvió en esta ocasion á S. M., se aquartelase abaxo, incorporándose con todo el exército. Tambien llegó luego el Maese de Campo general Gerónimo Roo, y consecutivamente el regimiento del Conde de Aguilar con trescientos Napolitanos, gente muy escogida del tercio del Maese de Campo Don Leonardo de Moles, y quinientos hombres de la armada Real, á cargo del Capitan Don Alonso de Salamanca.

Habiendo llegado esta gente, partieron

el Almirante de Castilla, el Marques de los Velez, y los Maeses de Campo generales Marques de Torrecusa y Gerónimo Roo al puesto del Marques de Mortara; y llegando á la Ermita de Santa Bárbara, reconocieron desde ella los quarteles del enemigo, la Plaza, y los ataques y fortificaciones, y vieron en el valle abaxo tres llanos en un poco de altura, cubiertos del puesto de Santa Bárbara, muy cerca de los quarteles Franceses. Aquí parecia conveniente que el grueso del exército se aquartelase, enviando alguna parte de él á la vista de Irun, y de allí se pondria en cuidado al enemigo, siendo así que los bosques que habia delante mandados del puesto hacian el sitio muy fuerte. Podíase venir á él con mucha seguridad, enviando emboscadas delante, por ser muy doblada la campaña, y aquartelándose en ella el exército, se ganaria la eminencia del enemigo, y sustentaria fácilmente. Tomóse por entónces resolucion de enviar al mismo puesto que habian reconocido dos compañías de caballos; con que

las escaramuzas por aquella parte se iban continuando mas freqüentemente, y mucho mas despues que entendió el enemigo que habia llegado el regimiento del Conde-Duque, al qual llamaba muy freqüentemente en él al Marques de Mortara para que les embistiese, acordándole la faccion de Leucata.

Entretanto que se iba encaminando y disponiendo el socorro, no cesaba el enemigo de batir la Plaza, usando de quantos medios pueden imaginarse para estrecharla; y quando los de ella se hallaban tan fatigados, como se dexa entender, cobraron algun consuelo con las nuevas que á los 20 de Agosto tuvieron del Almirante en la carta que traxo el Gascon, de que muy presto les socorreria, enviándoles una instruccion del modo con que se habian de comunicar con la gente del puesto de la montaña de Santa Bárbara, que el Marques de Mortara habia ocupado.

Tenia muy adelante el enemigo una mina, que les daba mucho cuidado, y se or-

denó al Alcalde Diego de Butron que la contraminase : executólo así, y halló que habia cerrado la boca de la comunicacion el Frances con grandes piedras y con mucha cantidad de talegas de greda, reconociendo que las centinelas del cubo no estuvieron tan atentas como debian, pues dexaron trabajar al enemigo toda la noche; creyóse que la habia cerrado para quitar la comunicacion, y los de adentro, sin noticia del engaño, comenzaron á desembarazar la mina, sacando mas de quarenta quintales de piedra y setenta talegas de greda, asistiendo dentro de la contramina el Alcalde Diego de Butron muchas horas con increible valor y constancia, siendo el riesgo muy conocido. Envióse á este tiempo á dar prisa al Alférez Don Francisco del Molino al trabajo de la contramina; y á las dos de la tarde, al tiempo que comenzó el Frances á tirar bombas á la Plaza de armas de la muralla, llegó tambien el Padre Isasi á solicitar el trabajo de los nuestros. Luego salió de la contramina Don Francisco del Molino, informando lo que habia dentro.

Dió el enemigo á este tiempo fuego á la mina, y por la boca que estaba hecha por la parte de la Plaza salió un bolcan de piedras, tierra y fuego tan grande, que voló los siete hombres que estaban dentro de ella trabajando, y los hizo pedazos, sin que ninguno quedase vivo, derribando tambien á Don Francisco del Molino y al Padre Isasi, los quales quedaron maltratados, aunque sin herida. Al punto se entró á reconocer el efecto que habia hecho en la muralla, y hallaron que no hizo brecha bastante, porque la carga se volvió contra el enemigo, haciéndole grandísimo daño, y matando muchos Franceses. Arrimóse nuestra gente á la muralla, y los Irlandeses se pusieron en la cortina que está pegada al cubo, por ser aquel puesto el que les tocaba, como tambien el de la casamata de aquel lado : púsose la gente de las demas compañías en la trinchera, que franqueaba la entrada de la casamata con las cuerdas caladas, porque el enemigo no avanzase. Acu-

dieron todos los reformados con mucho aliento, y los dos Capitanes Irlandeses Don Daniel y Don David. Jugaba el enemigo su artillería con grande furia, é hizo frente á la muralla con trescientos infantes Franceses de los mas escogidos, encaminándolos al foso; y en las casas de la marina puso un crecido esquadron, avanzándole hasta la muralla, dexando de resguardo una buena tropa de caballos. Mostráronse con gran resolucion los de afuera al acercarse, y los de adentro al defenderse.

Viendo el enemigo que no habia brecha en la muralla bastante, trató de retirarse, siendo cierto que tuvo tanta esperanza en esta mina, que vinieron muchas mugeres de Endaya de Francia al saco, creyendo se tomaria aquella tarde la Plaza.

Á 21 de Agosto viendo el Frances el poco efecto de la primera mina, comenzó á caminar con nueva galería un poco mas abaxo para minar en el mismo cubo, haciendo siempre grande esfuerzo en romper por esta parte la muralla; para esto hizo

tres galerías: la primera hácia el ángulo, pero llegando á la mitad del foso lo impidió el agua: lo mismo le sucedió en la segunda; y en la tercera arrimó tablones gruesos y otros artificios de madera, pareciéndole que si abria camino avanzaria la gente, sin que los nuestros le pudiesen ofender.

Á 22 los de adentro trabajaron en la segunda contramina, haciendo principio en la primera por donde se habia quebrantado la muralla, y dentro de tres dias con grande dicha se encontró por la contramina con el enemigo, cogiéndole por travesía.

Á los 23 comenzó á picar en la parte del baluarte de la Reyna en dos partes distantes una de otra, como dos picas y media, sin que los de la Plaza, aunque peleaban incesantemente de noche y de dia con bombas, piedras y cañonazos, matándole mucha gente, pudiesen embarazar que llegase á picar la muralla.

Esta noche hizo el enemigo salva general con la mosquetería, comenzando de los quarteles de Mendelo; y creyendo muchos de

de los que estaban en la Plaza que peleaban con nuestro exército, acudieron á la muralla á reconocerlo. Prosiguió el enemigo la salva en los demas quarteles y en Endaya, y siguiéndose despues la artillería, se conoció que era alguna fiesta que solemnizaba, sin que entendiesen los de adentro la causa, hasta que á los 24, dia de San Bartolomé, les habló el Marques de Gebre desde las trincheras, diciéndoles que habia sido la salva por la quema de nuestra armada, añadiendo el Marques: *¿Qué era lo que pretendian hacer?* Á que respondieron los de adentro: *Que defenderse ó morir.* Replicó él: *Que el morir era bien quando se seguia algun fruto en ello; pero quando no, ¿para qué?* Y el Capitan Don Daniel respondió: *Que para morir con honra*; con que se retiraron, quedando con algun desconsuelo en la Plaza de la pérdida de nuestros navíos, pero sin primer movimiento de rendirse.

CAPÍTULO XXXI.

Valor raro de Bernardo Bardones.

A 25 de Agosto, despues de haber hallado la mina segunda, anduvieron mas cautos los de la Plaza, porque no les sucediese lo que en la primera, y así procuraron hacer tan capaz la contramina, que el Frances no la pudiese cerrar. El qual puso cantidad de bombas y barriles, y atacando ligeramente la boca de la mina, dieron fuego á la tarde; pero sin mas efecto que arrebatar el fuego á un soldado, que se llamaba *Bernardo Bardones*, y sacarlo fuera de la Villa por la boca de la primera mina; el qual sin turbarse (valor bien extraño) tomó el camino para la estacada de la Plaza; y un Frances, hallándole pegado á sus trincheras, le dió con un chuzo por las tripas, y se las echó fuera, y no obstante la herida, con las tripas en la mano llegó nadando á la estacada, entró en la Plaza, y despues curó de la herida.

Este mismo dia hablaron los de Endaya con los soldados de la Plaza, persuadiéndolos á que se rindiesen; y dióse órden que no se respondiese desde las murallas al Frances, supuesto que era el intento morir ántes que rendirse.

Á 26 de Agosto formó el enemigo otra galería de barricas terraplenadas, sin abrigo de espalda alguna, por no haber través que la pudiese ofender: todavía se le ofendió á los principios con la mosquetería; y el Alférez Lesaca con un arcabuz de caza, no obstante que tiraba descubierto, por estar la muralla sin parapetos, mató mas de treinta Franceses, y entre ellos gente de cuenta. Viendo los de adentro que la parte de la Magdalena quedaba libre, y que en la de la Reyna trabajaba el enemigo, resolvieron de comenzar á los 27 la retirada de la Reyna, porque el Frances iba caminando mucho mas con las minas, y si no llegaban á la contramina, estaban ya bien cerca.

Esta retirada se hizo en tres dias, ayudando las mugeres á terraplenarla. Trabajóse tambien en retirar la artillería, que estaba desencabalgada en lo alto del terrapleno de la Reyna, y abrióse en el grueso de la muralla de la Magdalena una tronera, para poner un medio cañon contra la galería que habia hecho el enemigo, y prosiguióse la espalda que estaba sobre el terrapleno de los cestones, para alojar otra pieza grande contra sus intentos. En estos dias no tuvieron los de la Plaza aviso ninguno del Almirante y Marques de los Velez, y estaban con gran cuidado de saber si habia llegado la gente de Perpiñan, por esperar que con ella se dispondria el socorro, y les sacaria del cuidado en que cada dia les iba poniendo el Frances; y para esto trataron de enviar á Don Miguel de Ubilla, y porque diese cuenta al Almirante como ya se gastaban en la Plaza dados de hierro, y el estaño se guardaba para los arcabuces, y para tirar con los mosquetes á puntería. Acabóse de acomodar la pieza en la Magdalena, y tratóse de aderezar un cañon entero para ponerlo contra el baluarte de la

Reyna, en que trabajaron el Capitan Juan de Urbina y Andres de Izurrain con particular cuidado.

Caminaba el Frances con su galería hácia el orejon de los cestones que miraba á la Magdalena para volarle, y descubrir con su artillería nuestras retiradas; pero ofendíasele siempre de la Plaza, y desde este puesto y de los demas habia muerto nuestra artillería y mosquetería tantos enemigos, que se creía pasaban de mil y quinientos los que habian perecido hasta entónces.

Á 28 salió de Fuenterrabía Don Miguel de Ubilla con cartas para el Almirante, acompañado de otro soldado, y no tuvo efecto su intento, porque las centinelas del Frances lo reconocieron, con que se volvió á la Plaza; y este dia y el siguiente la batió el enemigo con grande cantidad de balas y bombas, y acercándose á la muralla con su galería, queriendo picarla, se lo estorbaron los nuestros con bombas y piedras, matándole alguna gente. Tambien se trabajó en labrar dos estacadas junto á la Reyna para

cortar aquel baluarte, y recibir al Frances con la mosquetería, si acaso le ganase; el qual arrimando gran cantidad de maderos, comenzó á picar en dos partes la muralla, la una junto al orejon, y la otra hácia San Nicolas. Los de adentro comenzaron tambien á trabajar en sus contraminas; y esta noche el Capitan Don Daniel, Irlandes, soldado de mucho valor, aunque de mucho donayre, dixo á los Franceses que estaban en las trincheras, *si traían los calzones largos, como solian: dixeron que sí.* Preguntándole, que por qué lo decia, respondióles el Capitan, *que para avisarles que buscasen tixeras para cortarlos, porque siendo tan largos, no sabia cómo habian de huir.*

Á 29 se comenzó por los nuestros una nueva espalda contra las minas que en los cestones trabajaba el enemigo; y porque estos dias avanzaba gente por los manzanales, y se creyó trataban los de afuera de dar fuego á las minas, se asistió con particular cuidado en la Reyna, ordenando el Gobernador Domingo de Eguia al Capitan Don

Juan Esain, que con su gente viniese de la estacada al baluarte de la Reyna, quedando á su cargo y del Capitan Don Juan de Beaumont, y que en la estacada asistiese el Capitan Nicolas de Bransolo con la gente que traxo y con otros quarenta agregados; y así se executó, asistiendo en aquel rebellin con grande valor hasta que se socorrió la Plaza.

Á 30 de Agosto por la mañana envió el Príncipe de Condé al Gobernador y soldados de Fuenterrabía un tambor, al qual se recibió en la Villa, cubriéndolo á la entrada la vista, y llevándolo al castillo, donde acudió el Gobernador, la Villa, el Sargento mayor y Capitanes, dió un papel en Frances, que traducido decia:

El Príncipe de Condé, mi Señor, General de las armas del Rey, su Soberano Señor.

Habiendo reducido á Fuenterrabía á estado de tener necesidad de su bondad, por la fuerza de las armas, y por medio de muchas minas que están aparejadas para volar, cuyo efecto le dará la entrada en la Plaza, y de-

seando que no se siga una ruina, qual de ordinario sucede en las Plazas que se ganan por asalto; su Alteza envia este tambor á notificar al que manda la Plaza para que la resigne en sus manos, conforme las capitulaciones que gustare otorgarles, así al Gobernador, como à los soldados de la guarnicion y sus vecinos, ofreciéndoles, para que vean el peligro que corre la dicha Villa, de hacer reconocer á los que se señalaren para este efecto de parte del dicho Gobernador el estado que tienen las minas. Despues de lo qual su Alteza les declara no esperen alcanzar ninguna gracia de él, ántes todo el rigor que la hostilidad de la guerra hace sufrir á los que una ciega obstinacion lleva hasta aguardar el último trance. Ademas que han de pensar que han hecho todo lo que gente de bien y fieles vasallos deben hacer; y que las tropas que han venido para socorrerles, están imposibilitadas de hacerlo por razon de su flaqueza, y las grandes fuerzas y trincheras que les tiene á su oposicion, mostrándoles sus designios; lo qual su Alteza tambien ofrece hacerlas ver: fuera de que la armada

naval, y los hombres que están en los baxeles destinados para el socorro de la dicha Plaza están todos deshechos. En el campo á 30 de Agosto de 1638.

No tardaron mucho en conferir ni resolver el Gobernador, Capitanes, Alcaldes y vecinos de Fuenterrabía; porque ni las amenazas del General, ni el conocimiento de haber llegado hasta lo posible con la defensa, ni la contingencia del socorro, les dió primera imaginacion de rendirse; y así de conformidad se respondió con el papel siguiente.

El Maese de Campo Domingo de Eguia, Gobernador de Fuenterrabía.

La de V. Alteza se ha recibido de mano de este tambor, y queda entendido lo que contiene: y agradecidos de la advertencia que V. Alteza nos dá, habiendo consultado con la Villa, Sargentos mayores y Capitanes que hay en ella, lo que hemos resuelto es, que V. Alteza vuele las minas quando mandare, y disponga en ellas y en lo demas como le pareciere, que aquí estamos resueltos á resistir y ha-

cer lo que se debe á lealísimos vasallos de nuestro Rey y Señor Don Felipe IV. (que Dios guarde), en cuyo Real nombre y servicio, en defensa de esta Plaza, todos, mugeres é hijos estamos dispuestos á morir ántes que entregarla á V. Alteza, ni á otro que tuviere el gobierno de las armas del Christianísimo Rey de Francia; y en órden á ello V. Alteza disponga lo que fuere servido. Guarde Dios á V. Alteza felices años.

Remitido este papel por mano de su tambor al Príncipe de Condé, quedaron los de la Plaza amenazados con el mismo valor y resolucion que se pudieran hallar socorridos. El Capitan Don Daniel solia decir, *que habia de defender él solo un asalto por la Fé, otro por el Rey, otro por la Villa, ótro por la Metresa, otros tres ó quatro por los amigos.* Á este mismo tiempo se iba el Frances fortificando junto á nuestra Señora de Guadalupe, y acabadas dos fortificaciones guarnecidas de artillería, dispuso barracas para alojar la gente, por las muchas aguas que hubo estos dias, con las quales

se le descompusieron al enemigo las trincheras, y á los de la Plaza les fuéron utilísimas, porque llegó á faltar el agua de manera, que bebian así como comenzó á llover de la que hallaban en los hoyos que hicieron en la Plaza las bombas del enemigo, y con la que estos dias cayó se llenaron las cisternas, y se refrescó y alentó mucho la gente.

Á 31 de Agosto al amanecer se acabó de acomodar en la Plaza una pieza de quarenta libras, que mira á la Reyna: cuidóse de hacer balas, y prevenir las demas cosas necesarias para quando el enemigo hiciese brecha, aunque siempre pareció, que no habiendo pasado la contramina con las dos minas que traía, habian de quedar cerca de diez pies de muralla, hallándose en suspension los cercados del efecto que harian las minas.

El dia primero de Septiembre á las ocho de la mañana sintieron venir rastro de fuego, y al punto voló casi toda la frente del baluarte de la Reyna, rompiendo una pared

de mas de veinte y dos pies de grueso; pero fué de manera, que no podia entrar fácilmente el enemigo por ella, por quedar entre la muralla que habia desde la contramina adentro.

Luego se avanzaron los de la Plaza á defender la muralla; pero mucho mas á la contramina, por ver que el Frances intentaba alojarse en ella, y en su defensa pelearon todos con mucho valor, señalándose este dia Don Juan Esain y su Alférez Domingo Valardi, el Capitan Don Daniel y los Irlandeses, porque pelearon dentro de la contramina entre una espesa humareda de pólvora con intolerable olor y notorio peligro. Asistió mucho dentro de la contramina el Sargento mayor Osoro, que baxó con gente de refresco diversas veces, peleando y animando á los demas, y ordenando él solo todo lo que se obró y dispuso dentro de ella. Este dia tambien se señaló mucho el Capitan Adrian Pulido y otros, que pelearon seis horas, hasta que el Frances cerró la boca de la contramina que for-

mó la brecha con maderas y faginas, quedando alojado dentro, y principalmente en el pedazo que quedó hácia San Nicolas.

Ordenó el Gobernador que se fortificase la contramina, y no se halló forma para hacerlo, porque el enemigo se habia asegurado de los de la Plaza, y los de ella del enemigo; pero entraron los cercados en nuevo cuidado de lo que podia intentar por dos puertas que habia dentro de la contramina debaxo del terrapleno de la casamata que mira á San Nicolas, que ántes del sitio estaban terraplenadas, y con su pared de mampostería: abriéronse por la parte de dentro para dar comunicacion á la casamata, y para que quando el Frances diese fuego á la mina, perdiese su fuerza la pólvora, respirando por aquella parte. Temióse que minase el Frances por allí, y tratóse de hacer una zanja para descubrir las puertas, en que trabajaron cincuenta hombres, los veinte y cinco soldados, y los demas de la Villa. Tambien recelaban los de adentro que el enemigo minaria la mura-

lla que habia quedado al terrapleno despues de la primera mina, y para atender á esto habia centinelas duplicadas en la contramina, y el Frances de dos troneras que dexó hirió muy mal á dos de los nuestros. Á este tiempo oyeron que el enemigo clavaba estacas, y que picaba la muralla, porque aquella noche y los dos dias siguientes trabajó en hacer dos minas, con que voló buena parte de la muralla.

Proseguíase tambien incesantemente la espalda de los cestones, y púsose un pedrero en un lado del parapeto, á quien tiraban los Franceses algunos cañonazos. Y quitaron la batería que tenian en la marina muy en favor de los nuestros, por haber dexado libre la pieza que barria el foso y frente del baluarte de la Reyna. Continuábase la nueva contramina, teniendo en gran suspension lo que el Frances obraria en la de la Reyna, y en los demas medios que intentaba para la expugnacion, que eran quantos pueden imaginarse.

Al tiempo que los de la Villa se de-

fendian con este valor, el Almirante y el Marques, dispuesto todo lo necesario á los últimos de Agosto para intentar el socorro, enviaron á llamar al de Mortara á su quartel, y se formó junta, en que concurrieron con los dos Generales, Almirante y Marques de los Velez, los dos Maeses de Campo generales Marques de Torrecusa y Conde Gerónimo Roo, el Gobernador general de la artillería Sebastian Granero, Don Diego de Isasi, el Marques de Mortara, y los Tenientes de Maeses de Campo generales Don Diego Caballero y Don Antonio Gandolfo.

El Almirante propuso la necesidad del socorro de Fuenterrabía, lo que S. M. encargaba con repetidas cartas, quánto sería de su servicio que en todo caso se consiguiese, lo que escribia el Conde-Duque á cada uno de los que allí asistian: que habia llegado la gente de Cataluña sobre la que habia en el exército; con que no parecia inferior el nuestro al de los enemigos: quánto merecian los de la Plaza que se aventurasen por su socor-

ro, quando ellos tanto mas de lo que parecia posible habian obrado en su defensa: el crédito de las armas del Rey en socorrerla: el descrédito en que se perdiese á la vista de tan grande exército, y de Capitanes de tal experiencia y valor, quales concurrian en él y en aquella Junta; y que así se discurriese en lo mas conveniente quanto á la forma de la execucion de este intento, supuesto que no podia dudarse que era justo y preciso en qualquier manera disponer el socorro.

Dividióse en pareceres la junta, siendo unos de opinion, que era bien que desde luego se fuesen á reconocer los puestos de Irun por personas de valor, aunque se arriesgase el perderlas, y que se escogiesen mil y quinientos ó dos mil hombres de la gente mejor de todos los tercios, é intentasen por aquella parte la faccion, sin moverse todo el cuerpo del exército. Los que seguian este parecer ponderaban las fuerzas del enemigo, que su gente llegaba á diez y ocho mil hombres, y mil y quinientos ca-

ballos ; mas superior el número , y los regimientos mas viejos que los nuestros , fatigados en el sitio, pero exercitados en él aunque á los principios llegaron visoños los que ya serian valientes soldados: que si se empeñaba todo el exército con el deseo de socorrer la Plaza , era contingente algun suceso desdichado , con el qual no solo se rendiria Fuenterrabía , sino que volverian á cobrar á Rentería , Lezo y los Pasages , caeria la Villa de San Sebastian, quedando en contribucion la Provincia , y por ella el camino abierto á Navarra. La fuerza del exército era la que habia de intentar el socorro, pues los visoños y milicias agregadas del Reyno mas servirian de confusion á los nuestros, que de daño ó terror al enemigo. Si con dos mil hombres viejos no se socorria la Villa por un quartel , no habia que esperar de todo el exército, siendo dificultosa empresa , aun para los soldados mas exercitados, embestir al enemigo en sus trincheras , y mas hallándose fortificado con dos meses de tiempo , sin tener que recelar salidas de la Plaza , estando tan falta de gente , debiendo prudentemente ponerse á los ojos , no solo la defensa de Fuenterrabía , sino la de tantas Provincias , Ciudades y Villas como cubria este exército por aquella parte de España.

Otros eran de parecer que toda nuestra gente infantería y caballería debia acercarse al enemigo , y dándole arma por todas partes , intentar por una el socorro : y era esto conforme á lo que S. M. y el Conde-Duque con diferentes cartas y órdenes habian advertido y dispuesto. Fundábanse en el valor de nuestras tropas , donde consideraban mas de cinco mil soldados viejos , Caballeros y personas particulares , los Cabos valerosos y experimentados , defendiendo nuestras casas , y siendo nuestro el suelo que pisamos. Los Franceses fatigados del sitio, gente colecticia y armada por fuerza , con ansia y deseo de volver á su tierra , nacion á quien no endurece , ántes enflaquece el trabajo , de cuyos acometimientos solo pueden dar cuidado los primeros. Poníanse en con-

sideracion las órdenes precisas de S. M., y sobre su servicio el gusto que se le daria en el socorro: quánto sentiria que gente que tanto valor habia mostrado en la defensa de la Plaza se perdiese: el descrédito de nacion tan valerosa como la nuestra, si á vista de tantos Españoles se la llevase el Frances, introduciendo en España una guerra sumamente embarazosa y sensible, y que habia de retardar tanto los socorros á las armas de afuera. Conducia mucho al intento los avisos que habian venido de Flandes y de Italia, donde todas las facciones de los Españoles las habian executado este año dentro de las trincheras y fortificaciones enemigas: si habiamos de tener ménos esfuerzo en nuestras mismas casas del que mostrábamos en las agenas, no creyéndose que así se hubiese atrincherado el Frances, como lo sabe hacer el rebelde. Que si por una parte sola se embestia al enemigo, no tocándole arma, ni acercándose el exército por otras, seria grande la desigualdad con que pelearia el trozo de nuestra gente que inten-

tase el socorro, porque no divertido el exército Frances reforzaria el quartel embestido, y vendrian á pelear dos mil Españoles contra diez mil Franceses, y en sus fortificaciones.

Oidos los pareceres, resolvieron el Almirante y Marques seguir este último y las órdenes de S. M.; y porque se juzgó conveniente en su execucion aquartelarse nuestro exército en los llanos que se reconocieron de la Ermita de Santa Bárbara, en la eminencia que defendia el Marques de Mortara, se le ordenó que se volviese á su puesto, y que los dos Maeses de Campo generales con Don Diego de Isasi, Cárlos Guasco y Don Gerónimo de Tutavila, y los Tenientes de Maese de Campo generales Don Diego Caballero y Don Antonio Gandolfo, y el Sargento mayor Don Benito de Quiroga fuesen á reconocer los caminos para ir á los puestos que se habian elegido, acercándose lo posible al enemigo, para ver mejor informados lo que se podria executar, en conformidad de lo que el Conde-Duque

tambien habia prevenido y advertido en sus cartas con el conocimiento que tenia de aquellos puestos desde que fué con S. M. á Irun, y con particular atencion los habia reconocido.

Partieron á esto el dia siguiente, llevando delante algunas emboscadas, por si intentase el enemigo impedirlo, y por la eminencia les iba cubriendo con golpe considerable de mosquetería el Marques de Mortara, habiendo por arriba reforzado la escaramuza con el Frances para mayor seguridad de los que iban por abaxo. Volvieron los Maeses de Campo generales Marques de Torrecusa, Gerónimo Roo, y los demas Cabos que habian ido con ellos de reconocer estos puestos; y confirióse otra vez sobre la execucion del socorro, resolviendo, que el exército subiese á las eminencias del monte de Yasquivel, enviando á Don Pedro Giron con dos mil infantes á dar vista al quartel de Irun, y que fuese con mil y quinientos el Maese de Campo Antonio de Espejo por la falda de la montaña hácia los

quarteles baxos del enemigo, volviéndose el Marques de Mortara á conservar su puesto.

El dia siguiente, que fué á 2 de Septiembre, llegaron el Almirante y Marques de los Velez con el grueso del exército á las colinas de Yasquivel, habiendo enviado á Don Pedro Giron y al Maese de Campo Antonio de Espejo á los puestos que se les señaló; y dióse órden aquella noche al Marques de Mortara, que con la vanguardia embistiese contra los puestos del enemigo por aquella parte. Y tambien se le ordenó á Don Pedro Giron y al Maese de Campo Espejo, que hiciesen lo mismo por el quartel de Irun, y lo restante del exército en batalla en nueve esquadrones siguiese la vanguardia.

Resuelta esta disposicion, y todos con determinacion grande de socorrer la Plaza, ó morir sobre las fortificaciones del enemigo, fué Dios servido de enviar aquella noche una tempestad tan deshecha de agua, viento, niebla y granizo, que causó tan gran confusion, continuándose la misma fuerza y rigor de tiempo todo el dia siguiente, que

no pudiendo sufrir la soldadesca visoña estar al desabrigo y á sus inclemencias tantas horas, sin tener género de alivio ni reparo, fué desmandándose y desamparando sus banderas, sin que hubiese forma ni remedio cómo contenerles en buena disciplina, retirándose á buscar abrigo por todos los lugares del llano; deshaciendo de manera este accidente y desórden el exército, que á 3 de Septiembre al amanecer, el dia destinado para el socorro, faltaban siete mil soldados de nuestras tropas, habiendo dexado sus armas plantadas en los esquadrones; siendo tal la tempestad y su rigor, que se ahogaron muchos caballos, y algunos soldados de los que perseveraron en sus puestos se caían muertos arrimados á sus picas y mosquetes.

Conservaron sus quarteles con los Generales toda la nobleza del exército, los soldados viejos y particulares, y los Irlandeses, sin mover apénas los pies de donde los halló la tempestad, ni desarrimarse de sus picas, habiendo durado cerca de dos dias con sus noches el furor del tiempo. Viendo

el Almirante y el Marques este desórden de los visoños, resolvieron que fuese á Lezo el de Torrecusa y el Teniente de Maese de Campo general Don Antonio Gandolfo, y procurasen recoger allí, en Rentería y los Pasages toda la gente que se habia retirado; y entretanto quedaron los dos Generales en los quarteles de las eminencias padeciendo la violencia y rigor grande de aquella tempestad, quando tantos soldados suyos, criados en diferente trabajo, no habian podido tolerarle; con cuyo exemplo se conservaron aquellos puestos, siendo tan importantes para continuar el socorro. Estúvose así aquel dia, esperando lo que obraba el Marques de Torrecusa; el qual habiendo hecho quantas diligencias se pueden considerar que haria un soldado tan experimentado y tan valiente Caballero, escribió al Almirante y Marques de los Velez, que no habia fuerza bastante para poder juntar la gente, asegurando, que siendo de tal calidad la mayor parte que componia el exército, podia parecer providencia divina deshacerse

por este camino la faccion, por el riesgo que hubiera corrido con gente tan visoña y mal disciplinada. Fué increible el sentimiento y pena del Almirante y Marques, viendo el exército deshecho, y con él las prontas esperanzas del socorro de la Plaza, en que estaban empeñados con tanta parte de deseo y de reputacion, el tiempo continuando con sus inclemencias, quedándose en pie la causa para no poder juntar los visoños; de la Plaza cada dia esperando nuevas de haberse rendido; sin disposicion el terreno para marchar ni obrar cosa alguna; aumentando la pena la prueba que habia hecho este accidente de lo que se podia recelar que obrarian con el enemigo los que no podian tolerar el rigor del tiempo, quando bien con grande trabajo y cuidado se juntasen. Y viendo que no habia medio ni remedio para reducir á sus banderas los soldados todo el tiempo que duraron las aguas, enviaron órden al Marques de Torrecusa, que subiese á las eminencias donde se hallaban, para ajustar lo que mas conviniese. Hízolo así, y en llegando se juntaron los mismos que concurrieron en la junta pasada; y el Almirante, con increible dolor de ver el socorro de la Plaza reducido á aquel estado, les dixo, que bien les eran notorias las órdenes de S. M., y lo que en virtud de ellas y en su execucion se habia obrado; la resolucion y valor con que se habia dispuesto el exército á socorrer la Plaza: el accidente impensado con que Dios se habia servido de desviarlo, deshaciendo tan irreparablemente nuestras tropas, con ruina evidente de los medios por donde se habia de encaminar la felicidad de la empresa. Que supuesto el estado de las cosas, y que se hallaban en pie todas las razones para socorrer la Plaza, y se conservaban los puestos, y el mismo brio y resolucion en los corazones de la gente mas bien disciplinada y valerosa, que era en quien se podia y debia tener la verdadera confianza, siendo los preceptos de S. M. tan urgentes, dixese cada uno lo que sentia y debia obrarse en el caso.

Confirióse sobre este punto, y habiéndose reconocido y ponderado particularmente el estado en que se hallaba el exército, quán imposibles se habian de experimentar todos los medios y disposiciones para conseguir el socorro, respecto de que ni se podian tan brevemente juntar las tropas deshechas, formar los esquadrones, conducir la artillería, marchar la gente, traer los bastimentos de los lugares circunvecinos, y aun de la pólvora y municiones apénas se podia usar: concurrió la mayor parte en que era conveniente y preciso dexar de proseguir por entónces la empresa, guarnecer con mas gente los Pasages y Rentería, por si el enemigo intentase algo por aquella parte; y que los Cabos de mas experiencia reduxesen la gente á sus banderas, aguardando á que abriese el tiempo para disponer entónces lo que mas conviniese al servicio del Rey; y se le despachase correo á toda diligencia, dándole aviso de lo sucedido, y de lo que habia atrasado y desesperado el socorro el accidente impensado del tiempo.

Tambien pareció conveniente que se avisase á los de la Plaza (porque gente tan valerosa no se perdiese, quando habia tan pocas ó ningunas esperanzas de ser socorrida) de que tuviesen entendido el estado á que habia reducido al exército el tiempo, y que procurasen obrar de manera, que por lo ménos salvasen las vidas y la reputacion de las armas del Rey. Para esto se llamó á dos Irlandeses, á quienes se entregaron las cartas; pero la providencia divina, que con ojos propicios miraba la empresa, lo dispuso de manera, que ni con diligencias grandes que hicieron para entrar en la Plaza pudieron conseguirlo.

Llegaron estas nuevas á Madrid, y sintió sumamente S. M. ver reducidos los medios del socorro de Fuenterrabía á tan mal estado, doliéndose que se perdiesen tan leales y valerosos vasallos; y así habiendo puesto estas cartas en el Consejo de Estado y de Guerra, que se formó en el aposento del Conde-Duque, con palabras de particular recomendacion y cuidado se confirió en la

materia; ponderando el Conde (con quien se conformó la mayor parte del Consejo) los últimos esfuerzos que debian hacerse para socorrer una Plaza, sobre cuya defensa estaban empeñadas las armas del Rey y el crédito de su milicia; considerando que no era posible que el rigor del tiempo hubiese hecho menores efectos, y causado menores daños al Frances dentro de sus mismas trincheras y fortificaciones, que á nosotros en las eminencias y altura de los montes; ántes tanto mayor, quanto corrian las aguas hácia aquella parte, y el concurso de ellas con la fuerza de la tempestad en nacion sin comparacion ménos sufrida que la nuestra, era preciso que les hubiese deshecho del todo. Daba grande aliento ver los sucesos que habian llegado de Flandes, Italia y el Brasíl, donde las armas del Rey, dentro de la misma desconfianza ó desesperacion, habian criado los mejores sucesos y mas grandes victorias: y que así parecia conveniente que se escribiese, que pues ya era verisímil que el tiempo hubiese abierto, y se hallaria en

disposicion el terreno que se pudiese acercar nuestro exército al del enemigo, dispusiesen el Almirante y Marques la faccion de manera, que en todo caso se intentase el socorro. Consultóse esto á S. M., y fué servido de resolverlo en esta conformidad, añadiendo, que no admitiria excusa alguna, si se perdiese la Plaza á vista de un exército tan valeroso, y de tales Generales y Cabos: escribióles tambien el Conde-Duque con vivas razones lo que S. M. deseaba el socorro de esta Plaza; y que aunque tenia bien entendido quánto lo procurarian los que se hallaban con las armas en las manos para socorrerla, tanto mas Generales de tal sangre y valor como á los que S. M. habia fiado y encargado la faccion, todavía no podia dexar de decirles, no solo lo que estaba en esta parte empeñada la causa pública, y con ella el servicio de S. M., sino el gusto que tendria en el buen suceso de esta empresa, poniendo en consideracion con muy eficaces razones las que se habian representado en el Consejo de Guerra y Estado,

para creer que los enemigos se hallarian mas deshechos con la tempestad, que nos hallábamos nosotros; y lo que debia esperarse de un exército tan grande formado de Españoles, en que concurrian soldados viejos, y Cabos de singular experiencia y crédito. Mandó tambien S. M. se ordenase á los superiores de las Parroquias y Religiones se hiciese muy freqüente é instante oracion por el buen suceso de esta guerra y socorro de la Plaza.

En este tiempo, con la noticia que el Príncipe de Condé tuvo del estado en que se hallaba nuestro exército con las aguas, y por la que podia cobrar de lo que padeció tambien el suyo, teniendo prevenidas dos minas para volar la muralla, y la gente dispuesta para dar los asaltos, resolvió de hacerles el último requerimiento, y así les envió otro tambor con la carta siguiente.

El Príncipe de Condé, mi Señor, General de la armada, &c.

Envia por estas postreras este tambor al Gobernador, gente de guerra y vecinos de Fuenterrabía para decirles, que el exército del Rey de España, destinado para su socorro, está retirado, como lo ven, y las tropas de su Alteza están alojadas dentro de sus bastiones, como lo saben: teniendo la compasion que debe tener un Príncipe Christiano y de sus partes de los desórdenes que se seguirán en la toma de la dicha Villa por asalto, donde la honra de las mugeres y la vida de los inocentes están expuestas al furor de los soldados; y estando los modos de tomar la Villa dispuestos, dándole lugar para entrar quando él quisiere, no obstante esto les ofrece toda razonable composicion, tal como puedan y deban esperar de un Príncipe de su calidad; declarándoles, que si no se aprovechan de esta ocasion, y se aguardan á obtenerla, fiados en los reparos que puedan tener para las retiradas, no les será otorgada alguna en aquel extremo. En el campo 3 de Septiembre.

Aunque el valor de los de la Plaza era tal, que les acobardaban poco estas amenazas, y siempre estuvieron constantes en no rendirse, no dexaba de considerarse en ella el estrecho grande á que les habia reducido el sitio, derribada tanta parte de las murallas, el enemigo fortificado dentro de ellas mismas, hecho señor del foso, repitiendo cada dia nuevos asaltos y minas, muertos cerca de trescientos de los de adentro, y con tan cortas esperanzas del socorro; ponderando algunos tambien que ya las municiones de balas se habian acabado. Pero el Alcalde Diego de Butron con ánimo resuelto y valeroso, oyendo esto dixo, que qualquiera que hablase de rendirse, y para este fin ponderase el estado en que se hallaba la Plaza, le mataria él por sus manos; y que habia municiones para defenderse, y quando faltasen, se hallaba con diez y ocho mil reales de á ocho, los quales entregaria para que se hiciesen balas, y se tirase al enemigo. Fácilmente concurrieron todos en este parecer, y en que se respondiese al Príncipe de Condé lo siguiente.

El Maese de Campo Domingo de Eguia, &c.

El escrito de su Alteza el Señor Príncipe de Condé se ha recibido, su fecha de 3 de este mes de Septiembre, de mano de este tambor; y comunicándole con los Señores de la Villa, Sargentos mayores y Capitanes que hay en ella, lo que responden es, que para defender la Plaza no necesita ella de socorro alguno de gente, ni municiones de fuera, ni se aguarda á ninguno; y su Alteza puede dar los asaltos que fuere servido, que aquí estamos resueltos á aguardarlos. Guarde Dios á V. Alteza. Septiembre 3 de 1638.

Con esta respuesta el de Condé aquella tarde mandó quemar las barracas que nuestro exército habia dexado en los puestos de Irun con harto sentimiento de los cercados, pues no sabian si nuestra gente que habian visto en ellos, se habia retirado ó abrigado á la vuelta contra el viento. Teniales esto con grande cuidado, y hallarse sin noticia alguna de lo que el enemigo iba obrando en la muralla; el qual á 4 de Septiembre á las cinco de la mañana dió fuego á

dos minas, que volando parte de ella, quedó en disposicion el terrapleno y con brecha muy acomodada para asaltar la Plaza. Así como cayó tanta parte de la muralla, embistieron con mucho valor hasta treinta Franceses la brecha arriba; pero los nuestros á pedradas y á mosquetazos los rechazaron con esfuerzo y determinacion grande: acudió de los primeros con su pica el Sargento mayor Osoro á reconocer el intento del enemigo, y vió que dos compañías con sus Capitanes se iban rehaciendo y subiendo otra vez la brecha, dando unos humazos tan espesos, que quitaban la vista á los de adentro. Avanzóse el Sargento, y mejorándose de pica, embistió con el Capitan que traía la vanguardia Francesa, *que era el hijo del Presidente de Burdeos*, y metiéndole la pica entre la gola y morrion le arrojó la brecha abaxo. Acudió luego el Capitan Don Juan de Esain y su Alférez, y estando peleando quedaron muertos, Don Juan de tres mosquetazos, y el Alférez mas abaxo á la mitad de la brecha tan léjos, que

no fué posible retirarlo hasta la noche. Murió tambien peleando Don Francisco de Heredia de un cañonazo. El Capitan Diego Butron, y su cuñado el Capitan Juan de Urbina acudieron con diligencia y esfuerzo admirable, enviando gente de socorro, y oponiéndose como valientes soldados á la defensa, y el Capitan Diego Butron, juntando con la valentía de su persona el cuidado y prontitud de las disposiciones y execuciones de la defensa con diligencia y atencion particular.

Peleó tambien en la brecha el Alcalde Pedro Izquierdo (*), y el Capitan Don Terencio con un trozo de Irlandeses, que asistió

(*) Por los señalados servicios que hizo ántes y durante el sitio, en que como Alcalde segundo desempeñó el gobierno político, y asistió puntualmente por su persona con admirable esfuerzo á las facciones mas arriesgadas de la defensa, mereció de S. M. la gracia del Corregimiento de Zacatecas, y sucesivamente fué Alcalde Mayor de la Ciudad y Minas del Potosí, Teniente Capitan General de las fronteras Chichimecas, de las Provincias de Xicayan, y de la Nueva Galicia, y Gobernador Capitan General de la Provincia de Yucatan, con otros destinos. Su hijo Don Pedro Izquierdo sirvió con

con grande resolucion. Fué uno de los primeros que se señalaron Don Alfonso de Mendiguren, Capellan de la compañía del Capitan Esain, avanzándose con su carabina y pica, obligando á picazos á retirarse el enemigo. Acudió tambien al principio del asalto el Licenciado Don Francisco de Asturriaga, Presbítero, natural de Orio, que entró de su voluntad en la Plaza sin exercicio alguno con el socorro que traxo el Maese de Campo Don Miguel Perez de Egea. Duró la pelea del asalto casi quatro horas, estando nuestra gente descubierta á sus trincheras y baterías. Y para que pudiese tolerarse el trabajo, y que todos participasen de

igual zelo de Capitan en la recuperacion de Cataluña, y murió de Veedor y Contador de los Presidios de Guipuzcoa. Su nieto Don Fernando sirvió en la expedicion de Flandes á principios del presente siglo, y por sus méritos ascendió á Teniente Maese de Campo, á Teniente Coronel del nuevo regimiento de Guipuzcoa, y se retiró graduado de Coronel. Ultimamente su viznieto el Coronel Don Fernando Izquierdo es uno de los Sargentos mayores de los 9800 hombres poco mas ó ménos, con que la Provincia sirve á S. M. en las actuales circunstancias.

la defensa, mandó el Gobernador Domingo de Eguia coronar la cortina de San Nicolas de los vecinos de la Villa, asistiendo con ellos el Alférez Zigarroa, y que viniesen, como lo hicieron, con gente de refresco Don Martin de Elizalde con treinta mosqueteros de los de Tolosa, y el Capitan Diego de Butron, sin embargo de que estaba en la estacada haciendo rostro á unas pinazas de gente enemiga, que al mismo tiempo habia embestido por aquella parte, envió á Don Miguel de Ubilla con alguna gente de la estacada; y los dos Capitanes Don Miguel y Don Martin estuvieron enfrente de las baterías del enemigo, avanzando y alentando nuestra gente, hasta que los dos fuéron heridos de dos astillazos de un cañon, si bien no considerablemente. Era cosa de grande admiracion en tiempo de tanta confusion, cuidado y peligro, y entre tanto ruido y estruendo de armas ver las mugeres igualmente animosas que los hombres, trayendo cabos encendidos á la muralla, pólvora y balas; otras venian cargadas de picas del cas-

tillo, retirando los heridos y muertos que estaban hechos pedazos de la artillería, porque no faltasen sus maridos, padres y hermanos de sus puestos. Señalóse este dia Don Luis de Beaumont; y viendo el Capitan Alcalde Diego de Butron, que el Gobernador Domingo de Eguia andaba muy descubierto á las baterías, encargó tuviesen cuidado de hacerle retirar, por la falta que en aquella ocasion podia hacer si le matasen.

Fué este dia muy terrible con la continuacion de las baterías, pues mataron mas de veinte hombres á los de adentro, quedando heridos sin brazos y sin piernas mas de otros doce, habiéndose hallado ya los Franceses en lo alto de la brecha, de donde cayeron mas de ciento y cincuenta muertos al foso. Murió Don Gerónimo de Xibaxa, soldado muy valiente, de un cañonazo, yendo á gobernar la gente de Tolosa, y con órden de que enviase al Capitan con treinta hombres á la Reyna. Retiróse la gente que quedó herida, y tambien los vecinos algo tarde, que con el calor de la pelea no se

advirtió en el descuido con que anduvieron los nuestros de jugar la mosquetería grande rato en lugar de los chuzos y picas. Para ofensa del enemigo se dispuso esta misma mañana una banqueta que ordenó el Alcalde Pedro Izquierdo, pegada al terrapleno. Acudieron con gran cuidado todos, trayendo la madera necesaria para la obra, porque la banqueta no se podia cortar en el terrapleno, por estar movida la tierra con las muchas aguas. Tambien se comenzó á hacer una trinchera, á que dieron principio los Irlandeses, y la prosiguieron los que iban á mudar la gente. Cuidaba de la obra Adrian Pulido por órden del Gobernador; y el Sargento mayor, aunque acudia á los demas puestos, asistia con particularidad á esto. Á la noche se rebatió al enemigo con bombas, granadas y piedras, procurando embarazar lo que trabajaba junto al ángulo del baluarte. Creyóse que trataba de volar una gran ruina de la muralla que habia quedado en pie, siendo así que su intento era abrir una zanja para avanzar la gente cubierta á la

batería de Santa María. Tambien abrió otras dos junto á las galerías para cubrir la gente del través de San Nicolas.

Á 5 de Septiembre no se movió mucho el enemigo, pero tuvo á los nuestros casi todo el dia en arma, y aunque no avanzó grueso de gente, mostraba tropas gruesas en los manzanales. Dábase prisa en la mina de los cestones, y los nuestros en perfeccionar la espalda que se hacia contra ella, poniendo el trabuco de las bombas para que sirviese de pedrero. Tambien el enemigo trabajaba en la brecha, igualándola y peynándola, y adelantaba la galería á mejorarse, y disponer otro asalto para el dia siguiente. Hizo esta noche una mina pequeña para llamar nueva tierra á la brecha por la descomodidad de las piedras. Asistieron algunos de la Villa al mismo tiempo trabajando y obrando tan alentadamente, que no pudo avanzarse el enemigo. La que obró en esto fué gente escogida, que envió el Capitan Diego Butron, y su Cabo era el Alférez Cigarroa, y con el Joanes de Elizalde, Joanes de Cigarroa, Joanes de Azaldegui, Jurado mayor, y Andres de Izurrain, que trabajando le mataron de un mosquetazo.

Á 6 de Septiembre muy temprano comenzó á cargar gente á las trincheras del enemigo, y á las seis de la mañana fué metiendo tropas en la brecha. Jugóse por los de la Plaza la artillería de los cestones con gran daño del Frances, y ántes de comenzar el asalto fué herido de un mosquetazo el Alférez Juan de Roa, persona de mucho valor. Dió finalmente el asalto, y gobernábale un sobrino del Marques de Gebre y su Teniente con la gente mas lucida de su exército. Avanzáronse los nuestros á la brecha, y en particular el Sargento mayor Osoro, que peleó con el Cabo Francés pica á pica, y habiéndole herido, *pidió quartel*, y diciéndole, *que no era tiempo*, de otro bote le arrojó, obligándole á rodar por la brecha. Peleó tan á riesgo suyo el Sargento, y con tal determinacion, que le dieron mas de diez y seis mosquetazos, sin salir herido considerablemente. Volvió otra vez á tocar el Fran-

ces una arma muy viva, y comenzó el tercero y último asalto con la gente mas lucida de su exército. Salieron las picas de los nuestros á recibirle, y el Sargento mayor Osoro con seis coseletes de los de Tolosa, y éstos solos mataron en la primera embestida á ocho Franceses, y el Sargento mayor hirió de un bote de pica al Maese de Campo, y le quitó el penacho que traía. Peleó el Capitan Pulido, y le hirieron de un mosquetazo en la cabeza, y con mucho valor el Capitan Don Terencio, del tercio de los Irlandeses, que habiéndosele quebrado la pica, con el pedazo que le quedó peleó grande rato, hasta que tomando otra prosiguió constantemente, estando todo el cuerpo descubierto á las baterías, si bien al retirarse le hirieron en el muslo de un mosquetazo.

Desde las trincheras de la Plaza pelearon todos, como se podia esperar, y tan sin temor del enemigo, que se avanzaron muchos, siguiéndole y saliendo de la Plaza hasta las de los Franceses. Los que obraron esta valerosa accion fuéron Pedro de Iburruzteta, Cabo de esquadra de la gente de la Villa, Diego de Miranda, Tomás de Arsu, que al retirarse, y al tomarle de la mano el Capitan Diego de Butron para que entrase en la Plaza, le hirieron de un mosquetazo, Antonio de Belui, Martin de Alberro, y Joanes de Argaiz, siendo cojo, se avanzó hasta la mitad de la brecha, peleando y siguiendo á los Franceses.

Asistió en la parte del baluarte de la Reyna y en los puestos peligrosos el Capitan Juan de Urbina con grande valor. Coronóse la muralla de mas de treinta muchachos de la Villa, que ninguno de ellos pasaba de quince años, jugaron admirablemente sus arcabuces; y en este asalto mató Alonso del Moral con una bomba mas de treinta Franceses, que se habian cubierto en un recodo. Tráxose despues otro ingenio antiguo de un barril de madera, y dentro de él piedras y otro barril pequeño de pólvora, y arrojóse por la esquina de la brecha, y como era tan pesado, llevó un número grande de Franceses tras sí, y al rebentar en-

cendió los frascos que traían los mosqueteros del enemigo, de manera que se abrasaron casi todos, y los que quedaron se echaron en el agua del foso, por ver si podian templar el fuego con que ardian.

Con las dos piezas que estaban puestas para defensa se hizo grande daño al enemigo, y el medio cañon hizo el último tiro tan furioso, que recogiendo mas de quarenta hombres que estaban juntos, y á su parecer seguros, les sacudió con bala y palanqueta de manera, que no pareció despues del tiro ninguno. Este dia murieron del enemigo mas de trescientos Franceses, y entre ellos gente muy lucida, quedando en la brecha muertos quatro Capitanes, y otro volvió arrastrando, dexándose una pierna en el camino. Retiróse el enemigo con grande pérdida, dexando á la Plaza quieta lo restante del dia y de la noche, sin atreverse á retirar los muertos: y fué de mucha inportancia la diversion que le hizo el Marques de Mortara, que reconociendo el aprieto grande con que fatigaba á la Plaza en estos

asaltos, se avanzó de las eminencias donde se hallaba, y trabando con él muy vivas escaramuzas, le impidió que pudiese proseguirlos tan furiosamente.

Entretanto que el Frances iba estrechando la Plaza, y procurando llevársela á fuerza de asaltos, llegaron las cartas de S. M. con la resolucion que se ha referido, y era en sazon que el cuidado del Almirante y Marques y de todos sus Cabos habian reducido á mejor forma su exército, volviendo á sus banderas los visoños, mejorado ya el tiempo. Luego que llegaron las cartas de S. M. formó junta el Almirante y Marques, en que concurrieron todos los Cabos principales del exército, que habian intervenido en las antecedentes: en ella se confirió largo sobre la materia, ponderándose la dificultad grande que tenia el socorro: que ya se debia creer que los de adentro se habrian rendido, ó que los de afuera habrian á viva fuerza ganado la Plaza: que quando esto no fuese así, no era fácil, hallándose el enemigo con tantas prevenciones de tiempo, em-

bestirlo y vencerlo en sus mismas trincheras, y mas con tantos soldados visoños y mal disciplinados. Volvióse á ponderar lo que convenia conservar este exército, pues en él consistia la defensa de tantas Provincias que se hallaban abiertas, si con un deschado suceso quedaba vencido: quánto mas conveniente era restaurar la Plaza, quando bien se perdiese, que exponer á la última ruina por socorrerla tanta parte de España. Pero el Almirante, no obstante estas y otras razones que podian considerarse para suspender las Reales órdenes, dixo, que supuesto que S. M. decia en ellas, que no admitiria excusa si se perdiese la Plaza, no era conveniente á tales Generales y Cabos volver á discurrir si se habia de socorrer ó no la Plaza de Fuenterrabía, sino la forma cómo habia de executarse; y así conformándose el Marques con el Almirante, y con entrambos todos los Cabos, se resolvió que se intentase y dispusiese el socorro para el dia de nuestra Señora, moviéndose todo el exército, y acercándose á las trincheras del ene-

migo, tomando y mejorándose de puestos para conseguirlo.

Dudóse si seria conveniente que el socorro se intentase de dia ó de noche; y tenian por opinion algunos Cabos de grande experiencia, que la faccion se executase de noche, pues la ventaja grande de hallarse fortificados los Franceses, y haberlos de embestir en sus mismas trincheras, solo podia suplirse con la turbacion que suele ofrecer á los acometidos la obscuridad de la noche, en la qual se ha visto que tropas de corto número han vencido y deshecho otras de mucho mayor; y á esta causa semejantes facciones siempre en la guerra se acostumbran executar de noche, como lo habia hecho su Alteza este mismo año en el dique de Caloo. Otros eran de parecer, y con éste se conformaron los Generales, que la faccion se hiciese y executase de dia, donde la reputacion de nuestra gente podria obrar los mejores efectos, tanto mas emulandose entre sí las naciones que concurrian en este exército, Castellanos, Aragoneses, Portugueses

y Navarros ; siendo tambien exemplar bastante haber executado de dia esta misma faccion el Serenísimo Príncipe Tomás en las trincheras que el enemigo tenia sobre San-Homer.

Con esto resolvieron los Generales pasar de Lezo á los quarteles á prevenir lo necesario para que se pudiese obrar el dia siguiente, quedando aquella noche ajustado que la faccion fuese de dia, y que obrase todo el exército, dando la batalla al Frances en sus fortificaciones ; con que se ordenó al Marques de Torrecusa, Gobernador de las armas de Navarra, que con dos mil y quinientos hombres, compuestos del regimiento del Conde de Aguilar, trescientos y cincuenta de la armada, y otros tantos Napolitanos del tercio de Don Leonardo Moles, y el tercio de Navarros de Don Fausto de Lodosa, reforzado de otros trescientos de los demas tercios de Navarra, se fuese acercando al enemigo ; y pues le iria siguiendo lo restante del exército, se arrimase al quartel de los Franceses que le pareciese mas fácil de ocupar.

Al Marques de Mortara, que se hallaba alojado en las eminencias de Yasquivel con dos mil y quinientos infantes, compuestos del regimiento del Conde-Duque, y otras compañías de Españoles que se le enviaron aquella noche, y con todos los Irlandeses, se le ordenó que se fuese adelantando por la cordillera de los montes contra los puestos que en ellas tenian ocupados los enemigos.

Á Don Pedro Giron, que con su tercio y el de Sebastian Granero, y otros trescientos y cincuenta Españoles de la armada se arrimase al quartel de Irun, ocupando puestos ventajosos, ó pusiese en cuidado á los enemigos para que no pudiesen, ni reforzar los que tenian en el sitio de la Plaza, ni hacer diversion á los nuestros por las espaldas, ó entrando en los quarteles que dexábamos, ó inquietándonos en los que se podian ocupar de nuevo, quando no se saliera con el intento principal de socorrer la Plaza.

Dadas las órdenes en esta conformidad,

y encomendada la faccion al amparo de nuestra Señora, siendo víspera de su Natividad, marchando primero el Marques de Torrecusa, y tomando su camino por la falda de los montes, se encaminaron el Almirante y el Marques de los Velez con el resto del exército, que seria cerca de cinco mil y quinientos infantes, guiados por el Maese de Campo general Roo, por el camino de la mano derecha, que llevaba el Marques de Torrecusa hácia los quarteles del enemigo, ordenando que asistiesen cerca de sus personas el Gobernador general de la artillería Sebastian Granero, el Coronel Don Diego de Isasi, y los Maeses de Campo Cárlos Guasco, Gerónimo Tutavila y otros Cabos, para valerse de ellos, segun las ocasiones que se ofreciesen. Envióse á Don Antonio Gandolfo á poner el tercio de Don Francisco Mesía en las emboscadas necesarias, para reconocer y asegurar lo cubierto de los bosques y lo áspero de los caminos, por donde era fuerza marchar nuestro exército.

El Marques de Torrecusa, tomando el camino de la falda de los montes, se fué adelantando hácia sus mayores eminencias á dar vista á la fortificacion de Guadalupe, por quedar mas libre de cargar sobre los puestos donde conociese podia obrar mejor los fines que llevaba, formando sus esquadrones, y adelantándolos en puestos ventajosos.

Tenia el Frances dispuesta la fortificacion de Guadalupe, de manera que se hallaba su eminencia defendida con dos reductos, uno á la parte derecha, y otro á la izquierda, y se daba la mano con una trinchera hecha ángulos, dexando por una parte y por otra dos surtidas grandes para la caballería. Habia en entrambos lados dos medias lunas algo apartadas de la línea, guarnecidas de mosquetería y picas, y en los dos reductos dos esquadroncillos con dos piezas de artillería en la parte derecha. Á las espaldas en la campaña de este mismo lado tenia dos gruesos de caballería, y hácia el lado izquierdo una batería de dos piezas, y un esqua-

dron de infantería con una trinchera delante de la frente. Formábase otro esquadron en el bosque, y al encuentro de éste se hallaba toda la gente del Marques de Mortara de frente, y en un camino hondo avanzó dos mangas de mosquetería, que escaramuzaban contra estas fortificaciones. Llegó el Marques de Mortara peleando á desalojar al enemigo de unas peñuelas, y luego ganó lo alto de una colina, dando vista á ménos de tiro de mosquete á las fortificaciones de Guadalupe.

Embistió la gente del Marques de Torrecusa con grande esfuerzo y excelente disposicion al reducto que tenia el enemigo á la mano derecha, y aunque fué rechazada dos veces por la caballería Francesa, peleándose por una parte y por otra muy valientemente, disponiendo y alentando su gente el Marques con palabras y exemplo, como Capitan y Caballero de tan acreditada opinion; á la tercera que se embistió fué tanto el calor con que los nuestros obraron, señalándose entre ellos los Napolitanos, que

se ganó el reducto, obligando al Frances á volver las espaldas, quedando poco mas de cien degollados sobre sus mismas fortificaciones. El Marques de Mortara á este tiempo con el regimiento del Conde-Duque y los Irlandeses tenia ganado el reducto de la mano izquierda, y casi todo el trincheron, donde se alojó mosquetería contra el enemigo. Con esto vinieron á juntarse la gente de Torrecusa y Mortara dentro de los quarteles del enemigo; y habiendo vuelto la caballería Francesa á embestirlos á entrambos, fué rechazada por nuestra infantería, y rompida y deshecha totalmente por la caballería que el Marques de Mortara envió al de Torrecusa, á cargo del Comisario general Don Juan de Terraza, y con él al Capitan Don Bernabé Tomás de Vela, y Diego Diaz de Aux, Caballeros del Hábito de Santiago, que se portaron con grande valor, obligándole otra vez al Frances á volver las espaldas.

En este tiempo llegaron el Almirante y el Marques de los Velez con el primer ba-

tallon de su vanguardia; y pareciendo necesario adelantar las tropas para dar calor á nuestra gente, formó con gran brevedad y arte el Maese de Campo general Conde Gerónimo Roo tres batallones, y se ordenó que Don Diego Caballero, Teniente de Maese de Campo general, ocupase una casa que delante de aquella gente tenia guarnecida el enemigo con algunos arcabuceros, y habiéndolo hecho pasó adelante en seguimiento de los Franceses hácia sus quarteles, y reforzando su gente con algunas mangas de mosqueteros, fué desalojando los enemigos, y poniéndoles en desórden y confusion. Era esta la parte por donde podia el enemigo hacer su retirada, cargado de los nuestros en las eminencias; pero viendo á nuestros batallones formados donde estaba el Almirante y el Marques, y por todas partes desalojada su gente y guarniciones, y el valor con que los nuestros los iban venciendo, rechazando y matando, huyeron tan desordenadamente y con tal terror, que dexaban caer las armas, los mosquetes y las picas.

El Príncipe de Condé, y los Duques de la Valeta y San Simon, los Marqueses de la Forza y Gebre, el Conde de Agramont y el Arzobispo de Burdeos, que eran los principales Cabos del exército, viendo que era imposible remediar el curso acelerado de nuestra victoria, se retiraron con la misma confusion y desórden, pasando en barcas la vuelta del Puerto de Zocoa. Quedaron mil y quinientos Franceses muertos en la campaña, y ahogados otros dos mil en la ribera, porque el concurso grande y miedo con que huian les hacia hallar mas brevemente la muerte donde buscaban la seguridad. La otra parte del exército Frances se retiró por los diques al calor de los quarteles que tenian en Mendelo é Irun, y la misma noche á Francia por el paso de Beobia, por donde habian entrado en España con bien diferentes esperanzas y orgullo. Tiénese por cierto, que si Don Pedro Giron con la gente que tenia hácia los quarteles de Irun tuviera órden de cortar á los enemigos, hubiera sido terrible la matanza,

y de mucha sangre la victoria; pero verdaderamente en esta ocasion se retiraron con tanta prisa los Franceses, que no creyeron los nuestros que eran tropas suyas las que se movian hácia aquella parte; y tambien fuera contingente, que si se les cortara el paso, hallaran en la desesperacion el valor que no hallaron en la esperanza: concurriendo con esto ser tan grande la celeridad de la fuga, que se anticiparon con ella á las mas prudentes y cautas prevenciones, porque nunca se imaginó que tan ligeramente habian de volver á Francia los que tan bizarramente se habian portado al entrar en España. Dexaron veinte y tres piezas de artillería, mas de cincuenta banderas, todo el vagage, municiones y bastimentos.

Hallóse entre las piezas de artillería un cañon con la misma letra que el de Brem, y era el mejor y de mayor municion de los que se ganaron, fuera de ser fea la forma del cañon, y la letra que decia así: *Le Cardinal Richelieu. Ratio ultima Regum*, que ya es poco que la tiranía y la violencia sea ac-

cidente ó caso: quieren acreditarla como enseñanza y doctrina grabada en la dureza del bronce, para que de gente en gente vayan bebiendo este veneno los hombres. Fué grande el botin y despojo que se ganó del enemigo; porque como estaban tan léjos los Franceses de creer el suceso, no pasaron á Francia mas que las personas, y esas con celeridad increible y sin armas: dexaron todas sus tiendas y ropa, los pagamentos abiertos, el dinero, plata y recámara del Príncipe de Condé, y de los demas Señores y Caballeros, los vestidos, alhajas, papeles y órdenes del Rey, enriqueciéndose muchos soldados. Veíanse entre la confusion y la alegría del suceso los mosqueteros Españoles vestidos de Monsieures con capotes y capas de grana muy ricas, vendiendo á vilísimo precio piezas de plata, caballos, joyas, cadenas, y otras preseas de esta calidad. Quedaron prisioneros dos mil Franceses, y entre ellos muchos Oficiales y gente particular. De los nuestros no llegaron á ciento los muertos, y otros tantos heridos.

CAPÍTULO XXXII.

Entra el Almirante y el Marques de los Velez en Fuenterrabía.

Rotos y vencidos los enemigos, llegaron nuestras banderas á Fuenterrabía, recibidos el Almirante y Marques, y los demas Cabos y soldados con increible alegría de los de la Plaza; admirando tambien y alabando todos el valor y resolucion con que el Gobernador Domingo de Eguia, vecinos y soldados la habian defendido, pues subia por la brecha de sus murallas la caballería de la misma manera que entraba por las puertas de la Villa, habiendo padecido y tolerado aquella valerosa gente en sesenta y nueve dias de sitio mas de once mil cañonazos, quatrocientas bombas, seis minas voladas, otra prevenida para darle fuego, tres asaltos generales, trescientos muertos de la Villa, vengados con mil y setecientos que mataron de los enemigos. Obraron los Capitanes y soldados en el de-

seo y aficion de conservar la Plaza, como si fueran vecinos, y pelearan por sus hijos, mugeres y haciendas, y los vecinos de la Villa como si hubieran sido siempre de profesion soldados; y verdaderamente lo mostraron en la experiencia, disciplina y valor, concurriendo las mugeres y los niños con esfuerzo rarísimo, sin que en todo el sitio, con hallarse el enemigo aquartelado á los quince dias de él dentro del foso, y haber comenzado á picar la muralla y batirla tan de cerca, hubiese en la Plaza primer movimiento de rendirla; dando exemplo utilísimo á la disciplina militar de estos tiempos, que no cumplen los Gobernadores de semejantes puestos con hacer lo bastante, si no llegan á hacer lo posible. Pues si el Gobernador Domingo de Eguia la hubiera rendido quince ó veinte dias ántes, pareciera al mundo que habia cumplido bastantísimamente, y le juzgaran por digno de premio; y por no haberse contentado sino con hacer el último esfuerzo, se reduxo á términos la faccion, que llegó el dia en que

vencido el enemigo con tan gloriosa victoria, fué socorrida la Plaza.

De parte de los Generales Almirante y Marques, y los demas Cabos de su exército se obró con singular diligencia en juntar la gente deshecha, de grande arte y disciplina en volver á formar el exército, de sumo valor en conservar los puestos, de excelente disposicion en el dar la batalla; que todo esto se hubo de executar en ménos de tres dias, desde que la tempestad dió lugar á reparar el primer designio; asegurando los que se hallaron en aquella ocasion, y con atencion particular lo miraron, que el dia de la batalla con la resolucion que tomaron el Almirante y Marques, conforme á las órdenes de S. M. y cartas del Conde, de embestir al enemigo, llenó Dios y la Vírgen María el corazon de todos los soldados de una alegría y esfuerzo singularísimo desde los mas experimentados hasta los mas visoños, que aun aquellos mismos que dexaron sus banderas por el rigor del tiempo, iban á pelear y pelearon con el

mismo esfuerzo y tranquilidad de ánimo, sabiendo que habian de embestir en sus trincheras al Frances, como si tuvieran prendas seguras de la felicidad del suceso.

Hizo gran daño á los Franceses la confianza con que estuvieron de que nuestro exército no les habia de acometer en sus trincheras; y dixo Mr. de la Forza el mozo: *Que él bien creía que los Españoles no le embestirian; pero si se resolvian á ello, tenia dispuestos sus esquadrones de suerte, que valdria un soldado de los suyos por cinco de los nuestros.*

CAPÍTULO XXXIII.

Prevencion vana del Cardenal Richelieu.

En Francia se tenia por tan ganada la Plaza, que por cartas interceptadas del Cardenal Richelieu al Príncipe de Condé de 23 de Agosto, escritas desde Abevilla, le dice las razones siguientes:

Señor mio: tengo por tan importante el municionar y fortificar á Fuenterrabía luego

que se hubiere tomado, como si se hubiese de volver á sitiar el dia siguiente, que despacho al portador con quarenta mil libras para emplearlas en este efecto, sin que se puedan divertir á otra cosa.

Y al fin de la carta díce:

Es tanto el deseo que tengo de que Fuenterrabía se ponga en estado de no temer los esfuerzos que los enemigos podrian hacer para recobrarla, que envio al Señor Obispo de Nantes con un Ingeniero para hacer trabajar aprisa en ella, y para hacerla abastecer de todo lo necesario; y para que el dicho Obispo lo pueda hacer mejor, no tendrá otro cuidado ninguno, ni se meterá en otra cosa. Por la eleccion que he hecho de su persona, juzgaréis el afecto con que cuido de las cosas que miran á vuestra reputacion y vuestra gloria.

En que no puede dexar de parecer admirable la anticipada providencia con que tan atento y diligente Ministro envió este socorro mas á nuestro exército; pues entre el despojo se halló tambien esta cantidad reservada, sin haber llegado á ella los Fran-

ceses hasta que se la ganaron los Españoles. Y no ménos es maravilloso el fervor y espíritu con que sigue Francia esta irreligiosísima empresa, pues andan envueltos los Arzobispos con los Generales, los Obispos con los Ingenieros, haciendo invasiones en Provincias Católicas, y conduciendo á esto muchas tropas hereges. Y es cosa cierta, que el Obispo de Nantes tenia prevenido el sermon que habia de predicar dentro de Fuenterrabía el dia de nuestra Señora, en hacimiento de gracias de haber usurpado el Rey Christianísimo injustamente al Rey Católico su hermano esta Plaza, para partirla con los Hugonotes hereges de su exército, como lo tenia ordenado.

Y no me parece fuera de propósito advertir aquí, que en quantos sucesos felices han tenido las armas del Rey nuestro Señor, ganando Plazas, ó rompiendo enemigos católicos, como en la toma de Verceli, y quando en la entrada de Francia gano tantas fortalezas, castillos y lugares el Señor Infante el año de 1636, nunca ha permitido

que se hagan públicas alegrías, ni que se cante *Te Deum laudamus*, cubierto siempre de tristeza su corazon Real de hallarse necesitado de pelear contra Católicos, y contra los que hace hermanos una misma Religion y Fé; y así solo se hacen quando se defiende alguna Plaza de su Corona, ó en guerra defensiva se tiene algun buen suceso; executándolo tan al contrario el Frances, que con el mismo fervor y alegría se hicieron luminarias, y cantó *Te Deum laudamus* por la toma de Tirlemon, con las sacrílegas circunstancias de su saco y ruina, que pudieran hacer por la recuperacion de Chatelet. Y parécese á esto la exclamacion fervorosa y devota que hizo Mr. de la Forza, herege Calvinista, que habiendo ocupado y hecho quartel suyo la Ermita de nuestra Señora de Guadalupe, y tratado las Imágenes que habia en ella con la impiedad é insolencia que lo acostumbran los perfidísimos Calvinistas, Iconomacos furiosísimos, mandó que predicase uno de los Ministros de su perversa secta, diciendo con voces altas: *Que*

moriria ya contento de haber oido dentro de España su prédica. Y el suceso fué tal, que entre los prisioneros tambien se prendió el Ministro Calvinista que predicó, y por descuido se dexó de ahorcar y quemar, como lo merecia, y así se escapó huyendo; y Mr. de la Forza, por no morir ni contento ni triste, no fué de los últimos que se retiraron á Francia con una fuga tan acelerada.

Enviaron los Generales á Don Bernardino de Ayala, que hoy es Conde de Villalva, para que diese al Rey nuestro Señor las nuevas de este felicísimo suceso. Y no es ponderable la alegría de S. M. con ellas, el gozo del Conde-Duque, y de todos los Ministros y nobleza de la Corte. El pueblo, discurriendo por toda ella con locura cuerdísima, en ocasion de tanto alborozo iba por todas partes con las espadas desnudas gritando: *Viva el Rey, viva España.* Acudieron á Palacio, y entrando por los aposentos de S. M. y del Conde, no paraban hasta ver la cara de su Rey, estando todo abierto para que entrasen, sin diferencia de

personas y calidades, siendo el mayor órden el guardarse ninguno en aquella ocasion. Llenáronse todas las ventanas de luminarias, todas las calles de gente, todos los corazones de alegría y contento; y S. M. y el Conde-Duque enviaron á dar la enhorabuena á la Duquesa de Medina aquella misma noche, con la demostracion que se debe á Señora de tal sangre y estado. Llevó el recado de S. M. el Marques de Aytona, su Gentil-hombre de la Cámara, acumulando el Rey nuestro Señor este favor á los aplausos que tambien se dieron aquella noche al Almirante.

El dia siguiente se vistió toda la Corte de gala, y con mas mesurada alegría acudieron á Palacio los Ministros y la nobleza, besaron la mano los Consejos á S. M., visitando al Conde-Duque, á cuyo aposento concurrian todos, reconociendo quánta parte debia este dichoso suceso á la atencion, disposicion y prudencia con que habia dado direccion, no solo en los medios mas precisos para abreviar los socorros, y juntar á

nuestro exército mas tropas, sino á las resoluciones mismas, y forma de la execucion con que obraron para conseguirse tan gloriosa victoria. Y porque ninguna cosa igualmente afianza las públicas felicidades y grandes victorias, como la piedad y religion que reyna en el corazon de los grandes Príncipes, es justo decir, que habiendo el Rey nuestro Señor, sobre el excesivo cuidado que le costó esta empresa, hecho encomendarla á Dios con repetidas órdenes por toda la Corte y fuera de ella, despues de haber comulgado la víspera de nuestra Señora de Septiembre, y casi al mismo tiempo que el exército estaba embistiendo al Frances, confiriendo con el Conde-Duque sobre la materia, le dixo las siguientes palabras:

Conde, hasta ahora he suplicado á nuestro Señor, que fuese servido que mis armas defendiesen á Fuenterrabía, y que nos diese luz y medios para conservarla: ahora ya la he entregado toda á su Divina Magestad, sin quedarme con parte alguna de ella. Á la resignacion y á la confianza correspondió el

suceso, y al mismo tiempo que el Rey daba á Dios la Plaza, se la estaba Dios dando y defendiendo. Y si todos los Príncipes del mundo tuvieran igual religion, resignacion y afecto, consiguieran tambien prósperos sucesos, ó prevenida con la recta y pura intencion la paz, nunca se executara el furor de la guerra.

En hacimiento de gracias de la merced que nuestro Señor hizo á la Corona de España, no solo fué S. M. á caballo á nuestra Señora de Atocha, acompañado de toda la nobleza de su Corte, del Conde-Duque, y de los Cardenales Borja, Jaen y Espínola, sino que envió á cada uno de los Consejos el decreto siguiente.

El suceso que Dios nuestro Señor ha sido servido dar á mis armas, habiendo Franceses levantado el sitio de Fuenterrabía, le reconozco únicamente de su poderosa mano; y deseando que con demostraciones públicas se den gracias á su Divina Magestad por tan singular beneficio, á su bendita Madre y al Apóstol Santiago, de cuyo patrocinio esperé siempre es-

ta victoria, he resuelto que todos mis Consejos, cada uno en su dia aparte, celebren fiesta en hacimiento de gracias en las Iglesias de Atocha y San Gerónimo, por la particular devocion que tengo á las Santas Imágenes que hay de nuestra Señora en estos Conventos y en la Iglesia de Santiago, hallándose presentes en sus dias cada Consejo; y que en las mismas Iglesias se doten perpetuamente estas fiestas en sus octavas, aunque sin obligacion de asistir los Consejos, para que mi reconocimiento á Dios de la misericordia que ha usado con estos Reynos sea perpetuo, y se implore con toda humildad por la intercesion de su bendita Madre y del Apóstol Santiago su auxîlio y amparo. Tambien deseo que por todos mis Consejos en los dias de sus fiestas se funden perpetuamente el casar tres huérfanas, y el rescate de tres cautivos, buscándose medios de donde acudir á esto en memoria de favor tan singular, y con que espero se establecerá la conservacion y seguridad de mis Reynos. Y he mandado se lleve á la Iglesia mayor de Santiago una lámpara, que perpetuamente arda en memoria de esta victoria, demas

de las fiestas que se han de celebrar allí, como en las demas Iglesias de España. Fio de ese Consejo, que en la parte que le tocare obrará con el cuidado y afecto que acostumbra, y que lo dispondrá todo de manera, que se execute con suma puntualidad. En Madrid á 14 de Septiembre de 1638.

Y porque á la liberalidad y religion de S. M. no faltase la circunstancia de la caridad bien ordenada, ni la memoria á la remuneracion de los vecinos de Fuenterrabía, fué servido de dar inteligencia á este decreto con el que se sigue.

El valor, fidelidad y constancia de los de Fuenterrabía en la defensa de aquella Plaza ha sido tan grande, que por el exemplo se debe conservar en la memoria, encaminándose á su mayor beneficio las obras pías, que en hacimiento de gracias de la merced que Dios nuestro Señor se ha servido hacernos, he mandado se funden; y así he resuelto, que en primer lugar sean preferidas á todas las hijas de Fuenterrabía para la colocacion de huérfanas; y ni mas ni ménos en la redencion de cautivos los que fueren hijos

de la misma Villa: en segundo lugar las hijas de soldados de las fronteras de Africa, y los que estándome sirviendo allí fueren prisioneros de Moros: en tercero hijas de soldados y marineros perdidos peleando, en la dotacion de huérfanas, y ellos en la redencion de cautivos; y en quarto en ámbos géneros entrarán criados de mi casa: en esta conformidad se declarará y executará. En Madrid á 22 de Septiembre de 1638.

Mandó luego S. M. formar junta de Ministros de toda satisfaccion, en que concurrian los mayores de la Corte, para que le consultasen las mercedes que se habian de hacer á la Villa y vecinos de Fuenterrabía, al Gobernador, Capitanes y soldados que la defendieron, y á todos los que en el exército y fuera de él habian servido en esta ocasion. Y porque se halle memoria con esta relacion de las que S. M. hizo á esta generosa Plaza, remitiendo á la lista que despues de acabada se pondrá de los demas que la han recibido de su Real y poderosa mano, me ha parecido poner aquí solamente las que recibió la Villa; omitiendo tambien las que ha

hecho al Conde-Duque, por hallarse aun fluctuando entre la liberalidad y grandeza de S. M., la calificacion de los Consejos, y la modestia singular del valído que rehusa admitirlas, teniendo por único premio y remuneracion el servir á su Rey, como ingeniosamente pondera una de las plumas mas acreditadas de Europa, que con estilo maravilloso y elegante ha conseguido el aplauso comun de las gentes.

1 Lo primero hizo S. M. merced á Fuenterrabía de erigirla en Ciudad, y que se pudiese llamar LA MUY NOBLE, MUY LEAL, Y MUY VALEROSA CIUDAD DE FUENTERRABÍA.

2 Diéronsele cien mil ducados para sus reparos y fortificaciones.

3 Que la barca que continuamente asiste en el paso de Beobia, se ponga á la parte de Fuenterrabía, y asimismo el Alcalde de Sacas, quitándose de la de Irun, donde ha estado.

4 Que el oficio de Correo mayor que está en Irun, resida en la Ciudad de Fuenterrabía para ayuda á sus propios.

5 Hízosele merced del Patronato de la Iglesia de la Villa de Elgoibar, con que sea para la reedificacion, ornato y demas obligaciones de la de Fuenterrabía.

6 Que goce de las penas de Cámara que se causaren en aquella Ciudad, aunque las causas vayan en apelacion á Tribunales Supremos.

7 Satisficiéronseles á la Ciudad y sus vecinos los daños que padecieron, y lo que prestaron de sus alhajas y haciendas, y asimismo lo que hubieron menester para el reparo de sus casas; y que cada vecino dé memorial de sus daños y pretensiones, para que midiéndolo con su calidad, se le haga mas satisfaccion.

8 Diéronse á cada vecino de los de la Ciudad cinco mil seiscientos y diez mrs. por una vez de ayuda de costa para emplearlos en lo mas necesario.

9 Entregáronse á cada viuda, cuyos maridos murieron en la defensa del sitio, diez y ocho mil y setecientos mrs. para que se socorriesen de lo mas preciso.

10 Á las mismas viudas, cuyos maridos murieron en la defensa, se les asienta el sueldo de una plaza de soldado, para que la gocen entre la infantería y dotacion del Presidio todo el tiempo que vivieren.

11 Á los huérfanos, cuyos padres murieron en la Plaza, siendo de edad para poder tomar armas, se les asiente plaza de soldado; y no la teniendo, si fueren personas que no puedan mantenerse, se les dé un sueldo, no por cabezas á todos, sino por familias, con calidad que en llegando á poder tomar armas, sirvan entre la infantería, y entónces cada uno goce de plaza entera.

12 Que con algunos vecinos de Fuenterrabía, contra quien se procede por delitos, y están condenados en penas de Cámara y gastos de Justicia, se entienda con ellos el indulto en todos los casos que no hubiere parte.

Tambien la honró S. M. con la carta siguiente.

EL REY. Concejo, Justicia, Regimiento, Caballeros Hijosdalgo de la muy noble y muy leal Villa de Fuenterrabía: por lo que ha escrito el Almirante de Castilla en 7 de Septiembre se ha entendido, como despues de haber acometido al enemigo aquel dia, fué nuestro Señar servido de dar tan feliz suceso á mis armas, que pudo aquella noche entrar en esa Villa, despues de haber rompido y puesto en huida al enemigo con grande pérdida de su gente, banderas, artillería, municiones y vagage, con que salió esa Plaza del aprieto en que se hallaba, habiendo con vuestro valor resistido por discurso de sesenta y nueve dias el sitio que puso sobre ella, llevando las incomodidades que en este tiempo se ofrecieron con tal bizarría, que sin reparar en las haciendas y vidas, mantuvisteis la reputacion de mis armas con la fidelidad que siempre lo habeis hecho, dando exemplo á todas las naciones vuestra constancia y valor, de que haré siempre singular estimacion, como merece servicio tan particular, pues en él consistió la gloria de tan feliz suceso. Y aunque todo viene de mano de nuestro Señor, reconozco

la parte que en él habeis tenido, que es muy conforme á vuestras obligaciones; y así lo manifestaré, haciéndoos grandes mercedes: y si bien tengo resuelto algunas, me diréis las que se os ofrecieren, que sean de mayor conveniencia vuestra, para que tome resolucion en ellas; y desde luego ofrezco la pronta reedificacion de vuestras casas: y he mandado al Almirante me envie relacion de lo que importa este gasto, para que se provea sin dilacion; y que se dé á cada vecino por ahora el socorro que de él entenderéis. Tambien he mandado me informe los que se señalaron en esta ocasion, á quien se deban dar ventajas sobre qualquier sueldo, porque tan buenos vasallos queden remunerados, y haya memoria en todos tiempos de la fineza con que habeis perseverado y resistido en la oposicion del exército del enemigo; pues hasta las mugeres acudieron á todo lo necesario, gobernándose con tal valor, que no excusaron las acciones de mayor riesgo, de que me doy por muy obligado, y de lo mucho y bien que obrasteis en este sitio, así en daño del enemigo, como en vuestra defensa; y es cierto no olvidaré el amor

y perseverancia con que os habeis expuesto á la fuerza del enemigo, pues habeis tenido tanta parte en que mis armas conserven el crédito que han adquirido en todas partes, y excusado otros inconvenientes. De Madrid á 15 de Septiembre de 1638. Yo el Rey. Por mandado del Rey nuestro Señor, Don Fernando Ruiz de Contreras.

El Conde-Duque escribió tambien la carta siguiente toda de su mano hasta el sobrescrito.

A la muy noble, muy leal y muy valerosa Villa de Fuenterrabía.

S. M. (Dios le guarde) escribe á Vm. dándole las gracias del valor y constancia con que se ha defendido en el discurso de tan largo sitio, de que se ha dado por muy servido, como lo mostrará en las mercedes que hará á Vm., y merece tan justamente, que serán mayores que su deseo mismo de Vm.; las quales solicitaré yo con mucho gusto, quedando contentísimo de este suceso; asegurando á Vm. que me tendrá siempre muy á su servicio, y tan suyo, que nada quisiera sino haber nacido hijo de esa Vi-

lla, pues ha sido la honra de toda nuestra nacion. Dios guarde á Vm. con la felicidad que deseo. Madrid 15 de Septiembre de 1638 años. Don Gaspar de Guzman.

Con los segundos avisos se supo que á los 8 de Septiembre partió la armada Francesa de la concha, haciendo bordos para salir afuera, desamparando el castillo de Iguer, llegando á hacer frente de banderas á San Juan de Luz, donde se fortificó. El dia siguiente pasó el exército de S. M. á hacer frente de banderas en Irun, ocupando las fortificaciones que en aquella parte tenian los Franceses al paso de Beobia, y se mandaron deshacer las que hacian oposicion por la parte de Francia.

En Irun dexaron los Franceses dispuesta una maldad de perversísima é indignísima guerra, mucho peor sin comparacion y mas vil que haber desamparado sus banderas con una fuga tan deshecha y rota; porque en la casa de Juan de Arbelaiz, que es la mejor de aquella Villa, juzgando al desampararla que la ocuparia alguno de los Cabos mas

principales de nuestro exército, dexaron cubiertos muchos barriles de pólvora, y una mecha encendida con tal temple, que lentamente fuese dando fuego para que se volase la casa con los Cabos ó Generales que la ocupasen. Habiendo entrado en ella Don Pedro de Salazar, Gentil-hombre del Almirante, que prevenia su alojamiento, lo reconoció, y por breve distancia de tiempo se excusó el peligro; mereciendo bien poco los Generales de España el ocasionarles este riesgo con una accion tan infame, pues habiendo enviado el Príncipe de Condé por todos sus criados, y con ellos los de otros Cabos principales de su exército, se les entregaron sin ninguna talla, sin aguardar para esto órden de S. M.

Á los prisioneros Franceses, que fuera de los que se entregaron al Príncipe de Condé, quedaron mil y trescientos, porque no estuviesen ociosos, y diesen satisfaccion á los vecinos de Fuenterrabía del daño que les habian hecho en su muralla, se les ordenó que trabajasen en el reparo de ella, dándoles un real cada dia de socorro; teniendo este con-

suelo los vecinos de la Villa, que si Franceses se las derribaron, Franceses se las volvieron á reparar. Y deseando S. M. asegurar las fortificaciones de la Plaza, y que se alojase aquel exército, como era razon, porque iba ya entrando el invierno, y para ajustar algunas pretensiones que tenia la Provincia sobre el punto de los alojamientos, dió órden que partiesen de esta Corte el Licenciado Don Francisco Antonio de Alarcon, del Consejo Real y de la Cámara, el Licenciado Don Diego de Riaño, del mismo Consejo, uno y otro del Hábito de Santiago, y Don Nicolas Cid, Veedor general del exército de Lombardía, y del Consejo de Guerra, y con ellos algunos Ingenieros que dispusiesen luego las fortificaciones.

Dió órden tambien S. M. al Marques de los Velez que volviese al gobierno de Navarra y Aragon, dándole las gracias del valor, prudencia y cuidado con que se habia portado, que no puede bastantemente ponderarse; y que el Almirante de Castilla volviese al descanso de su casa, y á servir su ocupacion

cerca de la Real persona; ordenando que el dia de su entrada, que fué á 19 de Noviembre, le saliese á recibir el Conde de Monterey, Consejero de Estado, que con tan clara opinion de prudencia ha ocupado y servido los mayores puestos y gobiernos de la Monarquía, concurriendo ser su persona la de mas estrechos vínculos de parentesco con el Conde-Duque, que encaminó de esta suerte la mayor honra, estimacion y lucimiento de la entrada del Almirante, saliéndole á visitar primero por su persona á Caravanchel, donde fué recibido y acompañado del de Monterey y de toda la Corte, y llevado á Palacio con el aplauso debido á su persona, y á la concurrencia de tan grande suceso y victoria como por su mano se habia conseguido.

CAPÍTULO XXXIV.

Suceso de las galeras de Sicilia y Francia.

Por este mismo tiempo llegó aviso de que habiendo sabido el General de la armada

Francesa, que se hallaba con quince galeras muy bien armadas, que catorce de las nuestras estaban en la ribera del Saona, determinó de irlas á buscar á los últimos de Agosto; y reforzando sus galeras, y armándolas con pavesadas y otros reparos, llenándolas de muchos Caballeros Franceses de Malta y de toda la nobleza de la Provenza, fuéron la vuelta de las nuestras, y las hallaron á quince millas de Saona; y habiendo estado á la vista sin embestirlas, pareció á Don Juan de Orellana y á Don Rodrigo Hugo de Velasco, Cabos de nuestras quince galeras de España y Sicilia (por haber vuelto la Bazana que estaba en Génova), que era bien tomar parecer de los Capitanes. Reconocióse que nuestras galeras se hallaban sin chusma, y con soldados visoños, y que casi todas hacian agua: que bastaba pelear con ellas, si nos embestian; pero si ellos no embistiesen, era lo mejor continuar su viage á Génova. Todavía Don Juan de Orellana y su Ayudante resolvieron que se les embistiese; y si así se hubiera executado con buen órden,

como lo determinaron con sobrado valor, fuera muy conocida la victoria. Las primeras que embistieron fuéron la galera San Juan y Santa Catalina que estaban en el cuerno derecho, y por otra parte la galera Santa Ana y San Pedro; las quales se embarazaron de manera al pelear, que apénas pudieron ser de provecho. La galera Santa Catalina tenia ya ganada la Francesa, contra quien habia embestido, quando llegaron otras dos Francesas á socorrerla, y abordaron á Santa Catalina, á cuyo socorro volviendo el Capitan de la misma galera, que ya estaba en la de los Franceses, con otro de su infantería, al uno le dieron un balazo en la cabeza, y al otro en un brazo, de que cayeron entrambos: mataron al cómitre, artillero, timonero y otros Oficiales, hiriendo y obrando con tan grande esfuerzo los Franceses, que estuvo casi perdida del todo esta galera por no haber llegado ninguna de las otras á socorrerla; y un forzado Catalan y otro soldado anduvieron tan valerosos, que peleando con los Franceses

bastaron los dos solos á recuperarla, matando catorce de treinta Franceses que habian entrado en ella, y haciendo huir á los demas. La galera Santa Clara ganó la Francesa que le embistió, por no haber tenido la Francesa quien la socorriese. La galera Santa María luego que comenzó á pelear se levantó la chusma, y matando y degollando nuestra gente, que estaba divertida en pelear con el Frances (y entre otros á Don Antonio Enriquez, Caballero de mucho brio, y que iba á servir á Italia) se alzaron con la galera los Moros, y se fuéron con ella á África.

Lleváronnos tres galeras los Franceses, y nosotros les llevamos otras tres. Arribaron las nuestras á Mónaco, y la Patrona de España volvió con el estandarte Real: la Capitana de Sicilia y otra de la misma esquadra derrotadas vararon en tierra en la misma costa. Duró muchas horas, y fué muy sangrienta la batalla, muriendo quatro mil y quinientos soldados de los Franceses, y entre ellos número excesivo de Monsieu-

res y de la nobleza de la Provenza. De los nuestros faltaron mil y quatrocientos entre soldados, forzados y esclavos. Salieron heridos Don Juan de Orellana y Don Alonso Perez de los Rios: mataron dos Capitanes de dos galeras de España; y á Miguel de Barrio, Capitan de la galera Santa María, le cautivaron. Murió Don Rodrigo Hugo de Velasco, Cabo de las de Sicilia, Don Christoval de Heredia, y un Maese de Campo; y eran quatrocientos y cincuenta los heridos Españoles y Franceses que por este tiempo se hallaron curando en Génova. Y con ser así que tres galeras que nos llevó el enemigo las suplimos con otras tres que nosotros les ganamos, y que la pérdida de la nobleza y número de la gente fué tanto mayor la del enemigo, que habia galera de las suyas que no se hallaba con doce hombres; todavía no se ha tenido esta por victoria, sino por desórden, respecto de que nunca el Frances con igual número de galeras se ha atrevido á pelear con las nuestras. Hizo gran falta hallarse nuestras galeras sin General

que gobernase la faccion, aunque se han tenido avisos de lo que lloraba la Provenza el número grande de gente principal que habia muerto en aquella batalla; pues apénas dicen que se hallaba casa noble, en que no faltase padre, hermano ó hijo, y entre ellos el General de la armada.

CAPÍTULO XXXV.

Pelea Don Cárlos de Ibarra con siete galeones contra diez y siete navíos de Olandeses.

Y porque no hubiese pieza por tocar en los exércitos, armadas y baxeles del Rey nuestro Señor este año de 38, en que fuese necesario experimentar el valor de los Españoles, y la proteccion que Dios da á sus armas; llegó aviso, que habiendo entendido los rebeldes que Don Cárlos de Ibarra, Vizconde de Centenera, partia de Cartagena con siete galeones de plata, armaron con diez y siete navíos escogidos á un famoso Corsario, á quien llaman Pie de Palo, y á Diego de

los Reyes, con órden de que saliesen al Cabo de San Anton, y peleasen con ellos. Habiéndose entendido esto en el Consejo Real de las Indias y en su junta de Guerra, se dió aviso á Don Cárlos de Ibarra para que fuese con la prevencion que el caso requeria. Partió de Cartagena de las Indias el Vizconde, y llegó con su armada, que constaba de siete galeones, á los últimos de Agosto doce leguas de la Habana, á un puesto que llaman Pan de Cabañas, y por tener el tiempo contrario no pudo tomar el Puerto. Vió la armada del enemigo que venia la vuelta de la nuestra, y mandó disparar una pieza para dar señal de batalla á nuestros galeones, y que tomase cada uno en los navíos el puesto que le tocaba, conforme la disposicion y órden que se les habia dado. La Capitana y tres naos las mayores del enemigo embistieron á nuestra Capitana y su Almiranta, y otras dos naos con ella á nuestra Almiranta, y á las cinco restantes las doce rebeldes. Metió la Capitana enemiga su baupres por la jarcia del trinquete de la nues-

tra con tan grande resolucion, que traía su gente sobre cubierta; cosa que nunca la acostumbran los Olandeses, porque siempre pelean debaxo de jareta. Traía tres andanás de artillería la Capitana Olandesa con cincuenta y quatro piezas de bronce, siendo los calibres de las balas de á cincuenta, veinte y cinco, y veinte libras; y habiendo dado la carga á nuestra Capitana, y Don Cárlos órden que no se disparase hasta que estuviesen tan cerca que no se perdiese tiro, habiendo abordado del todo, dió tres cargas de artillería y mosquetería nuestra Capitana tan furiosas, y con tan buen órden, y haciendo tanto daño al enemigo, que cortando cabos y aparejos, se desabordó y se apartó huyendo, siguiéndole lo bastante para que se viese por quién quedaba la victoria. Nuestra Almiranta, á cargo de Don Pedro Ursua, Almirante de los Galeones, Caballero del Órden de Santiago, y de mucho valor, se defendió con la misma resolucion y buen órden; y las demas naos y Capitanes cumplieron igualmente con su obligacion.

Quedó herido el General Don Cárlos de Ibarra y el Almirante Don Pedro de Ursua; y ni por esta causa quiso el General recogerse, ni dexar el gobierno de la armada: lo mismo sucedió al Almirante; y fuéron muertos y heridos algunos Capitanes y Cabos, de que se hace particular memoria en la relacion impresa que corre de esta faccion.

Retiróse el enemigo, y volvió á embestir otras dos veces á nuestra armada, siempre rechazado con tanta pérdida de gente, que resolvió de aguardar otros ocho navíos que le venian de socorro. Viendo esto el Vizconde Don Cárlos, y que ya la armada del rebelde apénas se divisaba de la nuestra, formó junta para ver lo que convenia obrar, y si seria bien tomar el Puerto de la Habana con el riesgo de pelear otra vez, conduciendo aquellos pocos navíos los millones y tesoro de S. M., ó seria mejor arribar á la Veracruz, para venir comboyando la flota de la Nueva-España, que se hallaba en aquel Puerto. Resolvióse que esto último era lo

mas conveniente, concurriendo en este parecer el Licenciado Don Juan de Carvajal y Sandi, del Consejo Real de las Indias, que de visitar las Audiencias de Lima y las Charcas venia en este viage. Seguida esta resolucion por los nuestros, el rebelde desembocó el canal, y volvió á Olanda, habiendo castigado á algunos Capitanes, por parecer que no habian cumplido con su obligacion.

Por este tiempo alegró Dios á España y á Francia con el feliz nacimiento de la Señora Infanta Doña María, que fué á 20 de Septiembre, y por el mismo tiempo del Delfin de Francia, reconociéndose estas dos clarísimas luces entre tantas tinieblas y confusion de guerras, que hacen hoy tanto mas amada y deseada la paz. Hizo mas solemne la fiesta del Bautismo de la Serenísima Infanta, que fué á 7 de Octubre, y el alborozo de la Corte el hallarse en ella, y ser sus Padrinos el Señor Duque de Módena y la Señora Princesa de Cariñano, bautizando á su Alteza el Cardenal Don Gaspar de Borja, premiando S. M. con semejantes

honras la fineza con que han servido estos años en las guerras de Italia y de Flandes los Señores Duque y Príncipe Tomás.

CAPÍTULO XXXVI.

Epílogo de todos los sucesos de esta relacion.

Estos son los sucesos del año de 38, con que ha señalado el dedo de Dios quien defiende en el mundo su causa, dando conocimiento claro á qualquiera juicio desapasionado, quánto excede el valor de las armas de España, y el crédito de su milicia á la de sus enemigos. Pues quien considerare con ánimo libre de afectos, que habiendo entrado á los principios de esta campaña de conformidad el Frances y el rebelde á repartirse los Paises Católicos de Flandes con quarenta y cinco mil infantes, y diez mil caballos; y que con ménos de cinco mil venció el Señor Infante Cardenal al rebelde en el dique de Caloo dentro de sus mismas trincheras, degollándole mil y quinien-

tos hombres, otros mil y quinientos que se ahogaron, y prision de dos mil, ganándole sesenta banderas, todo el vagage, artillería, municiones, bastimentos; y que volviendo otra vez a embestirle su Alteza con siete mil infantes y dos mil caballos en las trincheras de Güeldres, teniendo el rebelde catorce mil infantes y tres mil y quinientos caballos, no se atrevió á aguardarle, dexando algunas piezas de su artillería, deshecha buena parte de su retaguardia, y presos un primo y sobrino del Príncipe de Orange; y que con pocos mas de nueve mil infantes socorrió el Señor Príncipe Tomás dos veces á San-Homer contra el exército de Xatillon, que constaba de quince mil infantes y cinco mil caballos; y últimamente ganándole los Españoles sus fortificaciones, los reduxo á términos, que pidieron las condiciones para dexar el sitio, que no pidieran los sitiados para rendir la Plaza; y que á un regimiento de dos mil Franceses, pudiéndolos vencer con mas gente, envió solos quatrocientos mosqueteros, con que les obligó á de-

xar las armas y rendirse, pidiendo que les dexasen las vidas: que habiendo un exército tan grande, como el de Mr. de la Forza, de diez mil infantes y quatro mil caballos, sitiado y batido á Chatelet, se la defienda el Gobernador hasta que se junten con él las tropas y exército de Xatillon, y últimamente les cueste la Plaza siete mil Franceses; y que entrando á una Provincia tantas veces combatida como el fidelísimo Condado de Borgoña, obrando el Duque de Longavila, General Frances, con su gente las crueldades que nunca llegaron á executar los bárbaros mas agenos de toda razon, le rompa un exército mal disciplinado, como lo estaba entónces el del Señor Duque de Lorena, obligando á retirarse el enemigo con pérdida de mas de dos mil hombres: que teniendo en Italia á su alianza el Rey Christianísimo todo el Piamonte y Saboyardo, y parte del Monferrino, y un exército que se jactaban que habia llegado á catorce mil infantes y quatro mil caballos, les lleve el Marques de Leganés en diez y siete dias la

celebrada Plaza de Brem, y la de Verceli en quarenta, dos de las mejores de Italia: que habiendo entrado con poderoso exército en la Cantabria el Príncipe de Condé, y héchose Señor de los Pasages, Lezo y Rentería, pareciendo poco á su presupuesto, no solo la Plaza que sitió, sino San Sebastian, Vitoria y el Reyno de Navarra, se le defienda dos meses Fuenterrabía con las murallas caidas, y poco mas de mil hombres, con muerte de dos mil y quinientos Franceses; y últimamente el esfuerzo que da á sus vasallos el corazon magnánimo de S. M., la atencion y prudencia del Conde, el valor y gallarda resolucion del Almirante de Castilla y Marques de los Velez, la disciplina y experiencia de los Cabos que concurrieron en aquel exército, con la gente que se hallaba en España, sin que viniese de fuera de ella, despues del sitio, de los exércitos de S. M. compañía alguna, ni dexasen de ir las que estaban destinadas á los socorros para que se aprestaban, venzan al enemigo, embistiéndole tambien en sus mis-

mas trincheras, prendiéndole mil y quinientos infantes, ahogándose cerca de dos mil, y otros mil y quinientos muertos en aquella campaña, perdiendo su estandarte, todas sus banderas, artillería y vagage: que habiendo puesto una armada tan grande en la mar, como la que conduxo el Arzobispo de Burdeos, y quemado doce baxeles nuestros indignamente en el Puerto, de donde á fuerza de valor fuera mejor probar á sacarlos, se les defienda mas de siete dias el galeon Santiago, y se vuelva su armada sin poderlo ganar: que ni el desórden de nuestras galeras baste á que dexase el enemigo de perder la nobleza de toda la Provenza, y con ella mas de quatro mil y quinientos soldados, y de los nuestros solos mil y trescientos: que abordando diez y siete navíos rebeldes á siete de España, los suyos boyantes, y los nuestros cargados, se defienda tres dias peleando el Vizconde de Centenera Don Carlos de Ibarra, y se retire el enemigo con daño y pérdida suya; y que habiendo entrado en la Bahía de San

Salvador del Brasíl tan poderoso el Conde Mauricio, le venciesen las armas de España con pocos soldados y pocos mas ciudadanos, obligándole á embarcar con muerte y prision de dos mil rebeldes, pérdida de artillería y vagage: fácilmente conocerá quien esto leyere, quánto mas pesa el esfuerzo de las armas y soldados del Rey, que el número en que han excedido tanto este año las de sus enemigos; reconociéndose lo poco que debe la nacion Francesa al Consejo Frances, que poniendo en los oidos de su Rey Christianísimo tan terribles y artificiosas empresas, violenta el natural de un Príncipe tan benigno á turbar con sus armas la Iglesia, dar disposicion y causa urgentísima que crezcan los hereges contra la Romana, los rebeldes contra su Rey, grandes Príncipes vivan desterrados de sus Estados, y en perpetua calamidad y guerra la Italia; y pudiendo gozar Francia de una honesta y abundante paz, ó emplear sus inquietas y belicosas tropas contra el enemigo del nombre christiano, elige esta violentísi-

ma mano, no solo conducirlas, sino precipitarlas por pérdidas, ruinas y muertes, fomentando la guerra con una nacion tan su vecina, valerosa y católica como la Española, practicando con escándalo universal de las gentes la bárbara doctrina que manifiesta el bronce de su artillería; siendo cierto, que solo este año han muerto mas de veinte y seis mil Franceses en las batallas que se han referido: de donde puede colegirse quántos habrá consumido la guerra de diez años á esta parte que se continúa. Tambien se dexa conocer fácilmente, si se mira á la justificacion de la causa, que tanto debe y suele influir en los buenos ó malos sucesos, que el vencer las armas de España en tantas partes del mundo, habiéndose hallado sus enemigos con tan grandes ventajas, manifiesta el cándido y religioso ánimo de nuestro Rey, á cuyas armas asiste la proteccion de Dios singularísimamente, por que solo aspiran á la defensa de la Religion Católica, al castigo de sus rebeldes, á conservar en paz á la Italia, á

contener en debidos términos á Francia, y á conseguir con una valerosa y justa guerra una firme y segura paz.

FIN.

VISTA DE LA PLAZA DE LA CIUDAD DE FUENTERRABIA,

Sus cercanías, y estado del Campo Frances, en el Sitio del año 1638. mirada p.r el alto del Monte Jaizquibel.



Explicacion de los Numeros.

1. Palacio del Rey, construido á pr.ba de bomba.
2. Iglesia Parroq.l de S.ta Maria.
3. Almacen á prueba de bomba.
4. Baluarte de la Magdalena.
5. Baluarte de Leyva.
6. Baluarte de la Reyna.
7. Puerta de Tierra.
8. Baluarte de S.ta Maria.
9. Baluarte de S. Felipe.
10. Baluarte de S. Tiago.
11. Castillo del Yguér.
12. Armada Francesa, al mando del Arzobispo de Burdéos.
13. Fortaleza Francesa, al m.do del Duque de la Valéta, en la Colina llamada Porcaz.

Tienda de Camp.a del Principe de Condé, en el Caserío de Butron.

15. Basilica de N.ra S.ra de Guadalupe, en el Promontorio Olearso.
16. Exercito Español, al mando del Marques de Torrecusa.
17. Exercito al mando del Marques de Mortara, cerca del Campo Frances.
18. El Almir.te y el Marq.s de Velez, con el Exercito Español.
19. Isleta bañada en los crecientes del már.
20. Dos Fuertes del enemigo, y Campo de batalla de la Infantería Española, y Caballería Francesa.
21. Dos Baterias á la orilla del Río.
22. Batería junto a la Basilica de S.ta María Magdalena.
23. Bat.a contra el Baluarte de la Reyna.
24. Batería contra el de Leyva y Puer.ta de S.n Nicolas.
25. Bat.a enemiga en la Colína de la Hermita de N.ra S.ra de Gracia á las ordenes del Marq.s de Gebre.
26. Bat.a en el Arenal de Ondarraizu á la orilla de Francia.
27. Hermita de N.ra S.ra de Gracia.
28. Puente de Amute, fortalecido por centinelas francesas.
29. Fortaleza enemiga, bajo la Colina de Guadalupe, al m.do del Conde de Agram.te
30. Lugar de Irun, en donde estuvo la Caballería Francesa al mando del Duque de S. Simon.
31. Exercito al mando de D. Pedro Giron, contra las fortal.s enemig.s de Irun.
32. Iglesia de Santiago, p.r donde el enemigo pasó á España.
33. Lugar de Endaya, dist.te Mil varas de la Plaza.
34. Camino p.a la Basilica de Guadalupe.
35. Rio que baña el barrio Chiplau.
36. Rio que baña el barrio Jaizubia.
37. Exercito, al mando de D. Anton.o Gandulfo, cerca de los Quarteles enemigos de Mendelo.
38. Fortaleza Francesa á la entrada del Puente Mondelo.
39. Rio Vidasoa, limite de Esp.a y Francia.
40. Promontorio Olearso, que sigue al Monte Jaizquibel.
41. Monte Jaizquibel.
42. Hermita de S.ta Barbara.
43. Hermita de S. Thelmo.

Se hallará en la librería de Munita, Calle de las Carretas, frente de la Imprenta Real.